Oscar del Barco

Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas

Edición a cargo de Pablo S. Lovizio

tercero incluido

Edición original: *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1980.

© 2024, de la presente edición: Tercero Incluido, Barcelona

© 2024, Oscar del Barco

editorial@terceroincluido.net
www.terceroincluido.net

Diagonal Josep Pujades, 11, baixos
08440 Cardedeu, Barcelona

Corrección: Raúl Olivencia y Martín Hendler

Diseño de portada y maquetación: www.silviogarcia.com

Impresión: Estugraf, S.L.
ISBN: 978-84-126833-3-2
Depósito legal: B 4319-2024

Índice

La lección de Lenin, *Luis Ignacio García* 9

Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas

Introducción 41
La teoría 63
La práctica 129
Conclusión 195

La lección de Lenin. Materialismo y autoemancipación en Oscar del Barco*

Luis Ignacio García
(Universidad Nacional de Córdoba-CONICET)

* El presente texto surge de una invitación inicial de Pablo Lovizio, y del diálogo posterior con él, sostenido a lo largo del proceso de escritura. Vaya el agradecimiento y el reconocimiento por la incitación y por el trabajo compartido.

La emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos.
Karl Marx

La disciplina que visualiza Lenin ya está siendo aplicada, no sólo en la fábrica, sino también por el militarismo y por la burocracia estatal existente: por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado.
Rosa Luxemburgo

La tragedia de los bolcheviques fue que el educador no quería comprender que también él tenía que ser educado, y esto, por cierto, por obra de aquellos mismos «incivilizados». Solamente así hubieran podido ser determinadas de una forma concreta una igualdad, productividad y «cultura» históricamente adecuadas, para no precipitarse, a través de modelos occidentales, al fracaso de la Revolución.
Rudi Dutschke

La revolución necesitaba extinguirse para ser pensada como nunca antes.
Nicolás Casullo

¿Lenin? ¿Hoy?

El presente libro despierta una expectativa alta y singular. Desata un ejercicio de memoria política compleja, estratificada, para la izquierda marxista del último siglo. Un libro sobre Lenin publicado originalmente en 1980, en medio de las mutaciones teórico-políticas abiertas por la entonces denominada «crisis del marxismo». Un libro que se reedita hoy, cuando el centenario de la muerte del más grande líder revolucionario del siglo XX nos encuentra sin ningún horizonte revolucionario a la vista, sino bajo un capitalismo triunfante en su capacidad (auto)destructiva. Un libro escrito por el argentino Oscar del Barco, uno de los principales teóricos marxistas latinoamericanos de aquellos años, en el contexto del exilio mexicano, es decir, mientras en la Argentina se secuestraba, se torturaba, se desaparecía y se asesinaba de manera atroz y sistemática. Un libro publicado

cuando la mayoría de los países de la región se encontraban asolados por sangrientas dictaduras coordinadas en el Plan Cóndor, cuyo cometido fue derrotar las fuerzas revolucionarias que tanta pregnancia habían tenido en América Latina a lo largo de los años sesenta y setenta, e implantar a sangre y fuego el modelo neoliberal cuyas formas decadentes aún hoy subyugan la región. Un libro que busca pensar, en ese marco, la derrota de la revolución, remontándose al modelo histórico de Octubre, para intentar volver a despejar la legitimidad del proyecto social de las clases explotadas. Un libro que proponía «analizar el fracaso de la Revolución Rusa como condición necesaria para el desarrollo de la revolución socialista» (Oscar del Barco, 2024, de la presente edición, p. 62). Lenin tenía razón al pensar la política como producción de lo imprevisible, pero lo imprevisible jamás se producirá bajo la lógica (burguesa) de la reproducción de lo Mismo (bajo la lógica modélica del cientificismo, de la eficiencia, de la técnica, en una palabra, bajo la lógica de la *modernización*). Símbolo mayor a la vez de la Revolución y de su derrota, Lenin es en este libro el nombre de una lección mayor que hoy, cuando el Sistema parece ahogarlo todo, necesitamos más que nunca: lo heterogéneo solo emergerá en una ruptura con la lógica de lo Uno, es decir, la crítica de la sociedad capitalista implica y presupone una ruptura categorial con ella. Tal como fue planteado en las revueltas argentinas de inicio de este siglo XXI: no habrá emancipación con los métodos de la opresión —ni en la Rusia soviética, ni en los años setenta latinoamericanos, ni en nuestro presente de capitalismo algorítmico.

Este libro fue escrito soportando en sus espaldas el peso de una vigorosa tradición revolucionaria, oficial y oficiosa, y fue publicado padeciendo las sanciones que esa tradición, entonces aún viva, impuso a una voz intempestiva y díscola. Hoy el libro se vuelve a poner en circulación para generaciones que hemos debido soportar, al contrario, el peso de la *ausencia* de tradiciones revolucionarias. De modo que, a primera vista, esta reedición parece alojar en su interior un desplazamiento temporal insalvable entre un pasado perdido y un presente desatento al que ese pasado le llega como la

exótica noticia de una antigüedad ideológica, muda y enigmática. Algo de esa mudez y de ese enigma resultan irreductibles, y habrán de acompañar nuestra lectura. Sin embargo, hay una clave común que permite aproximar tiempos tan disímiles: la de la *derrota*. Aún vivimos a la sombra de la derrota que se comenzaba a elaborar en libros como este. Esa experiencia denigrada en la militancia de izquierdas como paralizante aguafiestas, la derrota, es el *shibboleth* para el encuentro improbable entre tiempos en apariencia tan disímiles: el tiempo de los orígenes violentos del neoliberalismo, en el que se escribió este libro, con el tiempo de la crisis actual del neoliberalismo, en el que el libro se vuelve a dar a leer, ambos momentos atravesados por la misma sombra de *la revolución como ausencia*. No es una novedad que una generación de militancia y pensamiento crítico parta de una derrota. Más bien parece la regla. Marx pensó y actuó a partir de la derrota de 1848. Lenin pensó y actuó a partir de la derrota de la Comuna. Todo el denominado «marxismo occidental» emerge de la derrota de la revolución en Europa occidental. Del Barco y su generación pensaron a partir de la derrota de la Revolución Rusa y de las esquirlas del XX Congreso del PCUS. En vez de denigrar el motivo de la derrota como disfraz ideológico de una traición, la historia de las luchas la reconoce como la reserva, en negativo, de aquello que niega el presente. De otro modo, ¿por qué hablar de derrota? Es la presencia viva de lo que no es en lo que es. Y no se trata de repetir la consigna finalmente tranquilizadora del beckettiano «fracasar mejor». La derrota no es el objetivo, sino el método. Es la lengua de la transmisión, el espectro de la revolución en los tiempos de su retiro. Esa coyuntura nos une al viejo libro de del Barco y a la pregunta por la experiencia bolchevique. Hoy, bajo las formas de «subsunción real» de la totalidad de la vida bajo el capital, cuando se sigue repitiendo que «no hay alternativa», en la clausura del «Sistema», la inquietud es la misma: ¿cómo producir lo imprevisible en un sistema que absorbe toda negación? ¿Qué implica interrumpir la lógica del capital? ¿Cómo imaginar la transformación social radical y qué nos enseñan las tradiciones revolucionarias? ¿Qué lugar le corresponde a Lenin, el líder de la

revolución modelo del siglo XX, en los proyectos emancipatorios de las clases explotadas de hoy? ¿Y al presente libro? ¿Cuánto de su *Auseinandersetzung* con Lenin, de su cuerpo a cuerpo con la tradición bolchevique, resuena en las necesidades de la crítica y de la organización política actual?

Stalin, Lenin, «nueva izquierda»

El libro de del Barco es un emergente característico de los años en que lo escribe y de la franja intelectual de la que surgía. Antes que nada, son los años de las dictaduras latinoamericanas, que representaron una cruenta derrota para los movimientos revolucionarios y para cualquier proyecto social de las clases explotadas. Pensar la derrota de Octubre era, también, una manera de pensar la derrota de los movimientos populares en toda la región, mientras se vivía en carne propia el exilio como cartografía del desastre. Son, también, los años del impacto de los libros de Solzhenitsyn, y del balance de la experiencia soviética desde la perspectiva del Gulag. Es el tiempo, además, en el que a nivel global se discutía la «crisis del marxismo», en el marco más amplio de los debates sobre la «crisis de la razón» y el «fin de los grandes relatos» de la modernidad histórica. La crisis del marxismo se acentuaba al calor de una crisis de la modernidad como relato de emancipación. O, con más precisión, la crisis de la modernización capitalista se encontraba con el colapso de la modernización socialista, ofreciendo un panorama crepuscular. Se asistía así al nacimiento del ciclo neoliberal en la coincidencia del ocaso del capitalismo fordista con el fin del «socialismo» soviético, en un proceso que culminaría con la caída del muro de Berlín y el colapso del bloque soviético. Pero que ya una década antes se avistaba, con sombría claridad, bajo el cielo plomizo de la experiencia concentracionaria latinoamericana.

Dentro de la tradición marxista, el libro asumía discusiones que provenían, al menos, desde la irradiación de efectos y consecuencias del XX Congreso, de 1956, un hito clave que había sido

fundamental para la emergencia de la «nueva izquierda», antiestalinista y antiautoritaria, a escala global. Y del Barco fue una figura conspicua y protagónica en la emergencia y el desarrollo de la nueva izquierda en la Argentina.[1] Su conocida participación en la emblemática revista *Pasado y Presente* (1963-1965 y 1973), junto a figuras clave como José Aricó, Héctor Schmucler y Juan Carlos Portantiero, entre otras, fue fundamental para el surgimiento de una izquierda heterodoxa en la Argentina. De hecho, la publicación del primer número de la revista implicó la expulsión del PC del grupo editor y el inicio de una deriva política, pero sobre todo intelectual, de muy ricas consecuencias para la cultura socialista en toda América Latina.[2] Se los ha rubricado bajo el rótulo de los «gramscianos argentinos» (Burgos, 2004; Aricó, 1988), pero lo cierto es que fue un grupo dinámico y diverso que, más allá de su evidente deuda con Gramsci, buscó poner en diálogo al marxismo con múltiples desafíos teóricos, políticos y culturales de las intensas décadas de los sesenta y setenta. Tras el golpe militar de 1976, del Barco compartió el forzado exilio con muchos de ellos en México, participando de algunas experiencias en común, como la revista *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, que se edita justamente entre 1979 y 1981 —años de elaboración, publicación y discusión del presente libro—, y que se desarrolló bajo el signo de la «derrota» como tópico de época (Gago, 2012). Entre las discusiones de la revista se encuentra la revisión crítica de lo actuado por la izquierda argentina y latinoamericana en los años setenta, sobre todo, en relación a la experiencia armada de la guerrilla foquista-guevarista. Discusiones que prepararon el retorno a la Argentina, tras el fin de la dictadura en 1983, con una revisión general del lega-

[1] El libro clásico sobre la emergencia de la nueva izquierda en la Argentina sigue siendo *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina*, de Oscar Terán (1991).

[2] Quizá el legado más notorio e influyente de esa deriva haya sido la edición de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, una colección de casi 100 títulos que alojaban los debates marxistas de toda la época, en amplias tiradas de una profusa circulación en la cultura socialista de varias décadas en todo el continente.

do revolucionario, en la dirección de una crítica de la violencia y una revalorización de la democracia, además de una progresiva adhesión a supuestos posmarxistas que también comenzaban a tornarse hegemónicos a escala global.[3]

En vistas de su contexto de emergencia, entonces, podría parecer que *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas* es un libro que debía escribirse, un documento típico de su tiempo, un emergente casi necesario de los años que lo vieron nacer. Y en parte lo es. Pero si solo fuera un documento de época, su contexto de aparición explicaría y, a la vez, *agotaría* su fuerza de sentido. Y no es lo que sucede con este libro, que, por ello, aún habla «hoy». Por algo no fue un libro bien recibido por la izquierda contemporánea, ni siquiera por sus más cercanos compañeros de ruta.[4] Es que la intervención de del Barco se inscribe en una época, pero a la vez la tensiona al máximo, trazando la marca de su estilo de intervención intelectual: tomar un problema candente «de época» y desfondarlo en su propio abismo, conduciéndolo hacia problemas radicales, *sin época*. Pues su libro destaca entre la bibliografía antiestalinista de su tiempo por varias razones. La más notoria, y escandalosa aún en 1980 para los camaradas que discutieron el libro en México, es que se atreve a señalar que el inicio de la derrota de la revolución está en Lenin, y no en Stalin. Stalin es solo el desarrollo, brutal pero coherente, de una lógica que Lenin impuso al proceso revolucionario desde sus inicios. Y, a partir de

[3] El panorama más amplio de este clima de época tuvo una reciente formulación, plástica y dramática, en *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, de Enzo Traverso (2018).

[4] Véase al respecto lo que señala del Barco en una entrevista para la revista *El ojo mocho* del año 2000: «El libro [se refiere a *Esbozo*… -LG] me trajo algunos problemas y discusiones: con la universidad, pues algunos comunistas que estaban en la dirección se negaron a publicarlo, con los trotskistas de la UNAM que organizaron una discusión donde participó Ernest Mandel y Adolfo Gilly (un argentino mexicanizado) en la que yo y mis amigos de Puebla salimos ilesos de pura casualidad; y otra discusión, ríspida y casi diría dolorosa, en una reunión de la Mesa Socialista a la que fui invitado, fue la que mantuve con Aricó, Portantiero, de Ípola, Tula y Alberto Díaz, entre muchos otros que me criticaron duramente el ataque a Lenin» (del Barco, 2000, p. 16).

1956, «Stalin» es la coartada del comunismo internacional para expurgar, bajo la cortina moral y piadosa del «culto a la personalidad», la negativa a revisar las aporías de la revolución, es decir, las contradicciones de *Lenin*. Este desplazamiento es clave, singulariza a este libro entre los tantos que ya se habían escrito criticando el «socialismo real», y nos conduce a buscar las causas del fracaso de la revolución no en la oscuridad de una traición, sino en los documentos fundacionales de Octubre. En este libro «Stalin» y su barbarie no es excusa para no abordar la barbarie de «Lenin», es decir, la barbarie de un *sistema* que excedió a los sujetos que lo encarnaron. Es un libro que busca, así, remontarse y cuestionar los principios mismos del modelo revolucionario del siglo XX.

Pero, además, el centro de la crítica al régimen soviético de la «nueva izquierda» había sido hasta entonces el antiautoritarismo. Y si bien la crítica al despotismo es central en el planteo de del Barco, no es sin embargo lo primordial. Lo que se critica no es solo la violencia autoritaria, el centralismo burocrático, el Gulag, ni siquiera los millones de asesinatos, sino que se busca avanzar hacia sus *causas*. Nadie puede negar esas realidades, ya definitivamente establecidas —dice del Barco en su libro— por lo que ya no podemos limitarnos a describirlas: lo que necesitamos es establecer las razones que convirtieron el proceso revolucionario de emancipación en un sistema autoritario de exterminio. Pasar de la *descripción* a la *crítica*. Y allí del Barco señalará, de distintas maneras y a través de una cantidad abrumadora de evidencia empírica, que *el experimento soviético no interrumpe la lógica del capital*, sino que la reproduce en sus estructuras fetichistas fundamentales. Vale decir, el violento autoritarismo no fue la causa, sino la consecuencia de un proceso que buscó acelerar un desarrollo económico y social según los mismos parámetros de la acumulación capitalista: «acumulación originaria socialista», modernización forzada, producción de valor a través del trabajo abstracto, implantación de una nueva sociedad de clase.

De allí que, si bien es un libro que da cuenta de un punto de llegada posible del itinerario de la «nueva izquierda» latinoamericana y global, sin embargo, lo hace de manera singular y, sobre

todo, inesperada. La radicalidad de su planteo lo aparta de la transición que la izquierda intelectual estaba realizando en esos años, en América Latina y en el resto del mundo, desde la exigencia revolucionaria marxista hacia la moderación democrática posmarxista. En del Barco el criterio de su crítica a Lenin no es otro que Marx. *Esbozo...* es cualquier cosa menos un libro posmarxista o, tanto menos, antimarxista. De hecho, es un libro que intenta mostrar que la revolución socialista modelo del siglo XX es una revolución esencialmente antimarxista, para mantener vivo el materialismo de Marx como promesa de autoemancipación de las clases explotadas.

El leninismo como antimarxismo

Por esto es conveniente, antes de seguir, dejar bien en claro la diferencia entre la crítica de del Barco al leninismo y el antimarxismo de los «nuevos filósofos», que, desde Francia, y con gran pregnancia internacional en esos años, buscaron sepultar el sesenta y ocho y justificar el antimarxismo desde una resbaladiza izquierda antitotalitaria que puede parecer próxima a los postulados delbarquianos, y con cuyo sesgo muchas veces se pretendió confundir su impulso crítico. Tanto la intervención de del Barco como la de los «nuevos filósofos» surgen en los mismos años y en un mismo contexto histórico-político, y esa simultaneidad podría propiciar la involuntaria o maliciosa confusión.

Para desglosar algunas de las diferencias fundamentales, que servirán para seguir singularizando la intervención de del Barco, podríamos enumerar: en primer lugar, su crítica al leninismo no tuvo una proveniencia moral, sino estrictamente política, histórica y teórica. De allí que no hable del *sujeto* Lenin, sino del leninismo como una forma de ejercicio del poder que excedía al individuo y sus contradicciones, y que, incluso, devoró finalmente al individuo Lenin, que intentó de manera infructuosa advertir sobre las consecuencias del leninismo en su silenciado «testamento» político.

En segundo lugar, su crítica al leninismo jamás fue una crítica al marxismo, sino justo lo contrario: es a partir del planteo de la diferencia fundamental entre «Marx» y «Lenin», entre las *fuerzas sociales* que ambos nombres representan, que la intervención de del Barco se formula. Su crítica al leninismo, por tanto, no se equipara a la «crisis del marxismo», sino al revés: la «crisis del marxismo» nombra, en realidad, desde su perspectiva, una *crisis del leninismo* y, por tanto, la oportunidad para un marxismo *otro*, de nuevo ligado a su potencia *originaria*.[5] De hecho, su crítica al leninismo no se postuló desde la filosofía burguesa, desde las múltiples formas de antiautoritarismo liberal o teórico, sino desde los propios textos fundantes del marxismo, que a partir de esta lectura radical pudieron entrar en alianza con la crítica no marxista a la metafísica: Nietzsche, Heidegger, Derrida.

En tercer lugar, su crítica al leninismo no se formuló desde el reflujo del sesenta y ocho, desde la crítica a las revueltas del sesenta y ocho, como en los «nuevos filósofos», sino, por el contrario, desde el legado vivo de su impulso antiautoritario. De allí la cercanía estrecha que el libro muestra con algunos de sus principales y más consecuentes herederos, como Rudi Dutschke, desde el movimiento alemán, o Jacques Rancière, desde el francés, y con las formas en que, también en ellos, se plantearan el vínculo decisivo entre transformación social y políticas del saber, entre la crítica al capital y la crítica a la ciencia (y, consecuentemente, al Partido como su portador oficial). Es en la estela de Mayo que del Barco señalará la complicidad estructural entre la violencia del Capital y las jerarquías del Logos como plafón clave de su crítica al leninismo.

[5] Véanse los artículos sobre el tema que escribe al mismo tiempo que el libro sobre Lenin: «Presentación al libro de AA.VV. *La crisis del marxismo*» (1979), «Observaciones sobre la crisis del marxismo. Respuesta a Paramio y Reverte» (1979 —intervención en la mencionada revista *Controversia*) y «Respuesta a la respuesta de Paramio y Reverte» (1980 —también en *Controversia*), todos incluidos en *Escrituras* (del Barco, 2011). Como sostiene en uno de los textos: «Para decirlo claramente: se trata de la crisis de la II y III Internacional, del reformismo y del bolchevismo-leninismo» (2011, p. 290), es decir, no es una crisis del *marxismo* en cuanto tal.

De allí que, en cuarto lugar, su crítica al leninismo no se planteara desde la reivindicación eurocomunista de la democracia liberal (*more* Bobbio), que tantos compañeros de ruta de del Barco, incluso entre quienes habían rechazado su crítica a Lenin, comenzaban a abrazar a partir de esos años. Y no por estar contra la democratización de las estructuras de poder, sino por despreciar el debate sobre la democracia liberal, que se cernía en las noches de la derrota, como autocomplacencia de los intelectuales de izquierda, ahora nuevamente disponibles. Su crítica al leninismo jamás se formuló desde ese neoleninismo encubierto que implicó la afirmación de la «autonomía de la política» y su camarilla de «especialistas», todas figuras características de las «transiciones democráticas» latinoamericanas, sino desde la afirmación plebeya del carácter heterológico de la política como práctica descentrada y postsubjetiva: su anti-Lenin es, por idénticas razones, su anti-Weber: *contra los especialistas del poder*, en toda la línea.[6] De allí que su crítica al leninismo tampoco se planteara desde esa reelaboración del concepto gramsciano de «hegemonía» que en esos años planteaban los «intelectuales de izquierda», diseñando una nueva legitimidad para el «rol de los intelectuales» en las transiciones democráticas de la región,[7] sino muy al contrario desde una consecuente consumación de la «muerte del sujeto» en la inmanencia del «fragor del mundo».[8]

[6] Ver el fundamental «Lenin y el problema de la técnica» (1983) en *Un resplandor sin nombre. Textos sobre política, filosofía y mística* (del Barco, 2022, pp. 49-67).

[7] El caso más emblemático, y casi simultáneo con la intervención de del Barco, es el libro de Portantiero *Los usos de Gramsci* (Portantiero, 1977).

[8] Ver «Tres notas sobre el problema de la hegemonía» (1978), donde se manifiesta un concepto muy excéntrico de hegemonía, descentrado completamente del que se construía desde la teleología transitológica (en del Barco, 2011). También véase «Desde el fragor del mundo» (1980, también en *Controversia*), que es su respuesta a la convocatoria de la revista para escribir sobre «la democracia como problema». Su irónico sarcasmo (auto)crítico vuelve a mostrar el estilo de su intervención intelectual: abordar un «tema» de «agenda» (y la «democracia» lo era por definición en esos años) y *desfondarlo* en su propio abismo. Tras un devastador balance, en línea con su *Lenin*, cierra: «Los discursos sobre la democracia, incluido el mío, no sirven para nada (salvo para el autoconsumo de las capillas)» (2022, pp. 74-75). Claramente, la suya era una voz aguafiestas en el concierto «democrático» que se preparaba en el exilio.

Es que, por último, si bien su crítica al leninismo surge en el exilio mexicano, y es expresión de esa condición, la experiencia de del Barco en México no parece adecuarse a las presentaciones históricas más usuales de esa compleja coyuntura, que trazan una línea demasiado recta entre el exilio y el retorno democrático, y donde México habría tenido una función de «latinoamericanización» del intelectual argentino, reafirmando así, con una nueva validación de su «universalidad» (¡ahora aumentada!), su condición separada, exiliar, de elite teórica.[9] Por el contrario, su exilio parece querer espejarse en el viaje de Artaud a México —sobre el que escribió entonces un notable ensayo—,[10] y en la potencia disruptiva del ritual del peyote. Más cerca de ese espacio dislocado de experiencia que en *La intemperie sin fin* se nombrará como *Aldea* (del Barco, 2008: prefacio [de 1985]) que de los foros intelectuales del exilio, del Barco instalará (como siempre) su foro íntimo del *afuera*: Artaud, México y el peyote como constelación simbólica de un exilio singular que, si algo preparaba, era el deseo de una política irreductible tanto al partido leninista como a la democracia liberal que se proyectaba en los «debates intelectuales» del exilio y de la «transición democrática». Más próximo al gesto de la «contracultura» de los años ochenta que a los intelectuales de la «transición», del Barco parecía expresar ese esfuerzo por enlazar consciencia psicodélica (y, luego, *mística*) y consciencia de clase, contracultura e izquierda política, tal como se puede reconocer en la convivencia aparentemente paradójica entre la historia de sus compromisos político-militantes y su ininterrumpida actividad como poeta, pintor y pensador.[11]

[9] Pueden consultarse desde el clásico de Bernetti y Giardinelli (2003), hasta intervenciones más específicas como la de Montaña (2014).

[10] Ver «El *viaje* de Artaud a México», de 1981 (incluido en del Barco, 2022, pp. 183-193).

[11] En relación a esta dimensión «artística» de su trayectoria, véase Oviedo (1999), que señala las «dos caras» del trabajo de del Barco en los sesenta y setenta: por un lado, su militancia como intelectual de izquierdas y, por otro, sus producciones literarias experimentales como escritor vanguardista. Sin embargo, Oviedo no deja ver que lo más singular en del Barco (y, quizá, lo más perdurable de la contracultura de los sesenta) no es su

Por todo lo cual su crítica al leninismo no parte de, ni concluye en una defección ante el ciclo neoliberal que se iniciaba, sino, al contrario, expresa la reformulación de un marxismo posleninista, posmetafísico, que se asienta y despliega en su fulgurante trilogía marxiana. Trilogía enteramente *exiliar*, que se inicia en 1977 con las claves de lectura de *Esencia y apariencia en* El Capital, se despliega, en su *pars destruens*, en *Esbozo…*, de 1980, y se proyecta, en su *pars (de)construens*, en *El* otro *Marx*, publicado en 1983, justamente el año del inicio de la «primavera democrática» en la Argentina. Es que su crítica a Lenin no es ni antimarxista, ni eurocomunista, ni liberal, ni siquiera laica. Era una crítica descentrada y heterológica, una furia sagrada y un materialismo bajo, y nunca un weberianismo laico de la «autonomía de la política» y la «ética de la responsabilidad» que aplacara las «desmesuras» «mesiánicas» setentistas, como se repitió hasta el hartazgo desde los ochenta (y, penosamente, hasta nuestros días): todo lo contrario, leer su *Lenin* en el marco de su trilogía nos deja en claro que si algo dice de nuestros setenta es que *fuimos tan poco desmesurados*, y, al contrario, nos dejamos conducir por la violenta abstracción de la técnica burguesa, negadora de cualquier *exceso* de su lógica. Por eso del Barco resulta tan incómodo para las vulgatas transitológicas, incluso las críticas:[12] no encaja ni en el estereotipo del marxista renegado anclado en los años setenta «marxistas-leninistas», ni en el de la izquierda reformada, hegemónica en los ochenta. *Esbozo…* abre una brecha inasimilable, tanto para los sesenta y setenta como para los ochenta y noventa. Una brecha por la que sopla el viento fresco de su actualidad. Sin dudas, un libro incómodo para los quehaceres y clasificaciones de la historia intelectual.

---

doble trayectoria, sino la potencia explosiva de la convergencia de estas dos dimensiones, convergencia que nos atrevemos a señalar como *estructural*: *marxismo crítico* y *modernismo radical* confluyen en una única crítica al Sistema, y la experiencia poética no se propone sino como un *afuera en acto* del Capital.

[12] Como la tan sugerente lectura crítica de Manuel Núñez (2009).

De allí que el desconcierto que su *Lenin* generó en 1980 se parezca al desconcierto que su «No matar» generó un cuarto de siglo después, en 2004, que igualmente le valió el mote de moralista, abstracto, ahistórico, etc.[13] Pues lo que en ambos casos desconcierta es la radicalidad de un pensamiento que no se formula ante ninguna «agenda» de época, a pesar de atravesarla como un rayo, ni ante ninguna «tribuna» democrática, a pesar de alborotarla a todo lo largo. Su pensamiento se formula ante lo *absoluto*, ante lo *originario*, siempre malentendido como «ahistórico», cuando es el suelo en el que la historia encuentra su fuerza de origen. Como un rey Lear desnudo ante la tormenta, su escritura busca ser eso: un despojo, harapos que caen de camino a *Aldea*.

Ni economicismo ni teoricismo: materialismo

Ahora bien, se dirá: ¿cómo es posible exagerar tanto los términos como para afirmar que el leninismo es un antimarxismo? ¿Cómo evitar ver en semejante hipérbole un gesto puramente reactivo de una época típicamente termidoriana como nuestros años ochenta?

Lenin y el leninismo aparecen en la historia del marxismo, y de las organizaciones revolucionarias y populares del siglo XX, mucho más allá del «leninismo» fraguado por Stalin, precisamente como el momento en que el marxismo, esclerosado en el dogmatismo revisionista de la II Internacional, logra retomar su impulso político de transformación de lo dado. Lenin vino a romper con el positivismo evolucionista del reformismo que dominaba el debate en la socialdemocracia de fin de siglo XIX. Incluso en términos que se aproximan a la problemática de del Barco: el

[13] Nos referimos a una intervención que iniciara del Barco en 2004, y que diera lugar a un intenso y prolongado debate sobre la violencia revolucionaria de los años setenta en la Argentina, dando lugar a años de intervenciones de todo el arco de la izquierda intelectual argentina, recopiladas en dos gruesos volúmenes, VVAA, 2007 y VVAA, 2010. Para una amplia reconstrucción del debate véase García, 2017.

leninismo como momento «maquiaveliano» (Orovitz Sanmartino, 2023, p. 20) en el que la tradición marxista reconoce la dimensión de *contingencia* propia de la transformación social, es decir, ya no como constatación de la *necesidad metafísica* del curso evolutivo de la historia, sino como afirmación de la *voluntad política* en la acción humana orientada a *torcer* ese curso. Tal como decía Zizek, en su glamoroso aporte a cierto «retorno a Lenin» de inicios del siglo XXI: «Se debería asumir el ACTO revolucionario sin la cobertura del gran Otro» (Zizek, 2004, p. 11). Y, de hecho, lo mismo se repite hoy, por ejemplo, en una publicación de la «izquierda radical» actual, la revista *Jacobin*, también con ocasión del centenario de Lenin: «Es justamente esta identidad correlativa entre relación social y conciencia política la que cuestiona Lenin, introduciendo elementos "exteriores" a la inmediatez de la vida corriente del trabajador o incluso a la espontaneidad de la lucha sindical de clase». Y continúa: «Como gran estratega que fue intuyó que los intereses de clase no surgen de manera objetiva de las posiciones en la estructura económica» (Orovitz Sanmartino, 2023, p. 19) En términos de del Barco, el valor incuestionablemente *antimetafísico* del gesto leninista consistiría en su crítica al determinismo positivista del evolucionismo propio de una filosofía de la historia que suponía un sujeto sustancial de la transformación, destinado por su posición objetiva en el proceso productivo a cumplir su tarea subversiva. Lenin, por el contrario, reconoce que *no hay garantía metafísica de la transformación social*, y de allí la necesidad de introducir elementos «exteriores» al desarrollo inmanente del capital para encaminar a la clase al encuentro de su destino histórico, que ya no puede ser pensado como destino *natural*: «En su época, Lenin rompió todos los hilos que unían al movimiento socialista con el fatalismo del desarrollo económico. Cruzó el Rubicón al pasar de la ciencia del capital al arte de la política» (ibid., p. 20).[14]

[14] Por las mismas sendas transcurren las voces que han reclamado sucesivos «retornos a Lenin» en las últimas décadas, sobre todo las que se concentraron en torno al inicio del siglo XXI, cuando los movimientos «altermundistas» parecían exigir criterios verticales de organización de «multitudes» de

Como ya fue dicho, del Barco no propone una lectura *teórica* de la labor *intelectual* de Lenin, sino una lectura *materialista* de aquellos *nudos* en los que ciertos textos de Lenin se atan al destino histórico del pueblo ruso en sus *decisiones* políticas efectivas. Y allí, en el terreno de lo actuado, del Barco no ve ningún «arte de la política», ningún momento «maquiaveliano», ninguna «contingencia», sino todo lo contrario: una política reducida a técnica de dominación que aplica un programa violento de modernización forzada en una sociedad masivamente campesina y profundamente atrasada, un proceso sin «fortuna« ni «virtud», sino que, por el contrario, expulsa toda la «contingencia» que le ofrecía la formación social campesina a la que se enfrentaba, para someterla a las *necesidades* del esquema revolucionario importado del modelo obrerista europeo. Dicho de otro modo: la crítica al economicismo —que es la principal razón de los distintos «retornos a Lenin» que ha habido y de las celebraciones que seguramente se escribirán en este año del centenario— no cumplió una función crítica en el bolchevismo, sino, al contrario, fungió solo de *justifi-*

otro modo inorgánicamente dispersas: Lenin como teórico de la organización, de la estrategia, de la coyuntura y del acto. De los distintos libros de época que reclamaban esta «vuelta a Lenin» por esos años (como Negri, 2004 o Zizek, 2004), quisiéramos destacar, como paradigmático de este momento, el estudio introductorio de Atilio Borón a una reedición argentina del *¿Qué hacer?* del año 2004 (justo el año en que del Barco inicia el debate en torno al «no matar»): «Estudio introductorio: actualidad del *¿Qué hacer?*» (Borón, 2004), un trabajo que vale como el reverso exacto de todo lo que del Barco sostiene en su libro de 1980. Baste una sola cita para ilustrar la *lógica embrutecedora* (por decirlo con Rancière) con la que la izquierda iluminista y jacobina aún piensa la emancipación como técnica de sometimiento: «¿O es que alguien piensa que esa mitad de la especie humana, que sobrevive con menos de dos dólares por día, reúne las condiciones siquiera mínimas para reflexionar sobre las causas profundas de su desdicha y acceder a una visión científicamente fundada de la naturaleza de la sociedad capitalista y sus vías de superación?» (Borón, 2004, p. 63). El desprecio por las masas, reducidas al zócalo biopolítico de la «especie», como *materia* modelable por el trabajo revolucionario, en pleno siglo XXI, da muestras de los estragos que el «desvío teoricista» de Octubre puede producir aún hoy entre leninistas sin pudor: educadores en marxismo que sin embargo olvidan cínicamente la tercera tesis sobre Feuerbach.

cación de la violencia. O, dicho de manera más precisa, la crítica al economicismo fue en Lenin la justificación de su abrazo al *teoricismo*, que, como un poderoso hilo conductor *político*, atraviesa fulgurante todo su itinerario *teórico-político* (más allá de los momentos «plebeyos» que se pueden encontrar sin dificultad en su producción teórica). Como si dijéramos: la crítica a la filosofía de la historia decimonónica (que desembocó en el economicismo) no tiene por qué llevarnos al jacobinismo iluminista dieciochesco (que desembocó en el teoricismo). El marxismo, en lo que tiene de *originario*, es decir, en desborde respecto al evolucionismo y al vanguardismo en los que siempre parece en riesgo de caer, aloja la subversión de ambas figuras metafísicas de la dominación, en una disrupción radical de la modernidad teórico-política.

Y comienza entonces el amplio recorrido histórico del estudio de del Barco, donde irá hilvanando, con abundante evidencia empírica, esos nudos de teoricismo práctico, es decir, de *vanguardismo* político, en que se desplegó la Revolución Rusa. Desde la impronta kautskyana del *¿Qué hacer?*, de 1902, y su conocida y fundante afirmación de la exterioridad de la conciencia socialista, introducida «desde fuera» en la lucha de clases del proletariado por la intelectualidad burguesa, hasta la decisión de subordinar los soviets al partido, y el partido al comité central; desde la forzada lectura de Rusia como país capitalista en *El desarrollo capitalista en Rusia*, de 1899, hasta las masacres de la colectivización forzada; desde la denigración de la «barbarie» campesina «incivilizada» hasta la subordinación del «control obrero» de los *consejos* de fábrica a la dirección de los *especialistas* (burgueses, ex dueños que volvían por sus fueros bajo nuevos nombres); desde su sobrevaloración permanente de la *técnica* (burguesa, pretendidamente neutra) en todas sus dimensiones (*soviets más electrificación* como fórmula elocuente), hasta su especial fascinación con el «modelo prusiano» (y, en general, con el aparato del Estado capitalista, sobre todo en sus versiones periféricas y atrasadas, es decir, *militarizadas*, que aspiraba imitar en Rusia). En todos estos hitos de la labor teórico-práctica de Lenin se replica una y la misma *desviación teori-*

cista formulada de manera emblemática en el *¿Qué hacer?*, pero replicada en cada una de sus decisiones políticas: la violenta *exterioridad* de una *revolución desde arriba* que a la enorme masa campesina del vasto país se le impuso por parte de un partido que había devenido en «correa de transmisión» entre la «teoría» revolucionaria (forjada en la experiencia de la socialdemocracia *europea*, para *obreros* europeos) y la materia inerte de las masas campesinas empujadas al tren de la modernización (capitalista) que prescribía la teoría. En una palabra: inversión completa del materialismo marxista, este idealismo encarnado en violencia revolucionaria produjo al bolchevismo como forma inédita de la abstracción real capitalista en la periferia de su desarrollo.

Así, el «antieconomicismo» no fue el inicio de ningún «arte de la política», sino la vía libre a un violento voluntarismo teoricista. Como si, para del Barco, Lenin ocupara un lugar análogo al que Nietzsche tuviera para Heidegger: quien se proponía destruir la metafísica solo la invirtió, según este último, y quien venía a destruir el capitalismo solo replicó sus estructuras, según del Barco. En ambos casos, bajo el imperio de la *voluntad de poder*, última manifestación de la metafísica de Occidente. Así, recordando las críticas que recibiera su *¿Qué hacer?* (entre las cuales, las de Rosa Luxemburgo ocupan un lugar de especial relieve en el libro), escribe del Barco: «Su defensa careció de relevancia, limitándose a afirmar que no se trataba de un "importante problema teórico" sino de la lucha "contra el economicismo"; que en razón de esta lucha se vio obligado a "curvar el bastón" hacia el lado opuesto al del economicismo, vale decir, hacia el teoricismo» (del Barco, 2024, p. 93). De la metafísica de la filosofía de la historia positivista se pasó a la cruenta metafísica de la *voluntad*, consumación del subjetivismo burgués moderno y su lógica implacable: el Capital. En este sentido, las ideas de Lenin (la idea leninista de *idea*: la separación del mundo en dos), aquellas que luego forjaron las decisiones fundamentales de la revolución rusa, «reproducen el funcionamiento global del sistema capitalista: la escisión entre materia y espíritu, entre dirigentes y dirigidos, la inversión del verdadero sujeto revolu-

cionario (la clase obrera), el cual pasa a ser el predicado de la *teoría revolucionaria*» (del Barco, 2024, p. 94). El fetichismo es el mismo, aunque la mercancía se renueve.

El leninismo es un antimarxismo toda vez que reproduce el entramado categorial del capital y sus estructuras fundamentales: el fetichismo, el *quid pro quo* de sujeto y predicado, la escisión entre abstracto y concreto, todo ello condensado en una revolución que le llega a su supuesto sujeto *desde fuera*. El leninismo es un antimarxismo porque niega programática y prácticamente los dos postulados fundamentales del materialismo marxista: la no-escisión entre idea y realidad (mente y cuerpo, dirección y masas), como supuesto *ontológico* fundamental del materialismo histórico, y la consecuente postulación *política* de la *autoemancipación* como única vía revolucionaria posible de ese «sujeto» extraño, el *proletariado*, que viene a romper con las dicotomías y jerarquías de la metafísica occidental y de su forma moderna, el pensamiento burgués.

Este es el «*materialismo absoluto*» que del Barco ya había expuesto como el rasgo primario, o mejor, *originario*, del marxismo en su trabajo previo a *Esbozo…*: *Esencia y apariencia en* El capital, de 1977, del cual el *Lenin* representa su coherente despliegue histórico-político.[15] El marxismo no es una mera crítica de las injusticias del sistema capitalista, sino que implica la crítica de su entramado categorial. Como dice la «crítica del valor» contemporánea, el marxismo no puede ejercer su «crítica» social y política sin criticar las categorías fundantes del capital: fetichismo, mercancía, valor, trabajo, pues de otro modo se limitaría a ser un llamado ético a una mejor distribución del valor producido según el capital y sus estructuras de dominación, cuando de lo que se trata es de la destrucción de la valoración capitalista y sus consecuencias. En este sentido, del Barco es enfático: asistimos a un *desplazamiento general del estatuto de la teoría*; o,

[15] Quisiéramos destacar el excelente estudio introductorio de Mariano Repossi a la reedición de *Esencia y apariencia…* en 2017 (Repossi, 2017). Sobre el «materialismo absoluto» se puede consultar García, 2018.

también: el marxismo *no es una teoría* en el sentido burgués de ese conjunto de enunciados que se opone a la empiria o a la praxis para describirla o explicarla. Por el contrario, el marxismo es el no-capitalismo en acto por el hecho de romper, como fuerza teórico-política, con las escisiones que estructuran la matriz fetichista del capital, entre ellas, la escisión entre teoría (los *teóricos*) y realidad (la *clase obrera*): el *proletariado* es ese espacio de acción y pensamiento en el que las dicotomías que han producido al sujeto burgués y a la ley del valor se interrumpen en acto. Marx *no es un teórico burgués* que mantiene una relación externa (ética) con la clase obrera, Marx es la *forma teórica* que adquiere el proletariado en su proceso de irrupción en la historia y de autoconstitución como clase en lucha. Eso es lo *originario* marxista, que rompe con la lógica del capital y con la lógica de la representación en un mismo movimiento de cancelación de las escisiones. Porque la irrupción del proletariado en la historia de la humanidad parece tener para del Barco el estatuto del *Ereignis* heideggeriano: como acontecimiento coapropiador, evento que inaugura la apertura de la verdad como *alétheia*, de una verdad ajena a la correspondencia o a la representación, ajena a la *teoría*, una verdad como verdad del ser y época del ser. De modo que el *afuera* del capital es, a la vez y por lo mismo, un *afuera* de la metafísica. Sabemos que la metafísica habita la gramática, por lo que intentar negarla es ya afirmarla, de modo que su crítica implica un *más allá del discurso* que Marx fue el primero en situar en un concepto de praxis, de *acción* revolucionaria, que aún nos concierne, más allá de la crisis de las organizaciones obreras. En el materialismo absoluto, esto es, en ese espacio no-teórico en el que la teoría es *forma* del movimiento real, *no hay posibilidad de cambiar el discurso sobre la realidad sin cambiar la realidad*.

Esa es la brecha que del Barco abre en el exilio, que intenta despejar una verdad no teórica para nuestra posdictadura. Ese espacio abierto por el *proletariado* como lo originario marxista, continúa allí, abierto para todo tiempo que se atreva a dejarse

atravesar por su fuerza deconstructiva. Ese espacio originario inscribe el *ahora* incesante de un libro sin fecha.[16]

La lección de Lenin

Lenin buscó realizar lo Inaudito. Pero sus decisiones como líder de la Revolución replicaron las estructuras de lo Mismo. El resultado no fue lo *nuevo*, sino la reproducción, ampliada, acelerada y descarnada, de lo sido. *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas* se mantiene rigurosamente fiel a esa exigencia de lo inaudito —esa por la que cada tanto suele escucharse el llamado a una «vuelta a Lenin». Por eso la vuelve, incluso, contra el mismísimo líder de la revolución del siglo XX, y extrae la lección para todo proyecto político de las clases explotadas por venir: la de la derrota de la subsunción de la revolución a la lógica del capital. Eso es lo que este texto anuncia como única verdad posible para ese tiempo sin verdades que es la *posdictadura* en América Latina. Y la lección de Lenin reaparecerá en cada nuevo ciclo de movilizaciones desde los años de publicación de este libro, desde el zapatismo en los noventa hasta las revueltas argentinas del 2001, desde las estrategias organizativas de los movimientos feministas hasta las militancias ambientalistas: *no habrá emancipación con las herramientas de la opresión*, *no hay liberación de la barbarie con los métodos de la barbarie*.

Esbozo…, entonces, no es una «nueva» teoría de la revolución, ni una lectura «mejor» de Marx, ni, por tanto, un «balance» de época. Por el contrario, es el insistir terco en un único des-

[16] Un *ahora* radical, que atraviesa la escritura de del Barco a todo lo largo, también en aquellas zonas en las que el «objeto» no es «Marx». Ese es el límite fundamental de un libro, por lo demás interesante, de Bruno Bosteels, *Oscar del Barco: de Marx a Heidegger* (Bosteels, 2020), donde ya desde el propio título asistimos al repetido relato de un «cambio de perspectiva», que sin ninguna sorpresa sigue las líneas fundamentales de la historiografía transitológica de toda la región. Así, el *pensar* vuelve a ser reemplazado por la historia intelectual, su necesidad de clasificaciones y su voluntad de orden.

plazamiento general, alojado en su lectura de Marx, de lo *originario* en «Marx». El exilio, la derrota, el exterminio, lo exigían: no se trataba de ver cómo retomar el hilo de un discurso teórico interrumpido por los hechos; se trataba, por el contrario, de interrumpir la teoría como discurso legitimador de los hechos de la dominación. No se trataba de proponer nuevos nombres: si Marx no funcionó, probemos con Nietzsche, si Lenin nos falló, probemos con Gramsci, si Guevara nos ofuscó, vayamos con Bobbio, si la Revolución fracasó, juguemos a la Democracia. Se trataba, por el contrario, de la ocasión dramática de comprender que *no hay «teoría» de la revolución*, sino exigencia incondicional de *revolucionar el orden de la «teoría»*, y de toda la serie de jerarquías que ella condensa —y que, sintomáticamente, se empezaban a reproducir en ese mismo exilio, en una nueva forma de legitimidad «democrática» para los intelectuales.[17] En del Barco no asistimos al paradigmático tránsito —completamente subsidiario de un programa de *modernización* de los intelectuales integrados a una nueva gramática del poder— «de la revolución a la democracia», como proclamaba un influyente ensayo de Norbert Lechner de aquellos años, sino *de la revolución como técnica de dominación* a *la revolución como fidelidad a las prácticas descentradas del proletariado*: el horizonte no era el pasaje a un «orden democrático» que, de paso, restaure un «campo intelectual» autónomo para garantizar la sobrevivencia de los intelectuales de izquierda reformados (y su resguardado tesoro: la Teoría, la ex-

[17] Insistimos en esto, que es un nudo difícil de los debates de posdictadura: la denigración de los mesianismos revolucionarios, la crítica de la «ética de la convicción» y el triunfo de la «ética de la responsabilidad», la gramática englobante de «autoritarismo» (los años setenta revolucionarios que se quieren olvidar) vs. «democracia» (los años ochenta democráticos que se desean acompañar), fueron pretextos para restaurar la forma filosófica de la política como filantropía burguesa: antes, los obreros necesitaban de nuestra ciencia, y, ahora, los ciudadanos necesitan de nuestra «cultura democrática». El pueblo necesita (como siempre) ser (re)educado. Ese siempre fue el sentido de la *teoría* (tanto más explícito cuando se formule, ahora, modernizado, bajo la teoría sociológica de los «campos»): *los educadores tienen garantizado su lugar*, ahora, encima, sancionado como «autónomo» por esa misma Ciencia.

plicación, la educación, la «cultura democrática»), sino el pasaje a una «intemperie sin fin» que exponga a los intelectuales al *descampado* de la posdictadura y sus ambivalencias constitutivas.

Este corrimiento respecto a las líneas fundamentales en que se reorganizó el «campo intelectual» en los años ochenta en la Argentina hizo que el libro tuviera escasa presencia en los debates de aquellos años, o, en todo caso, una presencia espectral, secreta, casi maldita.[18] Sin embargo, la *presencia maldita* suele ser una forma mucho más insidiosa de insistencia que el deliberado esfuerzo de construcción «hegemónica». Y eso quisiéramos mostrar para cerrar esta introducción: la poderosa trama de resonancias que el libro de del Barco habilita con algunas hebras relevantes de la teoría-y-práctica *crítica* de la actualidad.

El materialismo marxista, leído por del Barco como *materialismo absoluto*, implicaba, ya en la formulación de su trilogía del exilio, al menos tres grandes gestos clave: un desplazamiento general de la teoría; una deconstrucción de las dicotomías estructurantes de la metafísica/capital; una apuesta política por la autoemancipación del proletariado. Quisiéramos dejar al menos señalados algunos territorios activos de la militancia intelectual contemporánea en los que estas grandes zonas de la *crítica* de del Barco se están explorando como zonas constitutivas de las tramas de lo contemporáneo: la nueva «crítica del valor»; el monismo de los «nuevos materialismos» posthumanistas; la apuesta por la «(auto)emancipación intelectual» de Jacques Rancière.

La relación entre el Marx de del Barco y las llamadas «nuevas lecturas» de Marx, o la «nueva crítica del valor» —que desde los años noventa viene renovando el debate marxista con figuras

[18] La más lúcida rememoración de esa extraña presencia sigue siendo el excelente ensayo de Casullo (2008). Algo similar le sucedió a otro libro extraño sobre Lenin escrito por un argentino, durante la dictadura, en plena inquietud y zozobra por un porvenir sin garantías: *El asalto al cielo*, de Roberto Jacoby (2014), un objeto errático, difícil de clasificar en las gramáticas lineales de la historia intelectual e inasimilable a la totalizante idea de «transición» que signaba la época. Queda, junto al de del Barco, como baba maldita de un tiempo sin tiempo, abierto a todo ahora que se sepa interpelado por él.

como Robert Kurz, Roswitha Scholz, Moishe Postone, Michael Heinrich o Anselm Jappe, entre otrxs—[19] abre un terreno amplio y promisorio. El punto de encuentro es, justamente, la idea troncal de del Barco acerca del marxismo como *desplazamiento de la «teoría»* en su sentido metafísico («burgués», para decirlo en los términos de entonces), es decir, la idea, estructurante de estas «nuevas lecturas», de que la *crítica de la economía política no es ninguna economía política*, sino un *afuera* respecto al régimen de la *ciencia moderna* al que pertenece la economía como campo de estudio específico. Por lo tanto, no hay ruptura social y política con el capitalismo sin «*ruptura categorial*» con sus estructuras fundamentales: el valor, el fetichismo, el capital, el trabajo. Para del Barco y para los «críticos del valor» no hay crítica del capital sin crítica de la metafísica. En términos políticos, esto implica que de lo que se trata no es de la más justa redistribución de lo producido según la lógica del valor —tal como ha venido siendo la apuesta de toda política neokeynesiana de salvataje del estado benefactor en crisis terminal—, sino que la *justicia* solo se anuncia en la interrupción de las escisiones y violencias de la lógica del valor como tal. El neokeynesianismo es la última carta de una apuesta neomodernizadora cuyo modelo productivo, productivista y extractivista, no ha hecho más que demostrar la fuerza destructiva, social y ambiental, de una modernización que ya colapsó en el siglo XX, en sus variantes occidental y soviética (Kurz, 2016). Esa fuerza destructiva es la que del Barco diagnosticó como productivismo capitalista replicado en la modernización forzada de la experiencia rusa. Su temprana apuesta por un «socialismo pobre»,[20] ajeno al estajanovismo

[19] Véase Jappe, Kurz y Ortlieb (2009) como panorama colectivo de la «nueva crítica del valor». Véase Heinrich (2008) como ejemplo posible de la llamada «nueva lectura de Marx» (el prólogo de Ruiz Sanjuán propone una reconstrucción histórica de esta tradición). A su vez, el escrito introductorio de Jorge Iacobsohn y Pablo Lovizio (2008) al libro *El* otro *Marx* pone de manifiesto las principales afinidades entre la lectura marxiana de del Barco y las corrientes contemporáneas más destacadas de la crítica de la economía política.

[20] Que encontramos como cierre de su fundamental trabajo sobre «Lenin y el problema de la técnica», de 1983 (del Barco, 2022, pp. 65-67).

y la ética socialista de la producción y el trabajo, lo sitúa como antecedente de la crítica al trabajo de los actuales teóricos del valor, y como el primer «decrecentista» contra todos los «aceleracionismos» contemporáneos.

La dimensión ontológica del planteo de Oscar del Barco también irradia hacia zonas muy productivas de la teoría y la práctica contemporáneas. Su crítica al leninismo se remonta al modo en que este repone, como ya citamos, «la escisión entre materia y espíritu», de manera que un rasgo fundamental del *materialismo absoluto* marxista es la interrupción de las *dicotomías metafísicas* que estructuraron, incluso, el pensamiento de la emancipación en el siglo XX. Este impulso de del Barco reemerge de múltiples maneras al menos en dos zonas clave de la teoría y la militancia contemporánea: por un lado, en las distintas formas de inmanentismo político que se resiste a escindir la potencia instituyente de las masas (o «multitudes») de sus direcciones partidarias. De hecho, aunque del Barco nunca siguió la senda de la inmanencia spinoziana, la «anomalía salvaje» representada por ella en la modernidad sin dudas entra en diálogo con el marxismo antimetafísico por el que él apostó. No parece azaroso que el recientemente fallecido Toni Negri, un abogado inflexible de la revolución como *autoemancipación*, hable de «materialismo absoluto» en su gran estudio sobre Spinoza, publicado originalmente en el tiempo del *Lenin* de del Barco (Negri, 2015, p. 24). Pero, además, en segundo lugar, el *materialismo absoluto* se aproxima promisoriamente a los denominados «nuevos materialismos» contemporáneos que parten de la misma puesta en crisis de la dicotomía espíritu/materia, cultura/naturaleza, para abrir a militancias sociales, feministas y ambientales en resistencia activa contra el antropocentrismo humanista moderno. Tanto para del Barco como para los «nuevos materialismos», el materialismo no puede ser pensado como lo opuesto al idealismo, sino como la suspensión de la dicotomía materialismo/idealismo, en una afirmación radical (enunciada más en el modernismo estético que en el marxismo crítico): *la materia piensa*. De allí que el materialismo «posthumanista» contemporáneo resuene también

en el *posthumanismo crítico* que fue una de las derivas de la trilogía marxista en el del Barco posterior.[21]

Por último, el impulso político de este libro lo conecta profundamente con otra trayectoria casi diríamos paralela, a pesar de sus notorias diferencias, a la de del Barco desde los años setenta hasta hoy: la de Jacques Rancière. La exigencia de volver a la idea marxiana de *autoemancipación*, de volver al postulado antiautoritario de la tercera tesis sobre Feuerbach: *los educadores también deben ser educados*, ese impulso que denuncia la labor de los «intelectuales de izquierda» que colaboran con la dominación en su *expropiación de la inteligencia colectiva* y su apropiación de la «teoría», todo ello vincula el presente libro a otro que unos pocos años antes trazaba la misma crítica, aunque a una escala más reducida. *La lección de Althusser* (que del Barco conoció y citó en su trilogía, junto a otros varios trabajos del joven Rancière) es el libro en el que, en 1974, el francés comienza a elaborar su «comunismo de las inteligencias» al calor de su devastadora crítica a la escisión ciencia/ideología, partido/masas, que había estructurado la apuesta teórico-política de su maestro, Althusser, en un gesto estrictamente homólogo al de la crítica delbarquiana a Lenin:[22] la *autonomía obrera* contra el

[21] Quizá sea en la figura de Rosi Braidotti donde los antihumanismos del siglo XX (en los que se formó el pensamiento de del Barco) se han articulado de la manera más convincente con los posthumanismos del siglo XXI (véase Braidotti, 2015). No es un azar que un volumen compilatorio de algunos trabajos de del Barco se titule, justamente, *Alternativas de lo posthumano* (del Barco, 2010b), recuperando las palabras del ensayo inicial de su libro *El abandono de las palabras* (del Barco, 2010a, pp. 18 y ss).

[22] De hecho, una parte sustancial de *El* otro *Marx* está dedicada a la crítica al teoricismo de Althusser (básicamente, los capítulos «Althusser en su encrucijada» y «Althusser y el problema de la teoría»), en una línea estrictamente análoga a la de *La lección de Althusser*, que también cita. Villalobos-Ruminott señaló este paralelo hace algunos años: «Si Rancière piensa *la noche de los proletarios* como aquella instancia donde estos se des-identifican y desmarcan de las narrativas sacrificiales y heroicas reproducidas no solo por la teoría, sino también por la historiografía marxista, del Barco, con una intención similar, entiende que el trabajo de Marx no puede ser apropiado por un régimen del saber autónomo, pues la misma condición de posibilidad de dicho trabajo es la crítica del orden disci-

discurso de los *especialistas en marxismo*, contra todos los *técnicos de la revolución* (¡o de la democracia!), contra la revolución como técnica y contra el marxismo como delimitación de competencias en un campo de especialistas. No es en absoluto un azar que Rancière haya tramado su defensa de la *inteligencia común* con una progresiva incorporación de la pregunta *estética*.[23] Pues para Rancière, la «revolución estética» fue, en la modernidad, la que pensó la transformación del propio concepto de revolución por fuera de las dicotomías que estructuraban su concepción burguesa: líderes/ciudadanos, partido/masas, razón/ignorancia. También en del Barco el *materialismo absoluto* expresó una convivencia, en toda su producción, entre marxismo y modernismo radical como manera de garantizar la fuerza igualitaria y libertaria del marxismo: lo *otro* de la metafísica fue buscado en la *revolución política*, pero también en esa «revolución estética» que se adivinaba en la poesía, en el peyote, en la pintura, en un pensamiento del exceso y del don, formas de una obstinación que buscó el reverso del Capital como inmenso y razonado desarreglo de los sentidos y del Sentido. Su *materialismo absoluto*, que irrumpe en «Marx», reverbera en el grillo de Mallarmé, en el grito de Artaud, en el dedo gordo de Bataille, en la escritura poética del propio del Barco. Porque este libro habita ese mismo *espacio proletario/espacio literario*, donde *la inteligencia no es de nadie, sino lo más común*, y en el que pensar *no es privilegio del «hombre»*. Este libro reescribe el *texto revolucionario* en la gramática emancipada del *materialismo absoluto*. Este libro se escribe, sin dueño, en las descentradas y polimorfas *noches proletarias* de ayer y de hoy.

---

plinar y disciplinario que surge de la determinación teoricista de la práctica y de la política» (Villalobos-Ruminott, 2015, p. 144).

[23] El propio Rancière plantea la continuidad de su temprana disputa con Althusser en sus reflexiones estético-políticas posteriores. De hecho, en el prólogo de 2011 a la reedición del libro de 1974, remite directamente a su ensayo «Las desventuras del pensamiento crítico», parte de su influyente *El espectador emancipado* (Rancière, 2010), como continuación de aquellas diatribas antiteoricistas (Rancière, 2013, p. 11).

Referencias

Aricó, José (1988), *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur.

Bernetti, Jorge y Giardinelli, Mempo (2003), *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*, Buenos Aires, UNQ.

Borón, Atilio (2004), «Actualidad del *¿Qué hacer?*», en V. I. Lenin, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.

Bosteels, Bruno (2020), *Oscar del Barco: de Marx a Heidegger*, Buenos Aires, Red Editorial.

Braidotti, Rosi (2015), *Lo posthumano*, Barcelona, Gedisa.

Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de* Pasado y Presente, Buenos Aires, Siglo XXI.

Casullo, Nicolás (2008), «Recuerdo de un libro, un tiempo y una fragua», en VVAA, *El fragor del mundo. Escritos para Oscar del Barco*, Córdoba, Alción.

Del Barco, Oscar (2017) [1977], *Esencia y apariencia en* El Capital, Buenos Aires, Marat.

— (2008) [1983], *El* otro *Marx*, Buenos Aires, Milena Caserola.

— (2007) [1985], *La intemperie sin fin*, Córdoba, Alción.

— (2010a) [1994], *El abandono de las palabras*, Córdoba, Buenos Aires, Letra Viva.

— (2000), «Apuntes para una teología sin dios», entrevista en *El ojo mocho*, año IX, n° 15, Buenos Aires.

— (2010b), *Alternativas de lo posthumano*, Buenos Aires, Caja Negra.

— (2011) *Escrituras.* Filosofía, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

— (2022), *Un resplandor sin nombre. Textos sobre filosofía, política y mística*, Barcelona, Tercero incluido.

Dutschke, Rudi (1976), *Lenin. Tentativas de poner a Lenin sobre los pies*, Barcelona, Icaria.

Gago, Verónica (2012), Controversia*: una lengua del exilio*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.

García, Luis Ignacio (2017), «No matar: una botella arrojada al mar», en Emmanuel Biset, Luis Ignacio García y Gabriela Milone (eds.), *Golpe ciego. Oscar del Barco, insistencias*, Córdoba, Borde Perdido.

— (2018), «Yo, la revolución, hablo: el otro Marx de Oscar del Barco», en *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas*, 21-22.

Heinrich, Michael (2008), *Crítica de la economía política. Una introducción a* El Capital *de Marx*, Madrid, Escolar y Mayo.

Iacobsohn, Jorge y Lovizio, Pablo (2008), «Introducción» a Oscar del Barco, *El* otro *Marx*, Buenos Aires, Milena Caserola.

Jacoby, Roberto (2014), *El asalto al cielo. Formación de la teoría revolucionaria de la Comuna de 1871 a Octubre de 1917*, Buenos Aires, Mansalva.

Jappe, Anselm; Kurz, Robert y Ortlieb, Claus (2009), *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*, Logroño, Pepitas de calabaza.

Kurz, Robert (2016), *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*, Buenos Aires, Marat.

Montaña, María Jimena (2014), «La "latinoamericanización" del exilio mexicano: el caso de la revista *Controversia. Para el examen de la realidad argentina* (1979-1981)», Memoria Académica, UNLP.

Negri, Antonio (2004), *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*, Madrid, Akal.

— (2015), *La anomalía salvaje. Poder y potencia en Baruch Spinoza*, Buenos Aires, Waldhuter.

Núñez, Manuel (2009), *Vuestros ochentas*, Buenos Aires, Milena Caserola.

Oviedo, Antonio (1999), «Una vanguardia intempestiva: Córdoba», en Susana Cella (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 10. La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé.

Orovitz Sanmartino, Jorge (2023), «Tras las huellas de la política», *Jacobin* n° 9, especial «¿Dónde está Lenin?», segundo semestre 2023.

Portantiero, Juan Carlos (1977), *Los usos de Gramsci*, Cuadernos de Pasado y Presente, México.

Rancière, Jacques (2013), *La lección de Althusser*, Santiago de Chile, LOM.

— (2010), *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial.

Repossi, Mariano (2017), «Estudio preliminar» a Oscar del Barco, *Esencia y apariencia en* El Capital, Buenos Aires, Marat.

Terán, Oscar (1991), *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur.

Traverso, Enzo (2018), *Melancolía de izquierdas. Marxismo, historia y memoria*, Buenos Aires, FCE.

Villalobos-Ruminott, Sergio (2015), «Oscar del Barco — la crítica del marxismo como técnica liberacionista», en *Papel Máquina*, año 5, n° 9, dossier sobre Oscar del Barco, Santiago de Chile/ Buenos Aires.

VVAA (2007), *No matar. Sobre la responsabilidad*, Córdoba, Ediciones el cíclope.

VVAA (2010), *No matar. Sobre la responsabilidad. Segunda compilación de intervenciones*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Zizek, Slavoj (2004), *Repetir Lenin. Trece tentativas sobre Lenin*, Madrid, Akal.

Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas

Introducción

El sueño de la razón engendra monstruos
Goya

1

El *punto de partida* de este trabajo lo constituye el reconocimiento del fracaso de la Revolución Rusa, y su objetivo es tratar de comprender este fracaso. Partimos por lo tanto de un hecho que podemos enunciar de la siguiente manera: la Revolución de Octubre, a través de un proceso largo y dramático, se clausuró en una sociedad basada en nuevas formas de explotación.[1]

Desde esta premisa volvemos luego hacia el pasado en busca de las claves que nos permitirán explicarnos uno de los aconteci-

[1] Pueden consultarse VV. AA., *Acerca del carácter de clase de la Unión Soviética*, «Col. Filosófica» del Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1979; Rudolf Bahro, *Per un comunismo democrático. L'alternativa*, Sugarco Edizioni, Milán, 1978; Roy Medvedev, *Lo stalinismo*, Mondadori, Milán, 1972, *Intervista sul dissenso in URSS*, Laterza, Roma, 1977. Es evidente que la URSS plantea *hoy* problemas de extrema complejidad en cuanto a su «naturaleza». Basta tener en cuenta los datos dados por Moshe Lewin [*Economia e politica nella società sovietica: il dibattito economico nell"URSS da Bucharin alle riforme delgi anni sessanta*, Editori Riuniti, Roma, 1977, p. 240]: en 1926 los campesinos constituían el 83,19% de la población, en la actualidad el 20%; en 1926 había cerca de 5.000.000 de obreros industriales y 137.000 profesionales; hoy la clase obrera es de cerca de 62.000.000 y 16.000.000 ocupan lugar en la ciencia, la sanidad, el arte, etcétera; hay 2.500.000 de ingenieros, 4.500.000 de técnicos y más de 4.000.000 de estudiantes universitarios. [Puede consultarse de S. F. Cohen, «Unione sovietica, distensione e politica americana», en *Studi Storici*, Nº 2, 1978], y que el intento de definir «científicamente» su estructura económico-social deviene cada vez más una necesidad política.

mientos fundamentales, al menos para la clase obrera, en lo que va de siglo. De entrada, pues, exponemos las leyes del juego; en lugar de elevarnos desde lo particular hacia lo general, vale decir desde el conocimiento fáctico hacia la globalidad del proceso (que explicaría «científicamente» el fracaso), nuestro razonamiento se inicia en la *premisa*, en el resultado, y en una especie de contra-movimiento analítico indaga la génesis de este resultado mediante la utilización de hipótesis que son puestas a prueba en el proceso real, histórico. Para esto, como en toda operación crítica, debimos recortar, excluir, seguir de manera firme y hasta cierto punto obsesiva las líneas que a veces, apenas marcadas en la trama de los hechos, deben configurar, en última instancia, el núcleo donde —despojado de cualquier carácter ontológico— está el significado, no como fruto de una intencionalidad perversa, empecinada en desviar el proceso revolucionario, sino de la conjunción, aleatoria y a la vez necesaria, de innumerables circunstancias; con la particularidad de que algunas de estas (en nuestro caso ciertos aspectos esenciales del pensamiento de Lenin) implican no solo las teorías que las clases explotadas elaboraron en el decurso de su historia, sino la vida misma de estas clases. De allí el tono fuertemente ético del discurso crítico, para el cual lo abstracto es un momento de una acción que pone en juego el destino de la clase revolucionaria. La *crítica*, superando a la vez la descripción empírica y la explicación «científica», *juzga* el proceso histórico, el cual no es un proceso «objetivo» o «neutro» sino un proceso donde la clase desempeña el papel central y donde sus actos no determinan el presente en general, sino *su* propio presente y, por lo tanto, donde sus errores, si no son criticados, fundan su derrota y su sacrificio.

Es cierto, por otra parte, que solo podemos hablar de *derrota* de la Revolución Rusa en relación con el proyecto originario. Este proyecto fue enunciado no solo por los principales teóricos marxistas, sino fundamentalmente por los dirigentes obreros siempre que las masas irrumpieron en la escena revolucionaria. Los principios, que no son principios «utópicos», pues fundan la posibilidad del socialismo como tal, de autoliberación, de autogestión, de democracia y libertad absoluta de las clases explota-

das en el interior del proceso de transición al socialismo, fueron dejados de lado y se los suplantó por una organización despótica de la sociedad. Sin exagerar podemos decir que este *fracaso* del proyecto socialista en su sustancia libertaria y de autoliberación, fue conocido desde siempre; incluso desde antes de la revolución hubo quienes advirtieron, como Rosa Luxemburgo, que a partir de las premisas teóricas con las cuales se estaba construyendo la organización revolucionaria rusa se iba *necesariamente* a concluir en una dictadura; y no por cierto en una dictadura de los explotados sobre los explotadores, sino de los dirigentes de la organización revolucionaria y de esta misma organización sobre las masas populares. Los hechos posteriores corroboraron estas advertencias; en realidad, sin tener plena conciencia de ello, en las arduas discusiones de principios de siglo, las que en su momento pudieron parecer escolásticas y hasta cierto punto ociosas, se estaba fijando lo que de inevitable iba a tener el proceso revolucionario una vez que a partir de octubre de 1917 un conjunto de hombres abroquelados en la posesión de la verdad, de la que se sentían depositarios, *tomaran el poder* que las terribles circunstancias de la guerra dejaron a su alcance.

Es cierto que nosotros podemos hacer estas observaciones porque vemos *post facto*. No obstante, si bien a quienes participan en el proceso histórico les resulta difícil sustraerse a la gravedad del acontecimiento para marcar en el interior del mismo su contradictoriedad, no es menos cierto que también les resulta difícil hacerlo a quienes deben soportar el peso de la tradición, incluso de la tradición revolucionaria. Es necesario que las clases explotadas rompan con lo opresivo del pasado, impulsadas por la necesidad de realizar su proyecto histórico, para que se produzca la posibilidad de ver *post facto*, pues *ver* no significa ver la totalidad (imaginaria) del pasado, sino distinguir en ese pasado su parte errónea y luctuosa como única manera para construir otra alternativa. «Ver» significa comprender hechos que, si bien en su momento pudieron pasar inadvertidos, luego se convirtieron en esenciales y determinaron las grandes líneas de desarrollo del movimiento. Hay decisiones que la historia metamorfosea

produciendo resultados que no estaban en la mente de quienes las tomaron; de no ser así la historia sería traslúcida. No se trata, por tanto, de juzgar intenciones. Y esto debe quedar claro: nuestro objetivo no es seguir el itinerario de los sujetos, sino el de las fuerzas, y cuando nos referimos a sujetos en realidad nos estamos refiriendo a estos como *formas* de esas fuerzas. Seguramente nadie quiso, entre los dirigentes bolcheviques, el fracaso de la revolución, pero ese no es el problema; el problema es indagar por qué se tomaron medidas que inevitablemente llevaban al fracaso y cuáles fueron las ideas que fundaban teóricamente dichas medidas; vale decir, para expresarnos de una manera paradojal, qué teoría fue la que fundó el fracaso del socialismo.

No obstante la multiplicidad de voces que en su momento, y desde distintas perspectivas, denunciaron la reconversión del proceso revolucionario, las mismas fueron acalladas tanto dentro como fuera de la Unión Soviética. Los hechos a que hacían referencia (el genocidio del campesinado, los campos de trabajo, el asesinato de millones de «opositores» a la línea política oficial, la absoluta falta de libertades, el terror bajo todas sus formas) eran de tal magnitud que por lo general se tendía a creer la versión del gobierno ruso, quien detrás de estas denuncias fingía ver la mano del «enemigo de clase» entretejiendo los hilos de un vasto complot contra el socialismo.

Fue necesaria la realización del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS y el informe «secreto» de su primer secretario, Nikita Jrushchov, para que la realidad histórica y la estructura del «socialismo» soviético comenzaran a salir a la luz pública. A partir de ese momento, y a pesar de la capacidad de olvido de muchos «marxistas», para quienes aún hoy discutir estos temas resulta «sospechoso», nadie puede negar seriamente que la primera experiencia socialista del mundo dio origen a un tipo de sociedad que nada tiene que ver con el «reino de la libertad» del que habló Karl Marx. Pero si bien es cierto que el gobierno soviético hizo público los crímenes y las persecuciones padecidas por los revolucionarios y por el conjunto del pueblo ruso, no es menos cierto que inmediatamente trató de ocultar todo tras la

metáfora del llamado «culto a la personalidad». En el fondo, la burocracia trató de descargar sobre las solas espaldas de Stalin lo que fue y sigue siendo fruto de un *sistema*. Mediante la *descripción* de la responsabilidad individual de Stalin el grupo dominante trató de eximirse de su culpabilidad colectiva. Los hechos posteriores demostraron palmariamente que las denuncias de las llamadas «anormalidades» o «violaciones de la legalidad socialista» fueron solo eufemismos y cortinas de humo encubridoras de una realidad mucho más profunda, la que constituía la *ultima ratio* del proceso de denuncias, rehabilitaciones, etcétera: se trataba de asegurar nuevas condiciones sociales para una nueva etapa de desarrollo del sistema productivo.

A pesar de todo, el informe «secreto» de Jrushchov tuvo la virtud, y en este sentido el discurso de Aleksandr Solzhenitsyn sobre el *gulag* solo puede leerse como el *negativo* de dicho informe, de imponer un cambio de óptica en los estudios sobre el «socialismo». Hoy ya no se trata de demostrar la existencia de los campos de concentración, de la burocracia o de la estructura despótica de la organización social, pues todos estos son *hechos* que difícilmente pueden cuestionarse. La tarea prioritaria consiste actualmente en establecer las *causas* que reconvirtieron el proceso revolucionario coagulándolo en un sistema autoritario, y en conceptualizar dicho sistema como un *determinado modo de producción*; o, dicho en otras palabras, se trata esencialmente de responder a la pregunta sobre el carácter de clase de la sociedad soviética.

El fracaso del socialismo no sería así algo que solo existe en el «alma bella» del intelectual. Se trata, y aquí radica lo trascendente de la problemática, de un fracaso histórico-social que solo adquiere sentido, decimos, en relación al proyecto comunista de las clases explotadas. Si no existiera este proyecto, el cual no es utópico, sino el proyecto que dichas clases han fundado en lo real de la sociedad capitalista, sería efectivamente imposible hablar de un fracaso (¿fracaso en relación a qué?). Sin embargo, el fracaso de las formas ideales y concretas que revistió el proyecto revolucionario hoy está instalado a nivel de lo sensible. Nosotros nos limitamos aquí a considerarlo como un *facto*, como una especie

de premisa histórica que nos permite arrancar hacia el análisis. Pensamos que no ven los que no quieren ver, pues, además de la ya histórica denuncia de Jrushchov, están los hechos macroscópicos, como, entre otros, la intervención rusa en Polonia y en Hungría, y la posterior invasión armada a Checoslovaquia, la invasión de Vietnam a Camboya y de China a Vietnam, el apoyo de la Unión Soviética y de China a las dictaduras latinoamericanas, y el estado de guerra virtual entre ambos países «socialistas».

Se argumenta que este es el «socialismo real», y que quienes no aceptan esta realidad «socialista», con todo lo que ella tiene de terrible e inhumano, son insalvablemente utópicos. Otros arguyen que, así como el régimen feudal tardó mucho tiempo en desaparecer dentro de la sociedad capitalista, también esta sociedad demorará siglos en desaparecer en el interior de la sociedad socialista. Hasta algunos enemigos encarnizados de la burocracia soviética, como los trotskistas, sostienen que se trata de un país socialista con deformaciones burocráticas. Quienes aspiran a un socialismo puro —se dice— son unos románticos, pues lo que existe es *este* socialismo, un socialismo que está transitando desde la sociedad de la explotación capitalista hacia el «verdadero» socialismo, y ya se sabe que el tránsito, como todo tránsito, es doloroso y sucio. ¡Así es la historia! No un cuento de hadas apto para espíritus sensibles, sino un matadero; como no pudo dejar de reconocerlo Bujarin antes de ser ejecutado: «La historia universal es el juicio final». Pareciera que cuando se quiere justificar, incluso con repugnancia, el llamado «socialismo real», se cae necesariamente en el cinismo, en la reivindicación acrítica de la realidad, aunque esa realidad sea tan represiva y expoliadora como la de los países capitalistas.

Pero el problema no es esencialmente teórico ni de los teóricos, sino de aquellos sectores que según Marx viven en el «despojo absoluto», es decir, más allá de la posible subjetividad atormentada de algunos intelectuales «utópicos» y «moralistas». Son grandes sectores de las clases explotadas quienes, al tomar conciencia del fracaso del llamado «socialismo real», tratan de encontrar las causas de dicho fracaso como parte de una acción

más amplia tendiente a abrir en la realidad un nuevo camino hacia el socialismo humano con el que siempre soñaron los proletarios y sus grandes teóricos.

Se trata, decimos, de entender la causa del fracaso del llamado «socialismo real»; pero hay que tener en cuenta que al decir *causa* en realidad estamos intencionando un complejo de causas estrechamente articuladas, dentro del cual tratamos de establecer y de seguir el itinerario de *una* de dichas causas. Nuestra hipótesis es que entre las principales causas del fracaso de la revolución rusa se encuentra la idea (que en realidad podríamos llamar la idea propiamente constitutiva del pensamiento burgués)[2] que tenía Lenin de la relación entre teoría y clase social, y, luego, de seguirla en sus concreciones tanto antes como después de la toma del poder por los bolcheviques en 1917. Esto puede parecer una exageración y posiblemente se argumente en contra diciendo que colocar entre las causas que determinaron la catástrofe de la Revolución Rusa una *idea* de Lenin equivale no sólo a reducir de manera casi absoluta el pensamiento del dirigente soviético, sino que también implica, en oposición a los postulados del materialismo, una concepción metafísica respecto al papel de las ideas consideradas como determinantes de los procesos históricos reales. Al respecto, y de una manera que por el momento solo puede ser enunciativa, conviene recordar, en primer término, que toda idea es idea de una fuerza social, en segundo término, que toda idea implica otro conjunto de ideas, un ámbito ideal de mayor o menor complejidad, y, finalmente, de acuerdo a un viejo apotegma marxista, que toda idea al encarnarse en las masas deviene fuerza material. Esperamos que estos tres factores han de permitirnos separar nuestro discurso, no declarativamente, sino en el curso mismo de la exposición, del discurso idealista.

[2] En *Questions sur la Chine après la mort de Mao Tse-Tung* [François Maspero, París, 1978], Charles Bettelheim señala con agudeza cómo detrás de ciertas medidas «económicas» se desarrolla, de manera a veces no consciente, una fuerte lucha de clases entre lo que llama la «línea proletaria» y la «línea burguesa»; caracterizando a esta última por el productivismo, la tecnocracia, el despotismo de fábrica, etcétera.

2

Esta última afirmación nos plantea la necesidad de hacer una referencia sumaria al problema de la relación entre teoría y política.

Para la *ciencia* burguesa la escisión entre teoría y política es constituyente, vale decir que dicha *ciencia* se constituye sobre esta base y luego la teoriza para convertirla en una necesidad: *necesariamente* la teoría debe estar separada de la política o, en otras palabras, de la normatividad, la ética o la ideología. Se trata de algo que pone en juego la esencia del pensamiento burgués, pues en última instancia esta escisión repite de una manera específica la escisión entre espíritu y materia, o entre cuerpo y alma, las que, a su vez, encuentran su correlato material en las escisiones radicales del sistema productivo.

El marxismo considera el problema de una manera sustancialmente distinta: la teoría es *forma* de la política, y esta, considerada como actividad global y no clausurada en el espacio específico que le fija el estatuto burgués, es un elemento constitutivo de lo teórico. Se excluye, en consecuencia, una relación de exterioridad, como si la posición política fuera un resultado de la teoría, y esta pudiera mantener así su legitimidad a resguardo del despliegue de las fuerzas sociales. La conjunción «y», en la expresión «teoría y política», no intenciona dos espacios distintos, sino dos momentos de una misma práctica.

Y si bien es cierto que muchos marxistas interpretaron mecánicamente las tesis centrales del materialismo histórico, afirmando la determinación *inmediata* del concepto por lo real, esta deformación no puede justificar la deformación teoricista que repite, sin tener por lo común conciencia de ello, el principio de *inversión* metafísica que Marx criticara con fuerza en Hegel. La «inversión» clásica de Hegel, que por otra parte era especular respecto a la inversión social, consistió en la conversión del sujeto en predicado y del predicado en sujeto; y no otra cosa hacen los marxistas que independizan lo teórico de lo político atribuyéndole a la ciencia del *todo social* la facultad de autofundarse y de demostrarse como verdad a través de sus propias estructuras,

identificándose así, en cuanto a los postulados de base, con el positivismo sociológico respecto a lo que se ha dado en llamar la *autonomía absoluta de la ciencia*, pues, como bien señala Adorno, «hipostatizan al sujeto cognoscente y no, desde luego, como absoluto y creador, sino como *topos noetikos* de toda validez, de todo control científico».

3

La idea de Lenin a que nos referimos, y que según nuestro parecer conforma la matriz de su pensamiento y su acción política, fue expuesta explícitamente en el *¿Qué hacer?* y afirma, dicho sea de una manera sintética que será desarrollada más adelante, que *son los intelectuales burgueses quienes, desde afuera de la clase obrera, crean la «ciencia» o la «teoría» revolucionaria del proletariado, el cual, sin esta ciencia, solo puede llegar a adquirir una conciencia tradeunionista de sí mismo*.

Esta idea establece claramente una separación esencial entre la teoría y la clase obrera, afirmando que la teoría socialista es el elemento activo, creado por sabios burgueses, que le adviene a la clase desde afuera, mientras que la clase es el elemento pasivo e incapaz por sí mismo de tomar conciencia de sus propios objetivos.[3]

Se sabe que posteriormente Lenin se defendió del ataque a sus tesis sosteniendo que las mismas fueron determinadas por circunstancias históricas precisas, y que, consecuente con esta postura, en cierta oportunidad se opuso a su generalización. Más aún, podría demostrarse, siempre sobre la base de los textos, que Lenin sostuvo en otras circunstancias opiniones distintas. Esto es cierto. Sin embargo, es esta certeza la que en lugar de cerrar el problema lo abre planteando la duda, no sobre lo que decía

[3] L. Paggi, «Intellettuali, teoria e partito nel marxismo della Seconda Internazionale. Aspetti e problemi»; «Introducción» al libro de M. Adler, *Il socialismo e gli intellettuali*, De Donato, Bari, 1974; A. Zanardo, «La socialdemocracia y la Segunda Internacional», en VV. AA., *Historia del marxismo contemporáneo, vol. I*, Avance, Barcelona, 1976.

Lenin (pues efectivamente dijo que el modelo del *¿Qué hacer?* tenía una validez restringida en razón de haber sido fruto de una polémica determinada históricamente dentro del movimiento revolucionario europeo), sino sobre si esta opinión de Lenin se ajusta a la realidad, es decir, si su tesis realmente caducó dentro de los marcos de la situación concreta en que fue enunciada o si tuvo una validez que trascendió dicho marco.

Por otra parte, sostener que Lenin superó o dejó de lado sus posiciones iniciales mediante una nueva concepción orgánica de la relación entre teoría y clase o sostener, por el contrario, que las tesis del *¿Qué hacer?* lejos de ser circunstanciales conforman la estructura básica de su pensamiento político, puede convertirse en una discusión escolástica si se deja de lado la práctica política concreta de Lenin, tanto antes como después de la Revolución de Octubre. Solo el estudio de las *consecuencias políticas* de las ideas leninistas puede sacarnos del atolladero de las citas contrapuestas y del jesuitismo propio de toda discusión que se priva de correlato real.

Lejos de ser ideas-en-sí, las ideas de Lenin son ideas-fuerzas que devienen actos concretos, y es en estos actos concretos donde se las debe investigar y no en el *topos noetikos* del que habla Adorno.

En consecuencia, no se trata de realizar solo un estudio teórico de las tesis leninistas, analizándolas exclusivamente en el ámbito de la teoría y demostrando su validez o su error a partir de la misma. Tampoco se trata de un estudio histórico en el estricto sentido de la palabra. La historia a la que recurrimos es la historia expuesta en algunos de los libros más confiables que existen sobre el tema; en ella tratamos de seguir la concreción puntual de una de las ideas fuertes del pensamiento leninista, *idea que consiste en una inversión de la tesis central del materialismo marxista*, en una deformación cuyos efectos políticos concretos marcaron profundamente la historia de la revolución.

4

Pero si bien es cierto que en los efectos políticos de la teoría leninista se puede seguir la marcha de la deformación en acto, es decir, abriéndose paso a través de la compleja y contradictoria trama del proceso revolucionario, no debe olvidarse que la capacidad política de Lenin, así como la situación caótica de la Rusia revolucionaria, hacen que en ningún momento nos enfrentemos con procesos lineales. Lo que impera es la opacidad dramática de una historia donde las clases y los personajes que las encarnan deben vivir situaciones que se recortan sobre un fondo de muerte. Sin embargo, a pesar de que esto es cierto, existe en el pensamiento de Lenin un factor que se mantiene inalterable en medio de la intrincada urdimbre de los hechos, y este factor es su idea de la separación que existe entre la conciencia y el ser de la clase.

Esta afirmación no debe entenderse como si tratáramos de negar el peso de las circunstancias, sino más bien como el rechazo del principio positivista de convalidación de las acciones por lo puramente fáctico y, en consecuencia, como la negativa a una aceptación acrítica de lo dado. Sin que esta postura nos lleve, en el polo opuesto, a aceptar la posibilidad de una idea absoluta y soberana como determinante de los acontecimientos. Por eso intentamos desentrañar la vinculación entre la teoría y la práctica en la maraña de la historia y, en consecuencia, necesariamente debimos recortar el pensamiento y la acción de Lenin, marcar en la contradictoriedad señalada su itinerario principal, un itinerario que a veces se desdibuja o que puede ser contradicho mediante el señalamiento de otros itinerarios secundarios, pero que sin embargo se impuso hasta el punto de sobrevivir en el mito del «leninismo» a la propia muerte de Lenin.

5

Hemos realizado un corte en el pensamiento de Lenin, siguiendo una línea de investigación dentro de un cuerpo mucho más complejo y contradictorio. Por eso, repito, tendrán razón quienes argumenten que este estudio es parcial. También se argumentará, y esto ya fue hecho hasta el cansancio, que Lenin actuó en circunstancias precisas y obligado por dichas circunstancias. Esto también es cierto, además de obvio; pero se necesita agregar que las llamadas circunstancias no son suficientes para rendir cuenta de ciertas decisiones que pudieron ser distintas, y que si no lo fueron fue por causas que deben indagarse. El recurso a las circunstancias determinantes puede justificar un número variable de respuestas, pues resulta evidente que toda decisión política se abre paso en medio de innumerables circunstancias.

Lenin, por ejemplo, defendió la dirección unipersonal de las fábricas, mientras que la llamada «oposición obrera» defendió la dirección colegiada; los argumentos de Lenin fueron de eficiencia (las fábricas deben ser dirigidas por quienes *saben* hacerlo), mientras que los argumentos de la «oposición» fueron políticos; como se sabe, los de Lenin se impusieron. Lo que aquí nos interesa establecer no es, sin embargo, la justeza de unos o de otros, sino si la propuesta de Lenin (más allá de las circunstancias que siempre sirven para justificar lo que se hace) respondía o no a su concepción teórica. Igual análisis puede hacerse de la paz de Brest-Litovsk o de cualquiera de las grandes decisiones tomadas en el curso de la revolución. Afirmar que las posiciones de Lenin estaban determinadas por las circunstancias no solo no soluciona el problema, sino que en realidad constituye el inicio del problema: saber por qué Lenin, en tales o cuales circunstancias determinadas, tuvo tales o cuales posiciones determinadas; no se trata del reconocimiento de lo dado, sino de la pregunta crítica respecto a lo dado.

Cuando se dice: ¿qué otra cosa hubiera podido hacer Lenin en esas circunstancias?, se está planteando un falso problema. Desde cierto punto de vista hizo lo que hizo, y frente al hecho

solo queda describirlo. Pero desde otro punto de vista podría responderse que en las *mismas circunstancias* pudo hacer lo que planteaba la «oposición obrera», lo que planteaba Trotski o Kámenev o quien fuera. ¿Sabemos acaso lo que hubiera sucedido en el caso de hacerse lo contrario a lo planteado por Lenin? Es imposible saberlo, pero hubiera sido una alternativa distinta y, como de todos modos se fracasó, dicha alternativa hubiera podido ser, al menos hipotéticamente, una alternativa al fracaso.

Lenin no quiso luchar contra Alemania afirmando que «el campesino no quiere la guerra y no la hará»; Bujarin sostuvo lo contrario: «La Revolución Rusa se desplegará totalmente o bien sucumbirá bajo la presión del imperialismo. Estamos subestimando las fuerzas sociales de la Revolución igual que lo hicimos en vísperas de la insurrección. El imperialismo unido se ha puesto en marcha contra la Revolución. No están agotadas todas nuestras posibilidades sociales. Podemos levantar también a los campesinos contra los alemanes. Y seguimos teniendo nuestra vieja táctica, la táctica de la revolución mundial».[4]

La paz de Brest-Litovsk: ¿no habrá frenado el impulso de la revolución europea? No es posible saberlo; pero lo que nos interesa señalar es que la guerra defensiva constituía una alternativa tan legítima como la de Lenin. La propuesta de Lenin triunfó casi en contra de toda la dirección bolchevique, pero la revolución europea, a la que el propio Lenin consideraba esencial para el triunfo de la Revolución Rusa, no se produjo. Cabe señalar que casi de inmediato se formó el Ejército Rojo para luchar, precisamente, contra la intervención extranjera y los ejércitos contrarrevolucionarios, y el Ejército Rojo triunfó contra ambos enemigos; es válido preguntarse, por lo tanto, si la alternativa contraria a la de Lenin no hubiera abierto la posibilidad del triunfo de la revolución alemana. De otra manera, la paz con

[4] A. G. Löwy, *El comunismo de Bujarin: «La historia universal es el juicio final»*, Grijalbo, Barcelona, 1973, p. 103. Trotski relata que, luego de la sesión, Bujarin lo alcanzó llorando y le dijo: «¿Qué estamos haciendo? Estamos convirtiendo al partido en un montón de mierda» [p. 104].

Rusia, ¿no le facilitó al capitalismo alemán el aplastamiento de la revolución?

Es cierto que lo que pasó, pasó. Pero el fracaso de la Revolución Rusa, el período sangriento de la época estalinista y postestalinista, ¿cómo se explican?

¿O es que acaso los marxistas están condenados a describir estos fenómenos sin explicarlos? Nunca podremos saber si las alternativas a la paz de Brest-Litovsk hubieran triunfado; no podemos saber tampoco cuál hubiera sido el destino de la revolución si se tomaban otras medidas posibles y distintas a las que de hecho se tomaron, pero sí podemos hacernos algunas preguntas respecto a las ideas que tenían quienes las tomaron, al marxismo que decían profesar y a los actos que realizaron en función de dicho marxismo. En última instancia, las condiciones dramáticas que genera un proceso revolucionario: ¿pueden obligar a los marxistas a realizar actos antimarxistas como son las torturas y los asesinatos en masa, las persecuciones raciales, la supresión de las libertades públicas, la dictadura de las nuevas *elites* dirigentes?

¿Existe una ética revolucionaria o todo debe sumergirse en las determinaciones fácticas que con una lógica de hierro convierten a la revolución en contrarrevolución? Si existe una *astucia* de la razón burguesa es evidente que actúa a través del imperio de las necesidades.

El relativismo y el positivismo histórico pueden ser válidos cuando se estudian sociedades y culturas distintas a la que nos constituye, pero pierden validez cuando se analiza una historia que pone a prueba nuestras concepciones y que decide sobre nuestras vidas. Para analizar las sociedades que se definen como socialistas, el único punto de vista válido es el de las clases explotadas, de cuyo pasado y de cuyas teorías dichas sociedades dicen ser la realización. A diferencia de la burguesía, cuyo discurso teórico-ideológico sirve para enmascarar lo real, el marxismo no es solo la crítica «despiadada» del sistema burgués, sino que debe ser también la crítica no menos despiadada de las sociedades que se proclaman socialistas.

6

Mal haríamos, por otra parte, si consideráramos las desviaciones y los errores de Lenin como si fueran el producto de una individualidad pensante al margen de lo real. Las ideas de Lenin sobre la relación entre la teoría y la clase fueron fruto de una serie de condiciones y de fuerzas sociales concretas. Entre ellas, como veremos más adelante, una de las principales fue el atraso ruso, el incipiente desarrollo del capitalismo «injertado» que existía en Rusia sobre la base de una inmensa mayoría campesina; la extranjeridad que experimentan los revolucionarios de extracción burguesa o pequeño-burguesa, desvinculados en gran parte del proletariado (que en realidad era un campesinado trasladado a las fábricas) y ajenos al mundo campesino que consideraban una rémora bárbara, debía llevarlos a privilegiar el factor teórico del que eran depositarios.

En cuanto a Lenin, es preciso considerar la influencia que sobre él ejercieron los teóricos de la socialdemocracia alemana, el poderoso partido detrás del cual se encontraba Engels y sus discípulos Bernstein y Kautsky. Lenin pensaba el problema de Rusia tanto desde el gran debate que agitaba al movimiento socialdemócrata de los países avanzados de Europa, como desde su compleja relación con el movimiento populista ruso. Además, hay que tener en cuenta que prácticamente desde 1900 hasta 1917 Lenin vivió en el exilio, inmerso en el ghetto de los emigrados, en las polémicas entre marxistas que objetivamente estaban alejados de las luchas *concretas*, tanto del proletariado como del campesinado ruso, sometido al impacto de la reconversión teórica que caracterizó al marxismo de ese período y obligado a llevar una vida de profundo desarraigo que debió favorecer el desarrollo de una interpretación marcadamente teoricista de la teoría que Marx, según sus propias palabras, había elaborado *para Europa occidental*.

No es nuestro objetivo analizar de qué manera, en función de qué realidad económico-social y de qué tradiciones culturales y teóricas, se constituyó el pensamiento de Lenin. Nos con-

tentamos simplemente con establecer un punto de partida. Sin embargo, debemos decir que si bien todo pensamiento es pensamiento de una clase o de un sector de clase, esta afirmación no debe entenderse en un sentido mecánico, ya que no existe entre la clase y el pensamiento una determinación traslúcida y total, pues de ser así el pensamiento revolucionario sería innecesario. En todo pensamiento —decía Gramsci— se mezclan una serie de concepciones; todo pensamiento es una forma compleja donde se superponen las más diversas épocas, las creencias más dispares, las necesidades y los deseos de los hombres. El pensamiento que llamamos de clase se abre paso a través de miles de experiencias donde se acumulan triunfos y derrotas, retrocesos, oscuridades; y es a través de ellas de donde surge el pensamiento en un momento preciso de su historia imponiéndole una originalidad decisiva que intenciona, en un orden ya plenamente histórico, la constitución de su propia hegemonía como clase; sin que sea posible individualizar este pensamiento como una Verdad o un Saber que adquiriría trascendencia mediante un proceso de generalización idealista.

Es en este sentido que hablamos de un pensamiento de clase, como pensamiento que es constituido y que constituye a la clase, pero que, a la vez, jamás se estratifica en un dogma, en una forma definitiva (ya se trate de una teoría o una idea); y si bien tiende a devenir *mundo*, no por eso deja de encontrarse sometido a la negatividad. Tal es el movimiento conceptual que surge de la historia vivida de la clase y vuelve a la clase para modificar el entramado concreto de la realidad exigiendo un nuevo pensamiento como una nueva forma de esa realidad en proceso.

Respecto a la afirmación de que la clase obrera se constituye en sujeto revolucionario, debemos tener en cuenta la necesidad de hacer algunas precisiones. En primer término la afirmación no intenciona un sujeto sustancial sino, por el contrario, la constitución de un sujeto; en segundo término hay que distinguir entre lo que Marx decía para la Europa del siglo XIX y la realidad actual, donde, como correlato de las profundas transformaciones estructurales a nivel mundial, es imposible reducir la amplia

gama de clases y sectores de clases interesados en cambiar la sociedad a *un* sujeto revolucionario; es necesario, incluso, tener en cuenta la multiplicidad real del *sujeto* clase obrera (en este sentido, es central la discusión respecto al trabajo productivo e improductivo en el marxismo, así como respecto a la diversidad del propio proletariado industrial); esto no quiere decir que en el conjunto de sujetos revolucionarios no exista una dominancia fundada en lo real histórico (tiene razón De Giovanni cuando sostiene que la idea de *un* sujeto revolucionario es ideológica; pero también es ideológico sumir al conjunto de clases y sectores de clase potencialmente revolucionarios en lo indeterminado, pues lo determinado de la constitución de los sujetos depende de la situación histórica concreta): «Con el progreso de la socialización del capital, del trabajo productivo y de la cientificidad tecnológica de la producción, incluso el proletariado industrial en sentido estrecho viene a representar cada vez más un momento del proceso de trabajo global y cada vez menos la totalidad del trabajo productivo».[5] No se trata de un desplazamiento, sino de una complejización de lo social con consecuencias políticas y teóricas en el interior del capitalismo tardío. Pero esta problemática no es pertinente en relación con nuestro objeto de análisis.

7

La idea de Lenin respecto a la relación entre teoría y clase, decimos, no es una idea circunstancial, elaborada solo para luchar contra el economicismo, sino que es una idea *esencial* que ejerce efectos decisivos en lo que se refiere a la organización del partido bolchevique (y posteriormente en relación con todos los partidos comunistas del mundo) y efectos determinantes sobre un conjunto de decisiones que configuraran la estructura fundamental del proceso revolucionario ruso.

[5] H. J. Krahl, *Costituzione e lotta di classe*, Jaca Book, Milán, 1978, p. 366.

La idea leninista de que la teoría de la clase obrera se gesta y existe al margen de la clase, fuera de la clase, genera la concepción «bolchevique» de que el partido *es el depositario del saber y del deber-ser de la clase*; como consecuencia lógica de esta premisa la función prioritaria del partido consistirá en hacer penetrar en la clase la conciencia-de-clase elaborada por los intelectuales burgueses al margen de la clase; de esta manera el Partido será la «correa de transmisión» encargada de trasladar (de afuera hacia el interior) la ciencia-del-proletariado; será el encargado de *transmitir* la verdad de la clase desde el lugar de la teoría al lugar del proletariado. De allí la función esencialmente pedagógica y «mentora» del Partido respecto a la masa obrera y, con más razón, respecto a las masas campesinas, las cuales deben ser «guiadas» o «iluminadas» por quienes están en posesión de la teoría.

No hace falta demostrar, ya que allí están los hechos para probarlo de innumerables maneras, que esta verdadera *idea* leninista se convirtió en el fundamento del despotismo más despiadado. Esta idea de la teoría como exterior a la clase, como algo que se fundamenta a sí mismo, desempeñará un papel de tipo religioso: el partido se volverá una especie de iglesia; los revolucionarios en posesión de la «verdad» teórica se volverán fanáticos; y, consecuentemente, el país que fue escenario de una revolución esencialmente libertaria se volverá una especie de inmenso campo de concentración.

A partir de 1917 este aparato partidario organizado a la manera militar e imbuido de una función trascendente, que se caracterizó a sí mismo como «vanguardia» y uno de cuyos apotegmas fundamentales fue que «sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario», se vio enfrentado a la tarea de realizar la revolución, y es allí, en la carne viva del proceso revolucionario, donde se desarrolló la *idea* central del leninismo, actuando de manera a veces casi transparente, imponiéndose a los hombres y a los acontecimientos hasta constituir *in nuce* el esbozo de la futura sociedad «soviética».

8

Cuando al final de su vida Lenin clamaba contra el Estado soviético, llamándolo una «mezcolanza burguesa y zarista»,[6] desgraciadamente estaba reconociendo la existencia de una realidad dramática y en desarrollo, la existencia de algo que iba a resultar *irreversible*. Pero debe señalarse que se trataba de una realidad construida por los bolcheviques, y entre ellos, en primer lugar, por el propio Lenin.

No se pueden olvidar los textos donde Lenin sostenía que el Estado soviético debía inspirarse en la eficiencia del Estado alemán, donde afirmaba que los técnicos debían dirigir «dictatorialmente» a los obreros de las fábricas, donde sostenía la necesidad de los funcionarios y los militares zaristas, porque fueron precisamente estos enemigos de clase quienes se apoderaron lenta pero inexorablemente de la revolución escudándose tras el lema leninista de la eficiencia, de la técnica y de la ciencia. Y a quienes quieran oponernos un texto a otro texto debemos remitirlos, para escapar al círculo vicioso de lo abstracto, a los hechos concretos de la revolución.

Es claro que luego el estalinismo realizó la genial maniobra, de la que aún no nos hemos librado, de reducir el pensamiento de Lenin al «leninismo», transformándolo así en un «dogma» válido para todo tiempo y lugar. Pero aún sin confundir a Lenin con el «leninismo» estaliniano, debemos reconocer que el «leninismo» es una de las últimas y trágicas consecuencias de una idea central de dicho pensamiento. Si bien la polémica respecto a la relación entre bolchevismo y estalinismo[7] permanece abierta, me parece necesario señalar que el problema no se inscribe puramente en una fenomenología histórica, donde, es cierto, la magnitud de los hechos es incuestionable (como señala Cohen: «Después que las purgas suprimieron entre 1935 y 1939 al menos un millón

[6] V. I. Lenin, *Obras, vol. XXXVI*, Progreso, Moscú, 1981-1988, p. 485.

[7] Ver al respecto el documentado trabajo de Stephen Cohen, «Bolscevismo e stalinismo», en *Studi Storici*, Nº 4, 1978.

de inscriptos, el primado del partido —la "esencia" del bolchevismo-leninismo según la definición de los estudiosos— ya no existía. Su *elite* [prácticamente masacrada en su totalidad], la masa de los afiliados [en 1930 el 70% se había adherido al partido con posterioridad a 1929], su ética, su papel, no eran ya las del viejo partido, ni incluso del partido de 1934»), sino que se trata, a mi juicio, de establecer *cómo* surge un grupo social que se apodera de la revolución en su beneficio, y en el interior de este contexto de emergencia de una nueva «clase» plantear el problema del estalinismo como figura, todo lo fuerte y patológica que se quiera, del proceso; y cómo se crean las condiciones para el surgimiento de dicho grupo. Es en este sentido que la teoría y la práctica leninista desempeñan un papel central; no es casual que el leninismo pueda devenir la *ideología* del nuevo grupo, el cual, ciertamente, es *otra cosa*, algo sustancialmente distinto de la teleología de Lenin.

Todo este proceso implicó una terrible violencia hacia el proletariado internacional, que fue sometido a la estrategia de la «gran patria rusa», empeñada en construir el socialismo «en un solo país», y hacia todos los «heréticos» que se atrevieron a cuestionar el dogma. Pero como siempre las hogueras del fanatismo inmolaron ante todo a sus propios creadores; con sangre impusieron sus dioses mientras el sumo sacerdote, en ejercicio de poderes de carácter divino, aplastaba toda disidencia. No solo fueron asesinados los grandes dirigentes revolucionarios compañeros de Lenin (Trotski, Bujarin, Kámenev, Zinóviev, Piatakov, Preobrazhenski, entre tantos otros), sino que decenas de millones de campesinos fueron arrancados de sus tierras y llevados a morir en los trabajos forzados de Siberia, mientras que millones de obreros se extinguían en los campos de trabajo sirviendo como mano de obra esclava al proceso de «acumulación socialista».

Además, los ataques solapados y los ocultamientos, los juicios y las expulsiones infamantes, se extendieron a todos los países: los mecanismos del terror se repetían miméticamente y no tenían fin. Pero lo trágicamente paradojal de este proceso es que fue realizado encubierto bajo la bandera de una teoría esen-

cialmente crítica y de un movimiento esencialmente libertario, en nombre de los mejores ideales de la humanidad, ideales que al fin habían encontrado las fuerzas que como expresión de sus propias necesidades iban a trasladarlos del reino de la utopía al reino de la realidad.

9

Los errores teóricos de Lenin se convirtieron en callejones sin salida; se transformaron en los fundamentos de soluciones administrativas; sirvieron de apoyo al desarrollo de la burocracia; aplastaron a la oposición; configuraron un estado represivo y despótico que dejó de ser el estado del proletariado y el campesinado ruso para convertirse en un Estado situado sobre los verdaderos sujetos de la revolución. Lenin visualizó esta encrucijada y hay indicios de que trató de remediarla; visualizó el desarrollo del estalinismo y en su testamento dejó expresa constancia del despotismo de Stalin; pero su voluntad se archivó a espaldas de los trabajadores, enmarcando un itinerario que culminaría en la colectivización forzosa y en los procesos de los años treinta. Lenin estaba derrotado, pero lo que debemos preguntar es lo siguiente: ¿hasta qué punto su *teoría* no fue la que lo llevó a tomar una serie de medidas que, en medio del caos y la guerra, prepararon su propia derrota y posteriormente sirvieron para doblegar al proletariado ruso y someter al proletariado internacional a los intereses de la gran potencia, la Unión Soviética?

Este trágico final, este «último combate», que no fue tanto de Lenin como del proletariado ruso, que a través de ese enfermo acorralado luchó por modificar el rumbo burocrático de la revolución, no es algo casual sino el fruto de una lucha, despiadada y larga, de ideas forjadas a través de décadas. La derrota de Lenin fue la derrota de la revolución, pero esta derrota implica al propio Lenin. Para explicarla no basta recurrir al fatalismo histórico (el hambre, la descomposición social, el atraso, las invasiones extranjeras, la caída de la producción, el terror blanco, el boicot

internacional, etcétera), sino que deben estudiarse las respuestas no unívocas que dieron los revolucionarios a esas condiciones adversas y el fundamento teórico de dichas respuestas.

Estamos en un punto donde solo es posible el análisis, la crítica; porque toda apologética es inútil. Se trata, en última instancia, de indagar entre las causas del fracaso de la Revolución Rusa, no para «culpar» a Lenin de este fracaso, ni para abjurar del socialismo bajo el pretexto de que es una utopía irrealizable, sino porque para defender la legitimidad del proyecto social de las clases explotadas no queda otro camino que criticar la experiencia revolucionaria y posrevolucionaria de la Unión Soviética; no queda otro camino que sacar a los grandes embalsamados de sus sarcófagos y llevarlos a rendir cuentas, no ante el inexistente tribunal de la historia, sino ante el tribunal del proletariado que busca el camino de la revolución; porque en el fondo se trata de una necesidad política: analizar el fracaso de la Revolución Rusa como condición necesaria para el desarrollo de la revolución socialista.

La teoría

1

En su libro sobre el populismo ruso, Franco Venturi hace dos observaciones que nos servirán de base para el comienzo de nuestro análisis: en la primera afirma que «el populismo puede llamarse, en sus ideas y en su lucha material, la conciencia de las grandes aspiraciones nacionales»; en la segunda, que «el populismo estaba visto así como un caso especialmente significativo de la formación de las *elites* revolucionarias modernas».

Mientras estuvo confinado en la aldea de Kokushkino, en 1887, Lenin leyó a Chernishévski y, a través de esta lectura, que según reconoció posteriormente ejerció sobre él una influencia «capital, aplastante», tuvo lugar su encuentro con «el materialismo filosófico». Chernishévski fue el fundador del llamado «grupo occidentalista» de los naródniki. Si tenemos en cuenta, por otra parte, que la formación de Lenin está íntimamente relacionada a la polémica con el populismo, se hace evidente la importancia que reviste el análisis de esta corriente revolucionaria rusa para tratar de establecer los aspectos en los cuales Lenin se oponía a su concepción del desarrollo revolucionario y los elementos populistas que influyeron positivamente en sus ideas.

Lo que hemos llamado la *idea* de Lenin respecto a la relación entre la teoría y la clase, tiene un innegable antecedente en la corriente populista. Lavrov, teórico ubicado en la misma línea occidentalista de Chernishévski que ejerció una gran influencia en el movimiento populista de los años 1870, sostuvo que el progreso

es creado por «la personalidad críticamente pensante»,[8] y que sin dichas personalidades «el progreso de la humanidad es absolutamente imposible». Esta posición teórica, basada en la distinción entre una gran masa humana desprovista de ideas e intelectuales poseedores de las ideas, debía conducir necesariamente a entender la acción revolucionaria como un acto mediante el cual los intelectuales introducían la teoría en el seno del pueblo.

Tal concepción tenía una doble consecuencia: en primer lugar, sobrevalorizaba la teoría entendiéndola como algo exterior al propio pueblo; luego, desvalorizaba a las masas, fundamentalmente a las masas campesinas, al considerarlas incapaces de convertirse en sujetos teóricos. Tkachov (otro importante populista que, como recuerda V. Strada, «sostenía la idea de la toma del poder por parte de una minoría revolucionaria para después transformar a la sociedad en sentido socialista») consideraba a los campesinos «una fuerza conservadora, humildemente pasiva, dominada por instintos serviles»;[9] llegando hasta afirmar que «el pueblo no estará en condiciones de realizar por sí solo la revolución social, ni hoy ni nunca». En el mismo sentido se expresaba Mijailovski cuando se refería al fracaso de Europa a causa de que «el curso de las cosas no era dirigido por la luz de la ciencia», hecho que según su parecer debía evitarse en Rusia, y que explica la importancia de primer orden que estos populistas «occidentalistas» concedían a la teoría, a lo que ellos llamaban «ciencia».

---

[8] V. Strada, «Introducción» al *¿Qué hacer?* de V. I. Lenin, Era, México D. F., 1977.

[9] Valentina Aleksandrovna Tvardovskaia, *El populismo ruso*, Siglo XXI, México D. F., 1978, p. 195. Es sorprendente la similitud entre Tkachov y Lenin, no sólo en el jacobinismo de la frase citada, sino en otros muchos aspectos del problema campesino. Para un análisis semántico del término «populismo», así como para un resumen de la complicada trama histórica del populismo y sus relaciones con el marxismo, ver Andrzej Walicki, *Populismo y marxismo en Rusia*, Estela, Barcelona, 1971. No debe olvidarse que a partir de 1898, como señala G. D. H. Cole, se constituye el «Partido Socialista Revolucionario (eserista), con lo que se inició una nueva etapa en la historia del populismo» [*Historia del pensamiento socialista, vol. III*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1962, p. 398].

Esta posición llevó, de manera natural, a privilegiar al «héroe» y, consecuentemente, al atentado terrorista como manera de *despertar la conciencia* del pueblo. Toda la larga historia del populismo ruso, hasta culminar en el atentado contra el mismo Lenin, está marcada por los complots y por los actos terroristas. Sin embargo, no debe olvidarse que en el populismo ruso existen dos líneas teórico-políticas que se suceden y que a veces coexisten; una típicamente rusa y antioccidental, otra, profundamente influida por el pensamiento revolucionario europeo, en particular por Marx y Bakunin. De no ser por esta *complejidad* propia del populismo, las posiciones anteriormente citadas serían incompatibles con las que expresaban los narodovoltsky en su carta del 10 de marzo de 1881 al zar Alejandro III: «El movimiento revolucionario —dicen— no depende de personalidades individuales, sino que es un proceso en el que participa todo el organismo popular», o lo que en el mismo año y desde la cárcel escribía Morozov: «Estoy convencido de que la insurrección es un fenómeno espontáneo; así como los científicos con todos sus instrumentos de física son incapaces de provocar una tormenta natural, del mismo modo nuestra inteligencia no sería capaz de hacer estallar la insurrección popular si, a cierta altura, esta no estallara sola». Es interesante señalar que Plejánov, casi en la misma época, afirmaba que «la dictadura de la clase está lejos, como el cielo de la tierra, de la dictadura de un grupo de revolucionarios intelectuales», y que el proletariado no tiene la intención de «pasar eternamente de un tutor a otro» sino que «quiere ser autónomo en el escenario de la vida histórica».[10]

Posteriormente, ante el fracaso de la «ida al pueblo» y ante la impermeabilidad que demostraban las masas campesinas frente a la acción sacrificada y heroica de los revolucionarios populistas, estos modificaron sustancialmente su táctica reconvirtiéndola hacia la acción política y diferenciándose así del populismo revo-

[10] V. Strada, *op. cit.*, p. 41. Estas son las tesis, enunciadas con dos décadas de anticipación, que luego opondrá al *¿Qué hacer?* de Lenin.

lucionario de la década de 1870. Nos interesa sobremanera esta reconversión por la influencia que sus ideas tendrán en Lenin.

Aleksandrovna Tvardovskaia señala que «el nuevo partido [populista] se planteaba tareas distintas, proponiéndose a sí mismo como partido revolucionario, como protagonista absoluto y autónomo»; su objetivo era, en última instancia, «hacer la revolución en favor del pueblo». En el *Programa* de 1879, como recuerda dicha autora, «se expresaba claramente la decisión de los revolucionarios de apoyarse en sus propias fuerzas, de conquistar el poder mediante la conspiración de una minoría revolucionaria»; con lo cual, está claro, los narodovoltsky se alejaban de la clásica posición populista por cuanto le negaban al pueblo un papel autónomo en el proceso revolucionario. Lo que no quiere decir que el grupo no estuviera atento a lo que sucedía tanto en el campo como en la ciudad, y que no se preparara para la acción. El «estatuto» de los llamados escuadrones obreros de 1880, por ejemplo, alertaba sobre la necesidad de prepararse para «una insurrección armada de masas» y sobre la posibilidad de un «movimiento insurreccional espontáneo» en el que deberían participar asumiendo todos los riesgos.

Incluso la atención que los populistas dedicaban al campo se vio condicionada por el desarrollo del movimiento en las ciudades, ya que el centro del problema pasó a estar constituido por la formación de lo que podemos llamar una *vanguardia*. Esta última afirmación está avalada por un conjunto de posiciones teóricas de los narodovoltsky, entre ellas dos que son fundamentales y que se articulan entre sí: consideraban que no existía en el pueblo una fuerza capaz de tomar la iniciativa del movimiento y, consecuentemente, que «el partido debía asumir la iniciativa de la revolución sin esperar hasta que el pueblo esté en condiciones de llevarla adelante solo». En este sentido se expresaba Zhebunev, en 1881, al afirmar que el pueblo estaba a la espera «de una fuerza que actúe fuera de su ser». Estos populistas estaban convencidos de que el partido revolucionario podía crear por sí mismo las condiciones para la insurrección y, en consecuencia, afirmaban que la gran tarea del partido era la de «crear por sí

solo el momento propicio para la acción, iniciar la empresa y llevarla hasta el fin».

En este contexto el terrorismo aparecía como la consecuencia natural de la acción revolucionaria populista. La conversión del terrorismo en el arma principal de lucha contra el absolutismo —afirma la autora citada—, estaba «en la propia lógica del desarrollo de la lucha». En cierto sentido, el terrorismo es la exacerbación del elemento *teórico*, el que conforma un grupo en posesión de la verdad (teórica) de la revolución y cuyos integrantes actúan en consecuencia elevándose jerárquicamente a la posición de *héroes*. Esta acción terrorista, como el propio Lenin supo reconocerlo, ejerció una gran influencia en el desarrollo revolucionario de Rusia; pero debe entendérsela, nos parece, como el intento por crear una suerte de «foco» determinante del desencadenamiento de una acción generalizada de obreros y campesinos. En 1880 un miembro de la dirección del partido populista, Kletochnikov, sostenía que el objetivo fundamental consistía en «sublevar contra el gobierno a masas enormes de pueblo estrechamente unidas y animadas por un solo ideal, con jefes que debían saber hasta en los mínimos detalles lo que debería hacerse el día de la revolución y después». Mientras que el ya recordado Tkachov lanzaba su célebre consigna: «Mil revolucionarios dispuestos a todo y la revolución está hecha»; palabras estas últimas que después resonarán en Lenin más o menos con el mismo sentido.

Vale decir que la idea de Lenin respecto al papel de la *teoría*, como constituida por sabios burgueses al margen de la clase, de la clase como privada de una conciencia revolucionaria y la idea consecuente de una organización de revolucionarios profesionales armados con la teoría revolucionaria y encargados de transmitírsela a las masas, son ideas que de una u otra forma ya existían, de manera generalizada y contradictoria, en el movimiento revolucionario ruso anterior a la fundación de la socialdemocracia. Y en este sentido podemos decir que el pensamiento de Lenin pertenece, más aún que al debate en el interior de la socialdemocracia europea, a la tradición revolucionaria del populismo ruso, y que es en este marco donde se le debe analizar

prioritariamente. Esta realidad no pudo ser suprimida; no logró hacerlo la historia *ad hoc* fabricada posteriormente por el Partido Comunista de la URSS, ni la persecución desencadenada por Stalin, quien no solo hizo destruir las obras de los populistas, sino que asesinó a toda la pléyade de intelectuales que en la interpretación del problema agrario podían ser considerados herederos del movimiento populista, como Nevski, Teodoróvich, Steklov, Gorev, Chayánov y tantos otros.[11]

2

De lo que aquí se trata es de ese inmenso país llamado Rusia, de comprender cómo lo caracterizaban Lenin y Marx, de sus profundas divergencias y de cómo estas divergencias son las que fundan distintos tipos de políticas. Se trata de profundizar en lo que, siguiendo a Marx, llamaremos el *asiatismo* ruso.

Ante todo, lo asiático debe ser considerado una forma histórica de larga duración donde, sobre las bases de las primitivas comunidades comunales, se constituyó un aparato central de dominio con la forma de una pirámide en cuya base estaban las comunidades, mientras que el vértice era ocupado por el Emperador, el Rey o quien fuere; todo esto mediado por una fuerte burocracia encargada de dirigir los flujos de impuestos desde abajo hacia arriba. Marx, en *El capital*, ofrece los elementos esenciales para la comprensión de este sistema: «El sencillo organismo productivo de estas entidades comunitarias autosuficientes, que se reproducen siempre en la misma forma y que cuando son ocasionalmente destruidas se reconstruyen en el mismo lugar, con el mismo nombre, proporcionan la clave que explica el misterio de la *inmutabilidad de las sociedades* asiáticas».[12] Marx agrega que «desde tiempos inmemoriales» el tipo estatal del despotismo

[11] F. Venturi, *El populismo ruso, vol. I*, Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1975, p. 12.

[12] K. Marx, *El capital, vol. I*, Siglo XXI, México D. F. 1975, p. 436.

asiático contó con tres departamentos fundamentales: «El de las finanzas, para esquilmar el país; el de la guerra, para esquilmar al extranjero; y, finalmente, el de las obras públicas». Las obras públicas, en primer lugar la irrigación, fueron el elemento esencial para establecer el dominio despótico. Articulado a este eje encontramos un aparato de burócratas y soldados que tenían a su cargo la extracción de los impuestos. Se trataba de una «esclavitud generalizada» sin esclavos individuales, a la que Marx caracterizó de la siguiente manera: «Lo que explica totalmente el carácter estacionario de esta parte de Asia, a pesar de todos los movimientos sin sentido que tienen lugar en la superficie política, son dos circunstancias que se apoyan mutuamente: 1) los *public works*, asunto del gobierno central; 2) junto a ellos todo el imperio, disuelto en multitud de *villages* con una organización completamente separada y que formaba cada una de ellas un pequeño mundo». Sin embargo, sería forzar la realidad atribuirle a Rusia el modo de producción asiático así descrito, ya que en la agricultura rusa no se daban las condiciones señaladas precedentemente como *public works* (centrales hidráulicas, canales de irrigación, presas, etcétera); razón por la cual es conveniente detenernos en la «particularidad» rusa.

Marx le atribuía una influencia de primer orden a las invasiones mongólicas en la formación de la Rusia asiática; entendía que «el fango sangriento de la esclavitud mongólica, y no la ruda gloria de la época normanda, forma la cuna de Moscovia», en la cual reina, «como principio económico», el de «las grandes matanzas», cuyo objetivo es el de «evitar sublevaciones y constituir en Rusia la forma mongólica del tipo asiático de producción».[13] Para Marx, lo fundamental de la invasión mongólica es que destruye totalmente las raíces sociales y económicas del imperio de los ruriks («los bárbaros germanos que inundaron Europa»). Lo dice claramente: «El incongruente, inmenso y precoz impe-

[13] R. Dutschke, *Lenin. Tentativas de poner a Lenin sobre los pies*, Icaria, Barcelona, 1976, p. 56; Karl Marx, *Escritos sobre Rusia. I. Historia diplomática secreta del siglo XVIII*, Pasado y Presente, México D. F., 1980, p. 312.

rio aglomerado por los Rurik desapareció completamente de la escena» siendo reemplazado por los mongoles. Estos trajeron su principal forma de producción, el pastoreo, para la cual era indispensable la existencia de «grandes extensiones deshabitadas», instaurando un «imperio del terror» para imponer su tipo particular de asiatismo. Es por esta razón que Marx califica a Rusia como un tipo de sociedad semiasiática con despotismo oriental; y es también por esta razón por la que siempre distingue, junto con Engels y según la expresión de Riazánov, entre «aquí Europa occidental, allá la Rusia asiática».

El corte que constituiría la base fundamental de la autocracia moscovita lo realizó, según Marx, Iván III. Si bien es cierto que al comienzo de su reinado (1462 y 1505) fue tributario de los tártaros; fue él quien «acabó finalmente la liberación de los tártaros y construyó la autocracia moscovita». En principio cada ruso era esclavo del Khan, lo cual constituía, según Marx, la «común esclavitud del Estado, típica de Oriente». Esta forma, lejos de desaparecer junto con la desaparición de la dominación tártara, constituirá «el más profundo entramado» en el que se fundará el despotismo autócrata ruso. Por lo tanto, no se trató de una «revolución», sino de una modificación que mantuvo la estructura agraria tártara sometiéndola a una nueva *elite* de poder, de allí que Marx pueda sostener que «entre la política de Iván III y la de la Rusia Moderna no existe tan solo similitud, sino igualdad». La nueva nobleza tenía por función recaudar los impuestos establecidos por los tártaros.[14] Marx definió lapidariamente a Iván III diciendo que «mimetizaba en tonos apagados la voz de sus antiguos señores, que todavía llenaban su alma de terror»; es Iván III quien consolidó la «nueva esclavitud del pueblo ruso», en tanto que la acción de Pedro el Grande fue de «cambios aparentes», ya que si bien, por una parte, convirtió a Rusia en la potencia principal del Báltico, por otra, dejó incólume «la esencia de la tartarización moscovita, sus peculiares relaciones de ser-

[14] R. Dutschke, *op. cit.*, p. 60.

vidumbre, producción y explotación, la esencia del despotismo semiasiático en su variedad rusa».[15]

Marx no caracterizó a Rusia como un sistema feudal; más aun, supo descubrir, por debajo de la aparente europeización realizada por Pedro el Grande, el mantenimiento de la *forma* asiática de procedencia tártara, con la variante de que los campesinos fueron sometidos a una doble explotación: la del Estado y la de la nobleza, pero sin que esta doble explotación llegara a adquirir el carácter del feudalismo europeo. Como dice Dutschke polemizando con F. Kramer: «no hubo en Rusia, ni durante la tartarización ni después, "señores feudales" que viviesen de la "renta". Había "poseedores de tierras nobles" y *poseedores privados*. Junto a esto existía la *posesión comunitaria* y el usufructo común del suelo por las distintas comunidades».[16]

3

Aún en 1900 este *asiatismo ruso* constituía, según Dutschke, el «meollo de la cuestión», puesto que, agrega, «Lenin y el Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia se afirmaban, dentro de un país agrícola, como un partido específicamente de obreros, y esperaban un desarrollo "normal" del modo de producción capitalista. Con ello están sin embargo en contradicción constante con la realidad rusa».

La discusión «económica» con los populistas giraba alrededor de tres ejes fundamentales: la caracterización de la estructura económica rusa, la posibilidad de desarrollo del capitalismo como un fenómeno normal y el papel que podía desempeñar la *obschina* y el *mir*[17] en el proceso revolucionario. En el orden teó-

[15] *Ibid.*, p. 65; K. Marx, *op. cit.*, pp. 308-324; D. Riazánov, «Karl Marx y el origen de la hegemonía de Rusia en Europa», en *Escritos sobre Rusia. I: Historia diplomática secreta del siglo XVIII*, *op. cit.*

[16] R. Dutschke, *op. cit.*, p. 68.

[17] La *obschina* se define como «comunidad campesina basada en la propiedad y el uso colectivo de la tierra»; el *mir* como «órgano administrativo

rico, este problema lleva a discutir acerca del *sentido* del esquema de evolución de las sociedades elaborado por Marx y, más precisamente, respecto a si este es un esquema lineal o provee la posibilidad de múltiples líneas de evolución.

Los populistas «occidentalistas», como Lavrov y Mijailovski, sostenían que Rusia, a causa de su atraso, tenía mayores posibilidades «objetivas» para llevar a cabo el ideal socialista de justicia. Para Herzen, tal como señala Strada, la vía rusa hacia el socialismo «no era una excepción del desarrollo histórico universal, sino la consecuencia de la diversidad de sus tiempos de movimiento». Herzen se aproximaba así a lo que será la concepción del Marx maduro, concepción que en general ignoraron los marxistas rusos, incluido Lenin.

El dilema lógico es claro en su planteamiento, ya que si la evolución de la sociedad es lineal, es decir, si es imposible «saltarse etapas», la consecuencia será que el desarrollo capitalista en el campo no solo es una necesidad, sino que es una necesidad *deseable*. Los populistas se opusieron a esta idea lineal con todas sus fuerzas. Tanto en Tkachov como en el Plejánov de la primera época, es decir, en el Plejánov populista, e incluso en cierta medida en el Plejánov marxista, puede verse la emergencia de un problema contradictorio y, en cierta medida, insoluble: la disfunción entre la realidad agraria rusa y la teoría propia de otra formación económico-social. El primero combinaba de una manera harto singular su idea evolucionista (es imposible saltarse etapas) y su idea del salto histórico (es posible escapar a la lógica de la historia instalándose en otro principio económico) sobre la base de postulados marxistas y jacobinos; de allí su insistente y apremiante llamado a la acción inmediata, pues debía impedirse que la burguesía comenzara su ciclo, ya que, en este caso, sería imposible derrotarla. En otras palabras, había que *saltarla* como

rural que, en la *obschina*, desempeña también una fundamental función económica por cuanto regula la periódica repartición de la tierra» [C. Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS. Segundo período (1923-1930)*, Siglo XXI, México D. F., pp. 154 y ss.].

forma histórica sin darle posibilidad a que naciera e iniciara su evolución.

El primer Plejánov, por su parte, se encontraba frente a un «arduo problema teórico» que consistía en hallar una alternativa a la disyuntiva entre el marxismo liberal y el subjetivismo populista. Debemos recordar que para los liberales rusos el marxismo era un instrumento que les servía para *demostrar la inevitabilidad* del capitalismo. Como dice sarcásticamente Plejánov: «La misión de los seguidores rusos de Marx es la de proteger el desarrollo de la industria patria, consolándose con el conocimiento de que todo es necesario para el desarrollo del socialismo en Rusia», y concluye afirmando que el marxismo no es una filosofía de la historia, que Marx no acomoda «la humanidad en el lecho de Procusto de las "leyes generales"» y que «las leyes generales de la dinámica social existen, pero, entrelazándose y combinándose diferentemente en las distintas sociedades, dan resultados absolutamente disímiles». Esta última afirmación será la base de su marxismo-populista.

Como señala Samuel H. Baron: «Dentro del orden social ruso, abrumadoramente agrario, Plejánov identificaba como característica básica del panorama social las miríadas de comunas campesinas, esas unidades básicas de organización social que él creía que arrancaban de tiempo inmemorial».[18] El fundamento en el cual basaba Plejánov su idea de que el socialismo advendría en Rusia mediante la acción revolucionaria de los campesinos se basaba en la inteligencia que tenía de la comuna campesina. En este período, pues, el motor de la revolución lo constituían los campesinos, mientras que los obreros, a los que no subestimaba, debían ser los aliados naturales del campesinado revolucionario. Fue el libro de Orlov, *La propiedad comunal en la provincia de Moscú*, el que introdujo por primera vez en su pensamiento la duda respecto al destino de la comuna agraria. Como cuenta su mujer, la lectura del libro lo absorbió de tal manera que «parecía

[18] S. H. Baron, *Plejánov, el padre del marxismo ruso*, Siglo XXI, México D. F., 1976, pp. 173 y ss.

como si la cuestión de la supervivencia de la comuna —si iba o no a desintegrarse— fuese para él una cuestión de vida o muerte». Lo paradójico está en que mientras Plejánov, fundamentalmente a partir de su exilio en 1880, se convertía al marxismo abandonando toda ilusión sobre el papel revolucionario de la comuna campesina, Marx en la misma época se acercaba a las concepciones populistas al respecto y criticaba sarcásticamente a los «ginebrinos», ya que mientras los populistas arriesgaban su cabeza en Rusia se dedicaban a hacer propaganda desde Ginebra.

Teniendo en cuenta la complejidad de la problemática planteada por los populistas rusos, Strada puede decir que su lógica se caracterizaba «por un agudo sentido de la policromía del desarrollo histórico, por una intensificación de la conciencia social de los mecanismos económicos de ese desarrollo desigual, por una preeminencia del significado del poder revolucionario como centro regulador y acelerador de los tiempos de desarrollo retardado, por una tensión de la relación entre el potencial de las masas humanas y la intervención de las minorías intelectuales, por una determinación de forzar los tiempos de la historia hacia la meta socialista y de no perder la carrera con la evolución de ciertas irrepetibles posibilidades de acortamiento».

No es casual, en consecuencia, que quienes propiciaban el desarrollo del capitalismo acudieran al arsenal del «marxismo» para «demostrar» la impracticabilidad de la propuesta populista. Un caso típico en este sentido fue Struve, claro que dentro de una perspectiva «liberal» procapitalista que evolucionaría hacia un «estatismo nacionalista». Pero también fue el caso, en el polo opuesto, de Plejánov, quien, ubicado ya en posiciones globalmente marxistas, se opondría, en *Nuestras divergencias*, a la idea básica de los populistas respecto a la imposibilidad de desarrollo del capitalismo en Rusia: «Es tiempo de atrevernos a decirnos a nosotros mismos que no solo el futuro inmediato, sino también el presente pertenece entre nosotros al capitalismo». La tesis dualista de Plejánov en este período puede sintetizarse en su afirmación de que el revolucionario debe «al mismo tiempo sostener al capitalismo en su lucha contra la *reacción* y ser enemigo intran-

sigente del mismo capitalismo en su lucha contra la *revolución* obrera del futuro». Es en este contexto que Plejánov sostiene la necesidad del partido obrero, cuya función principal sería la de llevar a la clase obrera «la *conciencia*, sin la cual es imposible comenzar una lucha seria contra el capital».

Además de este problema, estrictamente político, los dos problemas que más preocuparon a Plejánov en este período fueron el problema económico, relacionado con el problema del desarrollo capitalista y conocido como el problema del mercado interno, y el problema del Estado. Al argumento populista respecto a la imposibilidad del desarrollo capitalista en Rusia, precisamente por la falta de un mercado interno, le respondió: a) que el problema del desarrollo capitalista ya estaba resuelto por la historia («nuestro capitalismo se está convirtiendo en amo absoluto de Rusia»); y b) que el capitalismo crea su propio mercado: «No es el consumo el que provoca la producción, sino al contrario».

4

Conviene, sin embargo, detenernos en el análisis de la posición sustentada por Marx frente a lo que podríamos llamar la *cuestión rusa*, ya que en sus aspectos fundamentales constituye el *negativo* de la posición que sostenían los marxistas rusos, incluido Lenin. Como se sabe, Marx era un profundo conocedor de la realidad rusa; muchos años antes de este período estudió el ruso para poder leer en el original los numerosos materiales económicos y políticos, así como la correspondencia que le hacían llegar sus «amigos» rusos, vale decir, los populistas. Se tiene la impresión de que frente al gran teórico del capitalismo se alza, como una incógnita, el mundo desconocido de los campesinos, mundo que aparece como un límite, y en cierto sentido como una limitación, de su propia obra. Los textos que aquí nos interesan son la carta al director del periódico «*Otiéchestviennie Zapiski*» y la célebre carta a Vera Zasúlich, a la cual hay que agregar los numerosos borradores preparatorios de la misma, los que son

demostrativos de la importancia que le concedía Marx al problema y a sus opiniones sobre el mismo.[19]

En la primera carta, cuya fecha es de 1877, Marx señala tres aspectos fundamentales:

1) De lo que se trata en *El capital*, al estudiar la acumulación primitiva, es de «trazar el camino por el cual surgió el orden económico capitalista, en Europa occidental, del seno del régimen económico feudal». Marx determina así con precisión el ámbito de validez de su estudio: se trata, y lo repetirá luego, de *Europa occidental*.

2) «Para poder enjuiciar con conocimiento propio las bases del desarrollo de Rusia, he aprendido el ruso y estudiado durante muchos años memorias oficiales y otras publicaciones referentes a esta materia. Y he llegado al resultado siguiente: si Rusia sigue marchando por el camino que viene recorriendo desde 1861, desperdiciará la más hermosa ocasión que la historia ha ofrecido jamás a un pueblo para *esquivar* todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista»[20] (nosotros subrayamos).

3) Marx dice que su crítico «se siente obligado a metamorfosear mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el occidente europeo en una *teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo*» (nosotros subrayamos), para concluir afirmando que «sucesos notablemente análogos, pero que tienen lugar en medios históricos diferentes, conducen a resultados totalmente distintos».

---

[19] Esta carta de Marx, así como gran parte de su obra inédita, fue manipulada por quienes tenían el deber de hacerla conocer públicamente. Al recibir la carta, Vera Zasúlich había dejado de ser populista para hacerse marxista, y como Marx le daba la razón a los populistas en este problema esencial, no encontró mejor manera de rebatirlo que ocultándola. Walicki opina que Marx exageró el papel de la comuna, *op. cit*., p. 142.

[20] M. Godelier, K. Marx y F. Engels, *Sobre el modo de producción asiático*, Martínez Roca, Barcelona, 1969, pp. 68 y ss. (traducción modificada y subrayado mío). Véase también P. P. Poggio, *Comune contadina e rivoluzione in Russia*, Jaca Book, Milán, 1978, p. 146, donde analiza la posición de Lenin respecto a este texto. Para Lenin, Marx no habría respondido sobre «la sustancia del problema». Ver Walicki, *op. cit*., p. 138.

En la carta a Vera Zasúlich, de 1881, afirma que «la "fatalidad" histórica de este movimiento [se trata de la génesis de la producción capitalista] está restringida *a los países de Europa occidental*»; por lo que concluye que el análisis realizado en *El capital* no da razones ni en pro ni en contra de la comuna rural rusa, pero de inmediato agrega que en base a sus estudios sobre el tema se ha «convencido que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia». En los esbozos preliminares de la carta, Marx termina afirmando que existe una gran conspiración para destruir la comuna, conspiración a cargo del Estado y de «los capitalistas intrusos que con la ayuda del Estado se hicieron poderosos a expensas y a costa de los campesinos», para concluir con la siguiente afirmación: «Si la revolución llega a tiempo, esta [la comuna] será pronto el elemento regenerador de la sociedad rusa y el factor de su superioridad sobre los países esclavizados por el capitalismo».[21]

Se trata, como dice Poggio, del abandono, por parte de Marx, del «modelo» europeo y su «pretendida superioridad»,[22] y agrega: «Para Marx y para los populistas se trataba de vencer los obstáculos que se oponían a la realización de un Estado-Comuna, liberar la energía al mismo tiempo destructora y creadora de los campesinos rusos, de fundar la *intelligentsia* en el pueblo. Para Lenin y Plejánov se trataba de construir o sostener el MPC, dirigirlo, dirigir a las masas rusas semiasiáticas, realizar la hegemonía de la *intelligentsia* socialista. En los populistas y en

[21] Bujarin conoció esta carta, según relata Riazánov. Este comenta que ni Vera Zasúlich ni Plejánov ni Axelrod se acordaban de la carta de Marx y agrega, no sin un dejo de ironía, que «este olvido, precisamente teniendo en cuenta el especial interés que tal misiva debía haber provocado, tiene un carácter muy singular y probablemente ofrece a los psicólogos de profesión uno de los más interesantes ejemplos de las extraordinarias insuficiencias del mecanismo de nuestra memoria» [D. Riazánov, «Introducción» a la *Correspondencia entre Marx y Vera Zasúlich*, Siglo XXI, México D. F., 1980].

[22] P. P. Poggio, *op. cit.*, p. 141.

Marx se encuentra la superación de la posición eurocéntrica de la socialdemocracia europea y de la Segunda Internacional».[23]

Marx había dejado en claro que se trataba de dos cosas *distintas*: por una parte, Europa occidental, por la otra, Rusia; por tanto, querer universalizar sus análisis, sacarlos de su contexto y generalizarlos, constituía un acto metafísico propio de una filosofía de la historia. Había dejado claro, además, que su visión de la historia no era *unilineal*, pero lo más importante a destacar aquí era que su pensamiento, en lo sustancial, coincidía con el de los «populistas» y no con el de los «marxistas» rusos en relación con la *obschina*, lo que implicaba, al mismo tiempo, una concepción totalmente distinta respecto al problema campesino ruso, y en última instancia, respecto al proceso revolucionario. Mientras Lenin afirmaba «el carácter ya esencialmente capitalista de la economía rusa» y el carácter «progresista y positivo» del joven capitalismo ruso, Marx, por su parte, afirmaba (al igual que los populistas) la posibilidad de que la *comuna* rural rusa fuera el punto de partida del desarrollo hacia el socialismo «esquivando» el capitalismo, negando así rotundamente la existencia de una «fatalidad histórica», a la que llamó «malentendido sobre mi supuesta teoría».

Rudi Dutschke, por su parte, ha señalado de qué manera, mientras Engels consideraba el proceso de constitución de la gran industria capitalista como un largo proceso histórico, Lenin desatendía «casi completamente este carácter histórico de mediación, este largo proceso, en su trabajo teóricamente fundamental sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*», y agrega que Lenin, fascinado por la industrialización, no veía que «la apariencia externa de la "industrialización" dejaba en la niebla las relaciones de producción que de hecho dominaban», a consecuencia de lo cual definió al socialismo campesino de los narodniki «como un movimiento reaccionario que niega el papel histórico de la clase obrera».[24] Lenin, como se sabe, recurrió a los

[23] *Ibid.*, p. 186.

[24] R. Dutschke, *op. cit.*, p. 91. Para una posición distinta de Lenin, ver Wa-

esquemas de la reproducción ampliada del segundo tomo de *El capital*, sin tener en cuenta, como vimos, que poco antes el propio Marx había reducido la validez de su esquema de desarrollo, y de la estructura económica estudiada por él, lisa y llanamente a la Europa occidental.[25] Vale la pena citar *in extenso* la conclusión de Dutschke al respecto, por ser este el nudo del problema que analizamos: «La sociedad rusa, aquella sociedad precapitalista de tipo especial pensada por Marx y Engels, todavía como una sociedad de *derrumbamientos y transiciones*, esta sociedad no había cambiado fundamentalmente hacia 1900. El "capitalismo asiático" sigue siendo el meollo de la cuestión. Las mix-

licki, *op. cit.*, pp. 130-131.

[25] Ver R. Rosdolsky, *Génesis y estructura de* El capital *de Marx*, Siglo XXI, México D. F., 1978, pp. 526 y ss. Para este autor, los marxistas «legales» (y, en primer lugar, el más «dotado» y «ortodoxo» Bulgákov) eran *tan legales* que utilizaban los esquemas de reproducción de Marx para demostrar «prácticamente» la «eternidad» del sistema. Mientras los populistas trataban de demostrar la imposibilidad en Rusia de un desarrollo capitalista consecuente, Bulgákov le daba la razón a Tugán-Baranovski respecto a que «la producción capitalista crea, por su mero crecimiento, un mercado que se expande ininterrumpidamente»; y le daba la razón, como bien señala Rosdolsky, porque así lo demuestran los *esquemas* de Marx, sin tener en cuenta que dichos esquemas no demuestran ni una cosa ni la otra, porque son esquemas abstractos que solo tienen en cuenta una media ideal, desgajada de la complejidad real de tendencias y contratendencias, con lo cual aparece el carácter brutalmente «armonicista» que le asignan a dichos esquemas los «marxistas legales». El hecho concreto es que en Rusia no se desarrolló el capitalismo, que no creó su mercado interno, y que antes se dio el inicio de la revolución socialista; este argumento *de facto* tiene la misma validez que puede tener el de Plejánov y Lenin cuando sostenían que la discusión sobre la posibilidad de desarrollo del capitalismo en Rusia era ociosa porque el capitalismo ya se había desarrollado, lo cual no era y no fue cierto. Rosdolsky demuestra cómo la posición de Lenin se basaba en la de Bulgákov y en la de Tugán-Baranovski, y afirma que Lenin no comprendió la relación lógica entre el segundo y el tercer tomo de *El capital*, la relación existente entre el análisis del «capital en general» y del «capital en su realidad»; solo en relación «con la teoría marxiana de la crisis y el derrumbe» los esquemas pueden lograr «el "total esclarecimiento" del problema de la realización». En el hecho de «haber pasado por alto este descubrimiento fundamental reside el mayor defecto de la teoría leninista de la realización» (p. 530).

turas industriales, el capitalismo "injertado", habían cambiado, es verdad, la superficie rusa, pero no la esencia social de formas "semiasiáticas" de producción, intercambio y servidumbre»; para concluir afirmando que «Lenin y el Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia se afirmaban, dentro de un país agrícola, como un partido específicamente de obreros».[26]

En este sentido también se expresa Rudolf Bahro al sostener que «el líder de la revolución no tenía inicialmente ninguna visión precisa del carácter particular de la sociedad rusa en su fase precapitalista», que «Lenin sobrevaluó el grado de desarrollo capitalista en Rusia al inicio del siglo XX» y que veía muchas particularidades rusas «pero no la fundamental» (el asiatismo).[27]

Mientras Marx pensaba que el desarrollo del capitalismo en Rusia *no* era «inevitable», y pensaba además que de producirse no sería un capitalismo de tipo europeo; Lenin, por el contrario, unos pocos años después de Marx ya daba por sentado el desarrollo del capitalismo,[28] dejando de lado, por una parte, las esenciales pecu-

[26] R. Dutschke, *op. cit.*, p. 97.

[27] R. Bahro, *op. cit.*, pp. 91-92. Ver, también, P. P. Poggio, *op. cit.*, p. XXIV: «El superponerse de una peculiar elaboración del marxismo, la leninista, a la situación estructural en que se encuentra la Rusia zarista sobre el fondo del contexto mundial hace que en Rusia, y bajo una apariencia revolucionaria, el marxismo funcione como ideología del desarrollo y potencia intelectual para un crecimiento controlado y planificado de la economía (del capital), realizando aparentemente la utopía socialdemócrata. La victoria fue aparente porque el encuentro con la realidad rusa, con todo el espesor de su "asiatismo", provocó una especie de parálisis, la necesidad del despotismo más feroz para impedir un derrumbe general, pero la mutación del marxismo, largamente preparada por la II Internacional, fue así definitiva».

[28] Lenin afirma: «No hay ni un solo fenómeno económico entre los campesinos que no tenga esa forma contradictoria, propiedad específica del régimen capitalista»; «Contrariamente a las teorías reinantes en nuestro país durante el último medio siglo, el campesino comunal ruso no es antagónico con respecto al capitalismo: es, al contrario, su base más profunda y más firme», Para Lenin, se producía un proceso de «diferenciación» de los campesinos, el cual «representa la destrucción radical del viejo régimen patriarcal y campesino y la formación de *nuevos tipos* de población del campo»; «Solo los economistas del populismo hablan con tenacidad del campesino en general, como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al

liaridades precapitalistas, por otra, las peculiaridades del Estado zarista (llama la atención que cuando Lenin habla del Estado se refiere al Estado en general, al Estado visto por Marx y Engels, y nunca al Estado zarista en su realidad concreta).

Para Lenin, en un país con 125.000.000 de campesinos y aproximadamente 2.700.000 obreros industriales, era «un pensamiento reaccionario el buscar la liberación de la clase obrera en alguna otra cosa que no sea ulterior al desarrollo del capitalismo», afirmando que la clase obrera no padecía bajo el yugo del capitalismo sino «bajo el desarrollo insuficiente del capitalismo». Su interpretación de la comuna agraria como esencialmente vinculada al despotismo zarista lo llevaba a interpretar todo el problema de una manera opuesta a la de Marx, pues este, como vimos, sostenía la posibilidad de transformación de la comuna, liberada del aparato despótico, en una palanca del desarrollo socialista.[29]

Las consecuencias posteriores de este gran equívoco pueden seguirse, como trataremos de hacerlo más adelante, a través de las principales medidas que toma el gobierno soviético en relación con los campesinos. No se trata, por otra parte, de un simple

---

hecho de que la mayoría de los "campesinos" ha ocupado un lugar ya del todo determinado en el sistema general de la producción capitalista, precisamente el lugar de obreros asalariados agrícolas e industriales» [*El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Progreso, Moscú, 1975, pp. 169 y ss.]. Si se tiene en cuenta la historia del campesinado ruso hasta la colectivización forzosa, estas aseveraciones de Lenin muestran, de una parte, su profunda raíz teoricista y, de la otra, su error de apreciación. Para un análisis detallado del «problema agrario» ver el libro de Hans Georg Lehmann, *Il dibattito sulla questione agraria nella socialdemocrazia tedesca e internazionale: dal marxismo al revisionismo e al bolscevismo*, Feltrinelli, Milán, 1977, en especial pp. 246 y ss., así como el análisis crítico puntual que realiza Chantal de Crisenoy en *Lénine face aux moujiks*, Editions du Seuil, París, 1978.

[29] No es extraño que, posteriormente, la colectivización forzosa estalinista tratara de presentarse como la realización de la comuna aldeana [«Los agitadores del partido todavía podían presentar al *koljós* como el sucesor legítimo del *mir* y proponerlo a los aldeanos, no como una innovación subversiva, sino más bien como el resurgimiento, en forma modificada, de una institución autóctona», I. Deutscher, *Trotski. El profeta desterrado (1929-1940)*, Era, México D. F., 1969, p. 117].

error de apreciación, sino de algo fundamental y que podríamos denominar el *estatuto revolucionario* de los campesinos. Los líderes de la revolución obrera pensaron al campesino como «objeto» y no como «sujeto» revolucionario; de allí que ambas revoluciones, que convergieron en un determinado momento, posteriormente se separaron a través de un proceso de profundas y sangrientas contradicciones.

5

Vamos a detenernos brevemente sobre el problema de la cantidad de proletarios existentes en Rusia, y sobre la cantidad y composición de la socialdemocracia rusa.

Según Lenin existían: 1.500.000 obreros fabriles, mineros y ferroviarios; 8.500.000 obreros agrícolas, de la construcción, madereros, obreros a domicilio y otros; 63.700.000 proletarios y semiproletarios del campo; y 35.800.000 pequeños patrones pobres. Todo esto sobre la base de una población total de 125.600.000 habitantes.

Comenta Claudín que «la distinción que ahí hace Lenin entre la figura del obrero (el proletario fabril) y el conjunto de la masa proletaria es esencial para ver que esa visión estratégica tiene una sólida fundamentación sociológica».[30] Lenin, con esta división, trata de demostrar que si bien la clase obrera es «una pequeña minoría», el conjunto de los explotados son «la gran mayoría de la población rusa». *Pero precisamente aquí está el problema*, pues, como señala Rabehl, «la equiparación del desarrollo capitalista en la agricultura y en la industria condujo a Lenin al error de contar como proletariado rural o semiproletariado a 48.500.000 de los 97.000.000 que según la estadística de 1897 vivían en el campo, poniendo también como proletariado a 13.700.000 de los 21.700.000 de la población urbana, para llegar

[30] F. Claudín, «Presentación general», en V. I. Lenin, *Contenido económico del populismo*, Siglo XXI, México D. F., 1974, p. 49.

finalmente al resultado que de los 125.700.000 del total de la población, 63.700.000, o sea el 51%, eran proletarios»; para este último autor en el año 1900 había 2.700.000 obreros y, según Dutschke, en 1917 su número era aún menor a causa de la guerra. Rosa Luxemburgo, por su parte, señala que en 1900 había en Rusia 122.000.000 de hectáreas pertenecientes a las comunas y solo 22.000.000 en posesión privada de los campesinos. La opinión de Dutschke al respecto es la siguiente: «Lenin se zambulle en el material empírico, lo ordena en principio, pero no se da cuenta del callejón sin salida, en lo teórico y en lo práctico, donde se ha metido. Sus cifras empíricas se acercaban extraordinariamente a la realidad, pero al seguir el desarrollo del capitalismo en Rusia como si fuera un capitalismo europeo-occidental y no uno asiático, no está en condiciones de sacar correctamente las consecuencias político-organizativas a través de la relación entre el proletariado ciudadano y el rural».[31]

E. H. Carr, en relación a 1905, dice que «el campesino constituía más del 80% de la población y producía el 50% de la renta nacional».[32] Mandel, por su parte, da las siguientes cifras de «asalariados»: en 1897 eran 8.000.000; en 1913, 11.200.000; en 1922/1923, 6.600.000; pero teniendo en cuenta que los obreros de la «industria en gran escala» eran en 1913 alrededor de 2.800.000, y en 1922/1923 de 1.700.000.

En cuanto a la composición del partido socialdemócrata las cifras dadas por David Lane[33] son las siguientes: en 1905 había 8.400 bolcheviques y otros tantos mencheviques; en 1906 (como fruto de la revolución de 1905) se calcula que había 13.000 bolcheviques y 18.000 mencheviques; para 1907 el total del partido estaba constituido por unos 46.130 bolcheviques y unos 38.174 mencheviques, a los que deben agregarse 25.468 bundistas, 25.654 de la sección polaca y 13.000 de la sección latvia. Según

[31] R. Dutschke, *op. cit.*, p. 104 y Chantal de Crisenoy, *op. cit.*, pp. 180-189.

[32] E. H. Carr, *La revolución bolchevique (1917-1923)*, Alianza Universidad, Madrid, 1972 [2ª ed.], p. 36.

[33] D. Lane, *Las raíces del comunismo ruso*, Siglo XXI, México D. F., 1977, p. 25.

S. F. Cohen[34] en 1907 había un total de 100.000 miembros del partido, pero este número «había descendido a menos de 10.000 en dos años. Seguían funcionando en Rusia no más de cinco o seis comités bolcheviques y la organización de Moscú contaba solo con 150 miembros a fines de 1909». Pierre Broué afirma, por su parte, que en 1916 el partido tenía 5.000 miembros.[35] Teniendo en cuenta estos datos nos parece francamente exagerada la afirmación de Lane respecto a que tratándose de «un movimiento revolucionario clandestino», en la socialdemocracia antes de 1905 «participaba activamente un gran número de personas». Por otra parte (si bien el partido social-revolucionario «en el apogeo de su desarrollo» contaba con 50.000 miembros y era por lo tanto relativamente más débil que la socialdemocracia), nos parece también exagerada la opinión de Radkey cuando afirma que «aunque profundamente dividido, el partido marxista era mucho más fuerte que su rival narodnik, incluso en cuanto a miembros, por no hablar de la disciplina o la solidaridad de la organización»,[36] por cuanto deja de lado la influencia profunda de los social-revolucionarios en el movimiento campesino ruso.

Respecto a la composición social del partido socialdemócrata, las conclusiones de Lane son tajantes: «Una vez más parece no haber diferencia importante entre la posición social de los dirigentes bolcheviques y mencheviques; la de ambas fracciones provenía de grupos de posición social superior». Lo mismo repite más adelante, en la misma página: «Como podría esperarse, las personas mejor educadas, de posición social superior, detentaban los puestos de mando de la socialdemocracia rusa».[37]

A pesar de que estos datos pueden relativizarse, nos muestran la relación general entre la realidad rusa y la organización revolucionaria; el choque de 1917, que pondrá a la cabeza

[34] S. F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, Madrid, 1976, p. 20.
[35] P. Broué, *El partido bolchevique*, Ayuso, Madrid, 1974, p. 67.
[36] D. Lane, *op. cit.*, p. 27.
[37] *Ibid.*, p. 46.

del proceso revolucionario al partido bolchevique, no implicará una *hegemonía*. En realidad, quien tomará el poder en 1917 es el *partido*, y el partido influenciaba en ese momento crucial a buena parte de las masas, fundamentalmente obreras, pero no hegemonizaba al movimiento social en su conjunto, ya que las masas campesinas continuaban bajo el control político de los social-revolucionarios y el proletariado estaba sometido a la acción e influencia de diversos partidos de izquierda. Esta es la realidad con la que se enfrentaban los comunistas rusos.[38] El gran problema de Lenin, nos parece, es que piensa esta realidad desde la teoría, desde afuera hacia adentro. No se trata de que no piense la realidad rusa, pues constantemente piensa y discute sobre ella, incluyendo al campesinado, sino que piensa dicha realidad, y esto es lo que queremos marcar, desde una óptica teórica determinada: su teoría de la revolución, la relación entre teoría y clase, y, finalmente, el tipo de partido que implica como necesario dicha concepción.

[38] Según Roy Medvedev: «En febrero de 1917 la organización bolchevique en el país contaba con 24.000 inscriptos, de los cuales había 2.000 en Petrogrado y alrededor de 600 en Moscú» [*La rivoluzione d"Ottobre era ineluttabile?*, Editori Riuniti, Roma, 1976, p. 46]. «Aun considerando sólo el número de sus adherentes, el partido socialista-revolucionario se afirmó como la formación política más importante del país. En cuanto a los mencheviques, contaban con 200.000 adherentes [en agosto de 1917]» [*ibid.,* p. 77]. Mientras que, según algunos autores soviéticos, «solo en Petrogrado los bolcheviques disponían en la vigilia de octubre al menos 300.000 hombres armados —obreros, soldados, marinos—, cuando el gobierno provisorio contaba, con no más de 30.000 hombres» [*ibid.,* p. 54]. Para una exposición puntual del desarrollo del movimiento revolucionario de 1917, ver la excepcional obra de Alexander Rabinowitch, *I bolscevichi al potere: la rivoluzione del 1917 a Pietrogrado*, Feltrinelli, Milán, 1978. En el Congreso panruso de los soviets había, sobre un total de 670 representantes, 300 bolcheviques; el autor citado habla de un «espectacular afianzamiento de la influencia bolchevique» [p. 333].

6

Las tesis expuestas en el *¿Qué hacer?* son lo suficientemente conocidas como para permitirnos efectuar solo un resumen de las mismas.

Lenin considera que la discusión acerca del economicismo y del papel de la teoría «ilustra claramente la esencia de las actuales discrepancias teóricas y políticas» en la socialdemocracia rusa [p. 136]. La lucha «espontánea», dice, incluso en las formas más desarrolladas que asumió en Rusia a fines del siglo pasado, no fueron «nada más que embriones» o una «*forma embrionaria* de lo consciente» [p. 137], y agrega esta frase lapidaria: «La doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente *en absoluto* del ascenso espontáneo del movimiento obrero» [p. 138; el subrayado es nuestro]. Más adelante, en apoyo de su tesis, menciona las palabras «profundamente justas e importantes» de Kautsky; palabras que, haciéndolas suyas, transcribe *in extenso*: «El socialismo y la lucha de clases —dice Kautsky— surgen paralelamente y no se deriva el uno de la otra, […] el portador de la ciencia no es el proletariado sino la *intelectualidad burguesa*: es del cerebro de algunos miembros de esta capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clases del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clase del proletariado». Lenin extrae como consecuencia de esto que «el desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa» [p. 145].

En la polémica con Martinov [p. 182], Lenin insiste sobre el tema afirmando que aquel «expresa con relieve el error fundamental de todos los "economistas", a saber: la convicción de que se puede desarrollar la conciencia política de clase de los obreros *desde dentro*, por así decirlo, de su lucha económica, o sea, tomando solo (o, cuando menos, principalmente) esta lucha

como punto de partida, basándose solo (o, cuando menos, principalmente) en esta lucha».

La relación con Kautsky, reconocida con fuerza por el propio Lenin, y a pesar de ciertos intentos (como el de Paggi) por desvincular a uno del otro, nos parece fundamental. Kautsky es, en cierto sentido, más consecuente que Lenin, pues su actividad política deriva natural y conscientemente de su posición teórica; no en balde había afirmado que si bien «la organización socialdemócrata del proletariado no puede prescindir en su *lucha de clase* del ideal moral, de la indignación ética contra la explotación y la opresión de clase», sin embargo, este ideal «*nada tiene que ver* con el socialismo científico, que es el estudio de las leyes que rigen la evolución, ya que, en la ciencia, el ideal moral es una fuente de errores»[39] (el subrayado nos pertenece); mientras que en Lenin la relación entre la teoría y la clase está oscurecida, a veces de manera profunda, por la contrariedad de ciertos textos, lo cual plantea la necesidad de derivar de su práctica concreta los conceptos teóricos que la fundan. Esta dicotomía es justamente señalada (solo señalada, sin buscar sus causas) por Claudín cuando afirma que Lenin, en su folleto posterior contra Kautsky, reclama «un tipo de democracia efectivamente muy superior, cualitativamente, al de la democracia burguesa más avanzada», pero que, en el mismo momento en que Lenin escribía dicho texto «el partido bolchevique monopolizaba el poder y es el único partido totalmente legal en el país y en los soviets. Los demás partidos socialistas (social-revolucionarios, mencheviques y anarquistas) eran *de jure o de facto* ilegales o semilegales y habían sido eliminados de los soviets. El aparato de los soviets —y cada vez más el aparato del partido— reemplazaba desde el punto de vista del poder real a los organismos electos».[40] Si nos limitáramos, pues, solo a las palabras, quedaríamos encerrados

[39] Citado por Colletti en *Ideología y sociedad*, Fontanella, Barcelona, 1975, p. 110. Ver también Massimo Salvadori, «La concepción del proceso revolucionario en Karl Kautsky», en *Historia del marxismo contemporáneo*, *op. cit.*

[40] F. Claudín, en *Zona Abierta*, Nº 8, 1976, pp. 40-41.

en un problema insoluble. De igual modo, se podrían citar textos de Lenin donde afirma la prioridad de la práctica respecto a la teoría,[41] sin que esto llegue a cuestionar, a mi juicio, la esencia del problema; teniendo en cuenta, además, que existen diversos niveles de uso de un concepto, lo cual produce una significación distinta del mismo concepto: a veces Lenin emplea el término *teoría* a un nivel elevado de abstracción (la «teoría» de Marx y de Engels, por ejemplo), y otras veces a nivel de práctica política concreta. Esta no-univocidad de los términos puede llevar a importantes errores de apreciación si no se los somete a crítica.

Sin embargo, a pesar de las dicotomías, de la polisemia de los conceptos y de la ambivalencia de los mismos, la escisión entre teoría y práctica constituye la base de la teoría leninista, y de ella se deriva una concepción precisa del partido revolucionario. Antonio Carlo señaló con exactitud esta dependencia de las masas populares respecto a la teoría en la concepción leninista: «La fusión entre movimiento obrero e intelectuales socialistas es vista como subordinación del primero a los segundos, que lo guían e iluminan monopolizando la conciencia».[42] No obstante, es menester seguir el texto de Lenin: «La organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gente cuya profesión sea la actividad revolucionaria» [p. 209], esta organización «no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina posible». La apología de la organización reducida

[41] En *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú* [en *Obras, vol. 3 (1905-1912)*, Progreso, Moscú, 1973], Lenin afirma: «El cambio de las condiciones objetivas de lucha, que exigía pasar de la huelga a la insurrección, lo ha sentido el proletariado antes que sus dirigentes. La práctica, como siempre, ha precedido a la teoría […]. Solo la lucha educa a la clase explotada». Es claro que todas estas, y muchas otras aseveraciones, deberían ser sometidas a un estricto análisis semántico e histórico.

[42] A. Carlo, *La concepción del partido revolucionario en Lenin*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1976, p. 25. El autor sigue apretadamente el itinerario del pensamiento de Lenin mostrando las fluctuaciones «tortuosas» de este, en cuanto a la relación entre el partido y las masas, pero sin plantear el problema de la posibilidad de trascender dichas fluctuaciones recurriendo a la práctica leninista, único punto de referencia válido para profundizar en el tema.

y de «revolucionarios profesionales» no está solo condicionada, como se ha sostenido, por la falta de libertades, sino que es consecuencia directa de su concepción teórica y del papel de los revolucionarios. Por eso afirma que «la participación más activa y más amplia de las masas en una manifestación no solo no saldrá perjudicada, sino que, por el contrario, tendrá muchas más probabilidades de éxito si una "docena" de revolucionarios profesionales, probados, bien adiestrados... *centraliza* todos los aspectos clandestinamente: edición de octavillas, elaboración del *plan* apropiado, *nombramiento* de un grupo *dirigente* para cada distrito de la ciudad, cada barriada fabril, cada establecimiento de enseñanza», y luego concluye afirmando que «la especialización presupone necesariamente la *centralización*, y, a su vez, la exige en forma absoluta» (el subrayado nos pertenece). Este tipo de organización del partido, como señala Pierre Broué, «favorecía la acción devastadora de los agentes de la policía que lograban introducirse en la organización». Los ejemplos más notables fueron Zhitomirsky, quien fue el encargado de las relaciones entre Rusia y la emigración desde 1907; Matvéi, otro policía, era responsable de introducir en Rusia los periódicos clandestinos que se imprimían en Suiza y Alemania; y Malinovski, agente policíaco desde 1910, a quien Lenin propuso como miembro del Comité Central y que informaba al jefe de policía de los pseudónimos de los dirigentes, los locales y las reuniones; fue a él a quien se debió la detención de Rýkov, Noguin, Sverdlov, Stalin, etcétera.[43]

Se trata, como las palabras subrayadas anteriormente tienden a marcarlo, de una especie de gran cerebro que desde fuera del movimiento de masas piensa y dirige el proceso revolucionario. No es casual, en este sentido, el desconcierto de Medvedev cuando al analizar el problema del espontaneísmo en la Revolución Rusa se encuentre con que «armado de sus consejos [de Lenin] sobre la insurrección armada considerada como un arte, el Comité militar revolucionario del soviet de Petrogrado logró elaborar un plan de acción y poner en pie un dispositivo de ata-

[43] P. Broué, *op. cit.*, pp. 79-80.

que para la futura batalla, que fue iniciada exactamente a la hora establecida y que concluyó con un éxito total; el poder pasó a manos del soviet de manera pacífica, sin un disparo, sin derramamiento de sangre», y agrega: «La Revolución de Octubre fue de hecho la primera gran revolución popular en la cual el factor de la espontaneidad no tuvo una importancia decisiva, la primera en ser conducida de manera organizada y precisa, siguiendo paso a paso un plan preestablecido», y concluye con una mención irónica a Rosa Luxemburgo: «Contrariamente a lo que esta sostenía, la revolución puede ser "educada"».[44] Pero esto es una mala interpretación del proceso global revolucionario que se inicia en febrero de 1917, que, como reconoce el mismo autor, fue una revolución espontánea típica. La Revolución de Octubre se inscribe en ese proceso de movilización permanente, de actividad político-militar intensa, diaria, con 10.000.000 de hombres en armas, etcétera; por lo tanto, hablar de falta de espontaneidad en el interior de semejante proceso es irrelevante; lo que sí me parece digno de destacar, pues entra en el esquema leninista, es la «toma del poder» que se realiza en octubre, sin lucha, sin un disparo, con todos los movimientos previstos, etcétera. Todo eso fue posible no por la genialidad de Lenin, sino por la propia situación (según los datos ya mencionados —nota 33—, los bolcheviques presuntamente podían dirigir 300.000 hombres armados y el gobierno 30.000, por tanto, no hacía falta mucha genialidad revolucionaria ni excesivos planes para apoderarse del poder, como lo declaró posteriormente Kérenski). Mientras la revolución de febrero se había realizado espontáneamente (como sostiene Medvedev), la Revolución de octubre se inscribe en el movimiento revolucionario que se inició en febrero, por eso es exagerado *cortarla* del proceso revolucionario general y hacerla aparecer como un acto de prestidigitación, como fruto del «plan», etcétera, cuando en realidad fue todo lo contrario: fue posible por la revolución de febrero y su especificidad la marca para el futuro: ese puñado de hombres que se apoderaron planificadamente

[44] R. Medvedev, *op. cit.*, p. 52.

del gobierno deberán gobernar un país cada vez más adverso. Pero de esto hablaremos más adelante.

Lenin recurre nuevamente a Kautsky en relación al problema de la *democracia*, advierte que su posición será atacada como «antidemocrática» [p. 229] y responde argumentando de la siguiente manera: «El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento tiene que ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, y la más rigurosa selección de afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades está asegurado algo mucho más importante que "el democratismo", a saber: la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios», y agrega: «¡La "democracia", la verdadera, no la democracia pueril, queda comprendida, como la parte en el todo, en este concepto de camaradería!» [p. 232]. Ningún comentario mejor a este reemplazo de la democracia por la «fraterna» relación entre camaradas, que los datos dados por Deutscher: «Años después Stalin habría de ordenar la ejecución de 98 de los 139 miembros suplentes del Comité Central (y de 1.108 de los 1.966 delegados en el VII Congreso del partido), exterminando así [incluso] a la mayoría de los cuadros *estalinistas*».[45] Consecuentemente, Lenin pasa a criticar a los obreros ingleses que «consideraban como señal imprescindible de democracia el que todos hicieran de todo en la dirección de los sindicatos» y recurre, nuevamente, a Kautsky, quien se burla de «la gente dispuesta a exigir en su nombre [está hablando de la democracia] que "los periódicos populares se redacten directamente por el pueblo"» y demuestra [Kautsky] «la necesidad de que existan periodistas *profesionales*, parlamentarios, etcétera, para dirigir de un modo socialdemócrata la lucha de clases del proletariado» [p. 233], etcétera. A todo lo que no concuerda con esto, Lenin lo llama «democratismo» y concepto «primitivo» de la democracia.

[45] I. Deutscher, *op. cit.*, p. 165. El autor se refiere a una época posterior, pero el ejemplo sigue siendo válido en relación a lo afirmado por Lenin. Sobre el mismo tema ver P. Broué, *op. cit.*, pp. 516 y ss.: «La exterminación de los bolcheviques».

7

El libro de Lenin se discutió en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, realizado en 1903.[46] Martinov fue su crítico más duro, sosteniendo principalmente que las tesis de Lenin se separaban de las de Marx: «El compañero Lenin —dijo— comprueba el antagonismo entre la ideología del proletariado y la misión del proletariado; por el contrario, yo quiero demostrar el antagonismo entre las tesis de Lenin y lo que repetidamente dijeron Marx y Engels». A nuestro juicio, los argumentos de Martinov son esencialmente justos. Al margen de las citas de los clásicos, sobre los que volveremos, su principal argumento es el siguiente: «En la elaboración del socialismo contemporáneo, los estratos de la clase obrera, diferentes por su grado de conciencia, han llegado *prácticamente*, a tientas, a problemas y soluciones que sus ideólogos descubrieron, sintetizaron y fundaron teóricamente». Akimov, por su parte, hace la siguiente observación: en el proyecto de programa «los conceptos, "partido" y "proletariado", están completamente aislados y contrapuestos, el primero como persona colectiva agente, el segundo como ambiente pasivo, sobre el cual actúa el partido», y agrega que el nombre del partido siempre figura como sujeto y el del proletariado como complemento (esta crítica no puede sino traer a la memoria la crítica de Marx a Hegel respecto al idealismo como *inversión* del sujeto en predicado y viceversa). Otra observación importante de Martinov es aquella en la que subraya que «Marx y Engels solo estuvieron en condiciones de desarrollar este trabajo teórico después que rompieron con el radicalismo y se pusieron en el punto de vista del proletariado, o sea, cuando se unieron a su movimiento» [p. 319]; marcando así algunos puntos esenciales que son negados por el teoricismo: la existencia de un movimiento socialista en curso, independiente de Marx y al cual este se *incorpora*; y la importancia del *punto de vista de clase* para la constitución de la teoría.

[46] V. I. Lenin, *op. cit.*, pp. 297 y ss.

¿Cuál fue la respuesta de Lenin?

Su defensa careció de relevancia, limitándose a afirmar que no se trataba de un «importante problema teórico», sino de la lucha «contra el economicismo»; que en razón de esta lucha se vio obligado a «curvar el bastón» hacia el lado opuesto al del economismo, vale decir, hacia el teoricismo. La frase no dejaría de ser ocurrente si detrás de este problema *sin importancia*, como dice Lenin, no se ocultara la política, la teoría de la organización revolucionaria, el tema de la democracia y, en general, de un conjunto de problemas que estallarían en Rusia a partir de 1917, y que hasta el día de hoy marcan la historia de la clase obrera mundial. Concordamos con Paggi[47] cuando afirma que no se trata de una posición ocasional de Lenin, sino de su verdadero pensamiento, de una «matriz» que calaría muy hondo en la historia del movimiento revolucionario de nuestro siglo.

A nuestro entender sería puro fariseísmo tratar de reducir el problema a una simple coyuntura. Y esto no solo porque las ideas expuestas en el *¿Qué hacer?* se convirtieron posteriormen-

[47] L. Paggi, *op. cit.*, p. 77: «Es nuestra convicción que el "jacobinismo" de Lenin se define totalmente a partir de su concepción de la teoría, y que incluso la parte historizable del *¿Qué hacer?*, es decir, no reducible a una particular coyuntura de la historia del movimiento obrero ruso, se entiende más claramente si se la vincula con toda la temática sobre la revisión del marxismo de la que es parte integrante». Dominique Colas, a su vez, se pregunta: «¿Deseaba [Lenin] antes de 1917 el partido único, el monopolio de la información, la liquidación de los derechos de los individuos, de los grupos, de las naciones, los campos de concentración? Sin embargo, todo esto se puso en práctica, y muchas veces a causa de su pedido explícito. Entre 1917 y 1924 Lenin nunca cuestionó la legitimidad de la dictadura del partido y del terror. Sin embargo, el advenimiento del sistema de partido único y después del sistema concentracionario se explica ante todo por la *conjunción*, en una sociedad convulsionada por esa crisis generalizada, de un sistema político, económico, ideológico, a la vez semifeudal y semicapitalista, y de *una doctrina, el marxismo versión Kautsky*, conjunción que se realizó por la mediación del partido. La ilusión leninista une a la ilusión del carácter todopoderoso de la doctrina marxista en razón de su justeza (vertiente ultraidealista) la ilusión de la virtud civilizadora del desarrollo de las fuerzas productivas (vertiente naturalista ingenua)» (nosotros subrayamos), «Les Bolcheviks peuvent-ils ne pas prendre le pouvoir?», en *Les Temps Modernes*, Nº 375, p. 443.

te en el «leninismo», ni porque las mismas determinaron —como dijimos— el *tipo* de partido revolucionario, conformando, aunque es cierto que de manera contradictoria, una constante del pensamiento de Lenin, sino porque fundamentalmente ellas reproducen el funcionamiento global del sistema capitalista: la escisión entre materia y espíritu, entre dirigentes y dirigidos, y la inversión del verdadero sujeto revolucionario (la clase obrera), el cual pasa a ser el predicado de la *teoría revolucionaria*.

Se puede argüir que Lenin, en un país atrasado como era Rusia, un país sin sindicatos, sin partidos políticos, sin organizaciones civiles y sometido a una feroz represión, debía combatir con dureza el «espontaneísmo» y señalar la importancia de la teoría como factor externo no solo a la clase, sino al país en su conjunto. Este hecho puede ser cierto, pero el problema es mucho mayor, ya que se trata de una *concepción* fuerte que trascenderá esas circunstancias condicionantes determinando la concepción general de Lenin respecto al partido, así como su respuesta política frente a los problemas prácticos esenciales de la revolución a partir de 1917. Por eso pensamos que encerrar esta problemática en el interior de la situación del movimiento social ruso en la época del *¿Qué hacer?* es una posición que oculta la verdadera magnitud del problema.

La discusión en el II Congreso, así como la serie de artículos posteriores a que dio lugar la aparición del libro, tienen importancia no solo porque demuestran el grado de madurez teórica del movimiento, sino por el valor intrínseco de los argumentos.

Riazánov hace una especie de parodia de la discusión, y lo más significativo es la interrupción de Lenin. Dice Riazánov, tratando de resumir las posiciones: «Le objetan [a Lenin] que restringe demasiado las dimensiones del partido, confundiéndolo con una organización conspirativa. Él responde: así doy un estímulo para organizarse. Trotski, previendo esto, dijo: se crearán organizaciones ficticias. Lenin responde: imposible, porque las organizaciones son confirmadas por el Comité Central. El Comité Central, como "espíritu omnipresente y uno" (*Lenin interrumpe*: "¡Un patrón!"), o si el compañero de Lenin así lo quiere, como

un patrón omnipresente, penetrará en cada rinconcito, considerará a cada uno ligado a una organización y a cada quién le asignará una tarea» [p. 334]. La historia se encargaría de demostrar hasta la saciedad que no se trataba de una discusión escolástica: el Comité Central como *patrón* o como *puño*, pues en ruso la misma palabra expresa ambos conceptos, no iba a ser una simple mención retórica de Lenin, sino una realidad opresora y represora. Patrón y Puño, pero también Saber, Ciencia o Idea, serían en adelante, y por mucho tiempo, los signos de la infalibilidad y del poderío *sin ley* del Comité Central de casi todos los partidos comunistas del mundo.

En su crítica Akimov hace otra observación [p. 367] significativa, en la que pone en juego la idea de *centro*, la cual, como se sabe, es una idea y una realidad decisiva en la estructuración del sistema capitalista. Lenin —dice Akimov— «formula su propia concepción de los comités locales como palancas de *transmisión* [subrayamos, pues la terminología no deja lugar a dudas sobre el fondo de la discusión] que el "Centro" puede y debe, a su arbitrio, instalar y transferir», y agrega una cita del propio Lenin, donde este dice que «para que el centro pueda no solamente aconsejar, convencer y discutir, sino llevar realmente la batuta, es necesario que se sepa con precisión quién toca, dónde y cómo maneja el violín y a quién, cómo y dónde hay que trabajar, para corregir las disonancias»; pero si el *centro* falla, si ese gran cerebro dirigente falla, porque, como dice Lenin, «*por casualidad* ocupa el *lugar central* una persona que no *se halla a la altura del enorme poder* concentrado en sus manos. El remedio contra esto se encontrará en medidas de "influencia entre camaradas"».

¿Cómo impedir que nos venga a la memoria aquí el «testamento» de Lenin, donde se refiere al enorme poder acumulado por Stalin? ¿Y cómo, en la imagen del director de orquesta y los violines, no ver en hueco la imagen de la dominación de clase?

Conciliador, en el II Congreso, Plejánov afirma que no se «divorciará» de Lenin por este problema; sin embargo en su artículo de 1904, ya tendidas las líneas divisorias de la socialdemocracia, se «divorcia» y explica su anterior actitud contemporizadora y

su posterior desengaño; cuenta de una conversación mantenida con Lenin en la cual criticó su libro por tener «no pocos errores teóricos» [p. 403]; agregando que en relación al problema de la «espontaneidad» y la «conciencia» le hizo notar a Lenin «que esta última era para él —según la conocida expresión de Hegel— un "pistoletazo"». Más adelante Plejánov añadió la siguiente crítica: «La observación me convenció de que la concepción leniniana de la masa obrera como "elemento no histórico de la historia", como "materia" empujada hacia el socialismo por el "espíritu" que actúa *desde el exterior*, que esta errónea concepción determinaba en notable medida los conceptos *tácticos y organizativos* tanto de Lenin como de muchos de nuestros prácticos "duros"» [pp. 406-407]. Esta crítica de Plejánov también pone en evidencia la similitud de la posición de Lenin con aquella metafísica para la cual el espíritu (la Teoría o la Idea) *informa* tanto a la materia como al cuerpo. En este caso, las masas obreras y campesinas no pueden ir más allá de un rudimentario espontaneísmo, desempeñando en el esquema el papel de la materia informe y sin sentido, que solo *a posteriori* y de manera trascendente (el *desde fuera* leniniano) son asumidas por el proyecto teleológico.

También Trotski se enfrentó duramente con Lenin en su ensayo *Jacobinismo y socialdemocracia* (después de la revolución, las posiciones concretas de Trotski estarán en desacuerdo con lo expresado en este ensayo). «Los buenos ciudadanos —dice parafraseando a Lenin— son aquellos cuya conciencia política hoy coincide con una posición favorable a mi "plan". Malos ciudadanos son aquellos cuya conciencia política se rebela hoy contra este o aquel detalle de mi plan. ¿Es preciso educarlos? ¡No!, reprimirlos, acabarlos, destruirlos, eliminarlos» [p. 436]. Para valorar los diversos elementos del partido no se recurre, en la concepción de Lenin, a «su papel en el movimiento político de la clase obrera, sino a su actitud de hoy respecto a este o aquel "plan"». Más adelante, en el apartado «Dictadura sobre el proletariado», Trotski criticó una declaración de los partidarios de Lenin en los Urales, para quienes, dice, «la dictadura del proletariado a ellos se les presenta como dictadura sobre el proletariado: no la clase obrera

dotada de iniciativa que ha tomado en sus manos el destino de la sociedad, sino una "organización fuerte, autoritaria", que domina el proletariado y, a través de este, a la sociedad, asegurará el paso al socialismo»; y más adelante: «La Comuna mostró que la única base para una política socialista no aventurerista puede ser solo el proletariado dotado de iniciativa y no una clase a la que ha sido inculcado el "estado de ánimo" a favor de una fuerte organización autoritaria por encima de ella».

Parece una premonición. Tal como Trotski preveía se dio el proceso revolucionario que, para él, terminó con una pica clavada en el cráneo. Su desgracia es que él mismo participó de la concepción que aquí critica. El autoritarismo de la revolución por *sobre el proletariado* encontró en su idea de militarización de la clase obrera uno de sus más puros partidarios, lo que no sabía es que así cavaba su propia fosa.

8

Sin embargo, a pesar de los elementos fundamentales señalados en estas críticas a Lenin, ninguna alcanzó a tener la fuerza de la realizada por Rosa Luxemburgo. En primer término, señaló, y este es un principio decisivo, ya que descoloca toda la problemática, que «la socialdemocracia no está *ligada* a la organización de la clase obrera», pues ella es «el *movimiento mismo* de la clase obrera»; lo cual significa que ni la teoría ni la organización pueden venirle desde fuera al proletariado, puesto que tanto una como otra son *formas* de ser propias de la clase. Pero si esta tesis es cierta todos los *presupuestos* leninistas entran en crisis: en lugar de encontrarnos frente a dos órdenes de realidad sustancialmente distintos, nos encontramos frente al problema de la morfología de la clase.

Rosa Luxemburgo criticó sarcásticamente las medidas administrativas contra el oportunismo, puesto que contra el oportunismo —dice— «no existe garantía más eficaz que la actividad revolucionaria autónoma del proletariado, gracias a la

cual adquiere el sentido de sus propias responsabilidades políticas […]. Nada podría someter más un movimiento obrero todavía joven a una *elite* de intelectuales ávidos de poder que esta coraza burocrática en la que se lo aprisiona para reducirlo a un autómata manejado por un "comité"». Y en esta línea de desarrollo conceptual vuelve a poner en su lugar lo que Lenin había invertido. Frente a «Su Alteza el Comité Central del movimiento obrero socialdemócrata» reivindica como «único sujeto», sujeto al que le «corresponde hoy el papel dirigente», al «yo colectivo de la clase obrera», la cual «reclama resueltamente el derecho de cometer ella misma las equivocaciones y de aprender ella misma la dialéctica de la historia», para concluir con esta lapidaria afirmación: «Los errores cometidos por un verdadero movimiento obrero revolucionario son históricamente de una fecundidad y de un valor incomparablemente mayores que la infalibilidad del mejor de los comités centrales». No en balde, la gran revolucionaria sostendría que «la revolución no se deja amaestrar pedantemente».

Las consecuencias de esta posición de Rosa Luxemburgo, que no dependen como a veces se ha señalado de su particular posición en la socialdemocracia alemana, sino de la teoría marxista de la revolución proletaria, se verán en su posterior crítica al proceso revolucionario de 1917. Es ella quien señaló con mayor clarividencia las deformaciones del proceso en curso, y también quien advirtió hacia dónde conducían las ideas *teóricas* puestas en práctica por los dirigentes bolcheviques. Desgraciadamente, la historia confirmaría sus predicciones. Recordemos algunas de sus principales observaciones: «La libertad de prensa, los derechos de asociación y de reunión, todos han quedado fuera de la ley para cuantos se oponen al régimen soviético […], es un hecho harto sabido e indiscutible que sin una prensa libre de trabas, sin el derecho irrestricto de asociación y de reunión, el papel de la gran masa del pueblo es cabalmente imposible». Respecto a la libertad, sostuvo que no puede existir solo para los partidarios del gobierno, pues «la libertad es siempre y exclusivamente libertad para quien piensa de otro modo». También le advierte

severamente a Lenin que está equivocado con los medios que utiliza: «Los decretos, la fuerza dictatorial del capataz, los castigos draconianos, el gobierno por el terror, todo eso no son sino paliativos. El único camino del renacimiento es la escuela de la propia vida pública, la más ilimitada, la más vasta democracia y la opinión pública. Es el gobierno del terror el que desmoraliza». Finalmente, describe un funcionamiento que se volverá típico: «Unas cuantas docenas de dirigentes del partido, de energía incansable y experiencia ilimitada son los que dirigen y gobiernan. Entre ellos solo una docena de cabezas descollantes dirigen, y de vez en cuando se invita a una minoría selecta de la clase obrera a reuniones donde tienen que aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las resoluciones propuestas; en el fondo se trata de una pandilla. Dictadura, con toda seguridad; pero no dictadura del proletariado, sino dictadura de un puñado de políticos en el sentido burgués». No se trataba de una premonición, sino de las consecuencias lógicas de un esquema de pensamiento. La lógica de la *teoría* iba a devenir lógica de los hechos; es un mérito de Rosa Luxemburgo haber previsto la encrucijada a la que se dirigía el movimiento revolucionario.

Entre la crítica que le hizo a Lenin por sus ideas respecto al papel de la teoría y de la organización que se derivaba de la misma y la crítica posterior a la forma burocrática y despótica que iba adquiriendo la revolución rusa, hay una continuidad evidente. Es cierto, Rosa Luxemburgo defiende los *principios* frente a una práctica empírica que los deforma. Pero ¿cuál es la respuesta de Lenin? A la primera crítica, que es la que nos interesa aquí, Lenin le respondió con un trabajo enviado a la revista *Die Neue Zeit*, dirigida por Kautsky y que este no publicó, con el *Prólogo a la recopilación «En doce años»*.[48] Las respuestas de Lenin giran alrededor de problemas secundarios; la acusa de desconocer los materiales de la discusión y el sentido concreto de la misma; se produce un desfasaje, pues, mientras Rosa Luxemburgo discute la teoría, Lenin pretende justificar sus planteos teóricos por las

[48] V. I. Lenin, *Obras, vol. 16*, Progreso, Moscú, 1983, pp. 99-118.

circunstancias históricas precisas en que fueron escritos. Lenin dice: a) «Lo que yo defiendo a lo largo de todo el libro son los *principios elementales de cualquier organización de partido que pueda imaginarse*»[49] (el subrayado es nuestro); b) «La camarada Rosa Luxemburgo ignora desdeñosamente los hechos concretos de la lucha de nuestro partido». Entre ambas afirmaciones existe una contradicción, pues la primera establece una generalidad, un tipo de organización válido universalmente y que, por tanto, escapa a las «circunstancias históricas», mientras que la segunda ubica su teoría en un contexto «concreto». Lo importante de la discusión fueron las consecuencias, pues no se trataba de una discusión teórico-abstracta e irresoluble, sino de una discusión teórica que iba a ser resuelta por la historia. En el prólogo posterior (para la recopilación de los trabajos titulada *En doce años*)[50] Lenin acusó a Plejánov de haber hecho un «embrollo» de su libro, basándose «en frases separadas de un contexto, en determinadas expresiones que yo no había formulado con todo acierto y precisión»; lo acusó de no haber tenido en cuenta «el contenido general y todo el espíritu de mi folleto» y concluyó afirmando que nunca pensó «en erigir en algo "programático", en principios especiales, mis formulaciones hechas en el *¿Qué hacer?*», añadiendo que el único punto de vista para juzgarlo era la polémica contra el economismo.

A este punto de vista subjetivo se han plegado todos aquellos que hicieron y hacen del leninismo un dogma indiscutible. Basta leer el trabajo con que Daniel Bensaïd y Alain Naïr presentan la discusión[51] para darse cuenta de lo que significa este espíritu de servidumbre conceptual: de la crítica de Rosa Luxemburgo dicen que es «una construcción sobrecargada» a causa de los «sobresaltos afectivos y las trivialidades», donde «las modas pasajeras sustituyen el rigor político». En primer lugar,

[49] D. Bensaïd, A. Naïr, V. I. Lenin, R. Luxemburgo, G. Lukács, *Teoría marxista del partido político/2*, Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 12, Córdoba [AR], p. 65.

[50] V. I. Lenin, *En doce años*, Zernú, San Petersburgo, 1907.

[51] *Ibid.*, pp. 9 y ss.

estos «leninistas» aceptan a pie juntillas, sin pensar el problema, la justeza de la caracterización que Lenin hace de Rusia en ¿Quiénes son «los amigos del pueblo»? [1894]:[52] «La explotación de los trabajadores en Rusia es en todas partes capitalista en su esencia, si se deja de lado las supervivencias en vía de desaparición de la economía basada en la servidumbre», mientras que, como ya señalamos, este es precisamente el problema. Dichos autores confunden las cosas y creen que por discrepar con la posición de Lenin «ella incurre en una confusión desdichada cuando admite el principio de organización sin aceptar el sistema» y cae así «en una metafísica adornada de buenas intenciones». Rosa Luxemburgo habría carecido de una base teórica general, de lo que ellos llaman «sistema», sin darse cuenta de que se trata de *otra cosa*: tanto ella como Lenin expresan concepciones teóricas y políticas, y este es el punto de partida de la discusión y no la negación de que en Rosa Luxemburgo exista tal teoría. Estas críticas escinden lo teórico de lo político y es en este punto preciso donde chocan con Luxemburgo, para la cual, como vimos, el socialismo «*es el movimiento mismo* de la clase obrera». Es claro que si la teoría revolucionaria se constituye al margen del proletariado, si es creada por intelectuales burgueses y posteriormente trasladada a la vanguardia obrera, se necesitará, como *consecuencia lógica*, una organización que realice el traspaso, que ilumine, que eduque a la clase en esa teoría que le es *sustancialmente* ajena. Lenin es lógico y su plan de organización está totalmente estructurado alrededor de este principio. Pero Luxemburgo parte de otro principio, a nuestro entender justamente marxista, que hace de la clase la protagonista de su propia liberación y de la teoría la expresión de la propia clase. Sobre esto volveremos.

[52] V. I. Lenin, *Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra la socialdemocracia*, en *Obras, vol. 1 (1894-1901),* Progreso, Moscú, 1973, pp. 11-93.

9

Todavía hay que señalar otros aspectos del *¿Qué hacer?* que posteriormente adquirirán una gran importancia. El primero de ellos es la ausencia notoria del campesinado como *problema* dentro de la estrategia política leninista. El campesinado será considerado como un «apéndice» de la revolución, en tanto que se considerará al proletariado como esencialmente revolucionario: «Para realizar la revolución social el proletariado debe conquistar el poder político que le hará amo de la situación y le permitirá eliminar todos los obstáculos que se oponen a sus grandes fines. En este sentido, es la dictadura del proletariado el presupuesto político indispensable de la revolución social» (punto 9 del programa socialdemócrata ruso de 1902). Como señala Dutschke:

> «Los estratos que eran en Rusia el fundamento económico-político para la victoria incluso del proletariado, las capas oprimidas del campesinado, no fueron incorporadas, *política-organizativamente*, en el *¿Qué hacer?* […]. En general se puede decir que los campesinos no juegan apenas papel alguno, así como tampoco el trabajo en el campo. En el *¿Qué hacer?* los campesinos estaban condenados, según su opinión, como clase, a muerte».[53]

Lenin piensa el problema campesino, aunque lo hace desde el punto de vista del capitalismo occidental,[54] a partir de su polémica con los populistas; por eso cuando en los inicios de la revolución necesite un programa agrario concreto, es decir *posible*,

[53] R. Dutschke, *op. cit.*, p. 126.

[54] Aquí también puede marcarse la influencia de Kautsky. Según Salvadori [*op. cit.*, p. 70], Kautsky «sostenía que el destino del campesinado estaba sentenciado por el desarrollo capitalista»; y cita a Kautsky, para quien «la masa del campesinado no representa en ningún país moderno un factor decisivo». No resulta extraño, entonces, que Lenin saludara *Die Agrarfrage. Eine Uebersicht über die Tendenzen der modernen Landwirthschaft und die Agrarpolitik der Sozial demokratie*, J. H. W. Dietz Nachf., Berlín, 1899 [trad. cast. de Miguel de Unamuno, *La cuestión agraria*, Laia, Barcelona, 1974], como el libro más importante después del tomo III de *El capital*.

aceptable para los campesinos, se verá obligado a dejar de lado las teorizaciones socialdemócratas y tendrá que hacer suyo el programa de los populistas (social-revolucionarios). Este hecho fue siempre presentado, en la historiografía leninista, como una prueba de la genialidad política de Lenin. Sin embargo, pareciera más correcto verlo lisa y llanamente como lo que fue, como una carencia de los socialdemócratas, como la prueba de que los comunistas carecían de un programa agrario razonable y de la fuerza necesaria para aplicarlo. No es casual, entonces, si se parte de una caracterización negativa del campesinado, que luego este siga un rumbo distinto al de los dirigentes revolucionarios. En este marco teórico no fue extraño que ocurriera lo que señala Moshe Lewin: «Cuando Lenin conquistó el poder, no en 1917, sino después de la guerra civil, el país, y especialmente la mayor parte de los campesinos, estaban en contra».[55] Será necesaria la revolución china para que los marxistas descubran la potencialidad revolucionaria de los campesinos, para que comprendan que se trata de una «nación», de una «civilización» y no de meros deshechos que debían ser barridos del escenario histórico, ya sea por los capitalistas o por los socialistas. No dejan de ser cínicas las palabras de Kautsky al sostener que para el proletariado sería «utópico y reaccionario» querer mantener al artesanado y al campesinado, y que no «debe mancharse las manos» con una tarea que debe realizar la burguesía.[56]

Otro aspecto de notables consecuencias es su sobrevalorización de la *técnica*. En *El Estado y la revolución*, por ejemplo, y a pesar de ser uno de sus libros donde lo plebeyo desempeña un papel más relevante, Lenin piensa que el aparato productivo como tal puede pasar del capitalismo al socialismo sin modificaciones. Lenin está fascinado por la contabilidad, por el funcionamiento de los bancos, del correo, de las cooperativas, etcétera, del sistema ca-

[55] M. Lewin, «Le basi sociali dello stalinismo», en *Studi Storici*, 1976, Nº 4, p. 36.

[56] *Historia del marxismo contemporáneo*, *op. cit.*, p. 38. Respecto a China, ver H. G. Lehmann, *op. cit.*, p. 285; y P. P. Rey, *Las alianzas de clases*, Siglo XXI, México D. F., 1976.

pitalista, sin advertir la fuerza constitutiva de esos aparatos que solo en apariencia son *neutros*, pues, en realidad, son concreciones poderosas del poder de la clase dominante. Sin embargo, esta idea de una técnica neutra, clausurada en sí misma, será trasladada por Lenin al nivel político bajo los conceptos de «especialización», de «revolucionarios de oficio», de «profesionales» de la revolución, y constituirá el punto de apoyo esencial para la realización de la revolución de acuerdo con su idea maestra enunciada en el *¿Qué hacer?* Sin darse cuenta, como señala Hans Magnus Enzensberger, la organización con la que sueña Lenin es el reverso especular de la organización represiva zarista (nadie puede confundir al partido con la Cheka, pero la Cheka sale del partido; al respecto se puede leer el capítulo sobre la Cheka de un autor «leninista» como Bettelheim).[57] No es casual que Lenin levantara como ejemplo organizativo la «disciplina» de la fábrica, y tampoco es casual que Rosa Luxemburgo le contestara tajantemente que la disciplina de la fábrica era igual a la disciplina del cuartel y lo contrapuesto a una auténtica disciplina revolucionaria. Pero incluso esta teorización, con lo discutible que es, va dirigida solo hacia el proletariado de la ciudad, dejando de lado al proletariado y las capas pobres del campo, lo cual tendrá posteriormente, como dice Dutschke, «fatales consecuencias». Lenin ve fundamentalmente al partido y no a la clase, vale decir que no ve al partido a través de la clase sino a

[57] C. Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS. Primer período (1917-1923)*, Siglo XXI, México D. F., 1977, p. 258. Respecto a la relación entre el partido y las organizaciones represivas del Estado burgués, ver L. Althusser, *Lo que no puede durar en el partido comunista*, Siglo XXI, Madrid, 1978. D. Colas, refiriéndose al modelo de partido de Lenin en 1902, afirma que se trata de «una institución política organizada sobre el modelo de las instituciones opresivas del capital: fábrica y ejército. Estos son los modelos explícitos de Lenin. Partido donde reina la división del trabajo, la parcelación de las tareas, la centralización de las decisiones; partido-máquina, con sus piezas y sus engranajes […]. El partido logra su eficacia gracias a los valores de disciplina, de renuncia al individualismo, que la fábrica inculca en los obreros» [*op. cit.*, p. 436]. Como dice el propio Lenin: «El marxismo es la ideología del proletariado educado por el capital» [*ibid.*, p. 438]. Sobre el problema de la *técnica*, ver el libro de Robert Linhart, *Lénine, les paysans, Taylor*, Editions du Seuil, París, 1976, pp. 77 y ss.

través de la teoría elaborada por los intelectuales burgueses, y ve a la clase a través del partido, es decir, de la teoría.

En realidad esta centralidad de la técnica fue teorizada por Marx, pero como característica esencial de la sociedad capitalista, en la cual el sujeto de la producción es la máquina, mientras que el obrero pasa a ser una simple pieza de esa gran maquinaria automática que es el sistema en su conjunto. Pero la máquina, el trabajo muerto que succiona el trabajo vivo, es a su vez la técnica, la ciencia o el saber. Aceptar o trasladar este esquema, ya sea a la organización revolucionaria o a la sociedad revolucionaria, es reintroducir el tipo de organización donde se expresa, en su esencia, la sociedad capitalista. Las consecuencias de esta *inversión* del marxismo serán nefastas para el proceso revolucionario: la técnica y la ciencia «marxistas» se volverán «naturalmente» la ideología de la burocracia estatal soviética.

10

Para Marx, que pensaba de manera absolutamente distinta el problema de la relación entre clase, teoría y partido, la clase obrera es el sujeto de su propia liberación o, como él dice, la clase se *autolibera*.[58] Así, como se sabe, en su famosa *Crítica del Programa de Gotha* retoma el principio enunciado en el preámbulo a los estatutos de la Internacional, donde dice que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos», y en la carta en que envía esta crítica a Bracke (5/5/1875) afirma: «Cada paso del movimiento real vale más que una docena de programas». Pero en el mismo texto Engels hace otra afirmación de gran importancia al sostener que el desarrollo intelectual de la clase obrera debe ser fruto «inevitablemente» de la «acción

[58] Esto fue reconocido posteriormente por Engels como un punto esencial de la concepción revolucionaria marxista. En su introducción a la edición de 1888 del *Manifiesto comunista* dice: «Nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos decididamente el criterio de que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma».

común y de la discusión». No es la *teoría*, sino que son «los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital» los que vuelven a los combatientes «capaces de penetrar hasta las auténticas condiciones de la emancipación obrera». Es en razón de estas ideas «plebeyas» profundamente arraigadas que ambos, en 1879, frente a la actitud de la dirección del partido alemán que había nombrado una comisión *de control* del periódico partidario, reaccionaron violentamente acusándolos de «absoluto poder burocrático» y concluyeron con esta afirmación decisiva en la que se resumía toda una vida de luchas: «*Por eso no podemos colaborar con personas que dicen que los obreros son demasiado incultos para emanciparse por su cuenta y que deben ser liberados por los filántropos burgueses y pequeño-burgueses*».

¿Se tratará acaso solo de una frase ocasional producida como reacción ante el despotismo de un comité central en acción o, por el contrario, de la conclusión lógica de una forma de pensamiento? En *La ideología alemana*, es decir, en 1845, Marx ya había señalado que «la existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone la existencia de una clase revolucionaria».[59] Para Marx, «la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista», nace de la clase «expulsada de la sociedad», de la clase «condenada», de la clase a la que la sociedad no «reconoce como clase y que expresa ya de por sí la disolución de todas las clases».[60] Mientras que Lenin, en una célebre frase del *¿Qué hacer?* a la que se consideró como la *verdad misma*, sostuvo todo lo contrario, a saber, que sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario.

Más adelante, en el mismo libro, Marx afirmó que «el comunismo no es un *estado* que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual».

En una crítica a Bauer, Marx desarrolló una idea que puede considerarse, *avant la lettre*, como una crítica a las posiciones

[59] K. Marx, *La ideología alemana*, Cultura Popular, México D. F., 1974, p. 51.
[60] *Ibid.*, p. 81.

que en el futuro sustentarían tanto Kautsky como Lenin. Marx habla del «dogma *cristiano-germánico* [podríamos decir que es el *dogma filosófico* esencial] de la antítesis entre el *espíritu* y la *materia*, entre Dios y el mundo» (si cambiamos la palabra espíritu o Dios por Teoría, y la palabra materia por la palabra obreros, veríamos surgir con un nuevo relieve nuestra problemática; y el cambio de una palabra por otra no es aleatorio sino inmanentemente necesario), y lo compara con la concepción hegeliana, la cual «supone un *espíritu abstracto o absoluto*, el cual se desarrolla de modo que la humanidad solo es una *masa* que le sirve de soporte»; y agrega Marx: «De una parte está la masa, como elemento *material* de la historia; pasiva, carente de espíritu y ahistórica; de otra, está *el* espíritu, la Crítica, el señor Bruno y Cia., como el elemento activo del que parte toda la acción histórica […]. Unos cuantos *individuos* predestinados se contraponen, como espíritu *activo*, al resto de la humanidad, que es la *masa carente de espíritu*, la *materia*». Para concluir afirmando burlonamente: «La antítesis del espíritu y la masa es la "organización" crítica "de la sociedad", en la que el espíritu o la crítica representa el trabajo organizador, la masa, la *materia prima* y la historia, el producto fabricado». Nunca se habría imaginado Marx que precisamente lo que él criticaba con fuerza, el *funcionamiento del mecanismo* idealista, sería sostenido en su nombre por Bernstein-Kautsky-Lenin y sus epígonos. Como se trata en última instancia de una estructura esencial del sistema, es posible, y más que posible es necesario, permutar los nombres para poner en evidencia como, más allá de autodefinirse como marxistas, estos teóricos repetían el esquema idealista. Si no fuera por la distancia temporal que separa a uno de otro, podríamos pensar que en realidad Marx está criticando el *¿Qué hacer?* de Lenin, solo que allí donde Marx dice «el señor Bruno y Cía.», habría que leer «el señor Lenin y Cía.», y en el lugar donde dice «unos cuantos individuos predestinados» habría que leer «el comité central», etcétera. En realidad es aquí, en este punto preciso, donde pensamos que se juega el problema de la concepción leni-

nista, ya sea que se la considere como marxista o como habiendo producido una inversión teórica, una transmutación idealista.

Para Marx, también en este caso en oposición a la crítica que Lenin hace a lo que llama conciencia tradeunionista y espontaneísta, «inclusive una minoría de obreros que se unen para una suspensión del trabajo se ve rápidamente obligada a comportarse de manera revolucionaria», y da como ejemplo la insurrección inglesa de 1842 y la anterior de Gales en 1839 (¡1839!). Michael Löwy comenta esta afirmación de la siguiente manera: «A través de esta práctica revolucionaria nace y se desarrolla, en la masa obrera, la conciencia comunista», de acuerdo con el postulado marxista de que la conciencia solo puede ser «la conciencia de la práctica existente».[61] En última instancia debe tenerse en cuenta —como dijimos— que tanto Marx como Engels se vuelven comunistas porque existía el movimiento revolucionario, porque existía un movimiento en curso al cual ellos se *incorporan*. Esta verdad incuestionable y simple suele ser olvidada generalmente por los campeones de la teoría autónoma, fundada en sí misma, elaborada al margen y fuera de la clase.

En su trabajo sobre el concepto de partido en Marx y Engels, Monty Johnstone sostiene que «ambos condenaron como sectarismo toda tentativa de imponer sobre la clase trabajadora y desde fuera formas preconcebidas de organización». Para ambos, a la inversa de Lenin, no podía existir *una* forma general, válida universalmente, de organización de la clase, precisamente porque es la clase la que se organiza en situaciones históricas y sociales determinadas. En última instancia, para Marx se trataba de «la recuperación por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social»,[62] la cual no podía ser reducida a un único tipo de organización que asumiera y dirigiera en su totalidad al conjunto del movimiento revolucionario.

---

[61] M. Löwy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Siglo XXI, México D. F., 1976, p. 181.

[62] Respecto a las ideas políticas de Marx, ver Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 7, Nº 12 y Nº 38. Ver también M. Rubel, *Marx critique du marxisme: essais*, Payot, París, 1974.

Respecto a la política y a las organizaciones políticas de la clase obrera, Marx dejó un conjunto amplio de observaciones más o menos orgánicas que se extienden a lo largo de toda su vida. Creemos que estas observaciones guardan coherencia entre sí, a pesar de haber sido escritas en distintos momentos históricos. Respecto a la fundación teórica de las mismas, tarea que Marx no realizó *explícitamente*, es un problema que los marxistas aún tienen que resolver. Aquí nos limitamos a lo que Marx escribió, pero, ante todo, es necesario aclarar que no se trata del desarrollo de una *esencia* socialista del proletariado, de un proletariado que sería socialista o revolucionario *en sí*. Tampoco se trata de una *tabula rasa* donde se inscribiría *desde fuera* un proyecto que sería obra de los teóricos. El proceso de constitución de la conciencia socialista no es una suerte de metástasis ontológica entre el orden teórico y el orden *vacío* de la clase, sino que la constitución se produce sobre la base de la situación concreta de la clase (explotación) y a partir de su práctica concreta, de sus tradiciones y experiencias concretas. No existe otro terreno de constitución, y es en este terreno, como forma de esa situación y esa experiencia, donde se enuncia la teoría. Rubel habla del «estilo aparentemente hegeliano de Marx» cuando se refiere al «triunfo del proletariado» como a una «ley» inscripta «en el desarrollo de la gran industria»,[63] y se remite al *Manifiesto comunista*, donde Marx dice que «la idea de espontaneidad creadora (*Selbsttätigkeit*) del proletariado» es el axioma central de la dialéctica revolucionaria. Ya en *La ideología alemana* había sostenido que la conciencia revolucionaria *nace* (en la traducción francesa dice *emana*) de la clase obrera, no como producto de una «esencia» que se autodesarrolla hegelianamente, sino de su situación material concreta en la sociedad capitalista: «Una clase que constituye la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de donde nace la conciencia de la necesidad de una revolución fundamental, dicho de otra manera, la conciencia socialista».[64]

[63] M. Rubel, *op. cit.*, p. 221.
[64] K. Marx, *op. cit.*, p. 81.

Para desazón de quienes tratan de distinguir entre un buen Marx (no-hegeliano) y un mal Marx (hegeliano), respecto a este tema existe una indiscutible constancia; como dice Engels en su prefacio al *Manifiesto comunista* de 1890: «para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el *Manifiesto comunista*, Marx confiaba tan sólo en el desarrollo intelectual de la clase obrera que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión».

En el informe al Congreso de Bruselas, que Marx redactó en nombre del Consejo General en 1868, se dice: «La AIT no es hija de una secta ni de una teoría. Es el producto espontáneo del movimiento obrero, engendrado por las tendencias naturales e irreprensibles de la sociedad moderna […]; la obra de la Asociación Internacional es la de combinar, generalizar y dar uniformidad a los *movimientos espontáneos* de las clases obreras, pero no la de dirigirlas o imponerles cualquier sistema doctrinario que sea».[65]

El 19 de abril de 1870 Marx le escribe a Lafargue: «El Consejo General no es el papa, cada Sección está autorizada a tener sus propios puntos de vista teóricos sobre el movimiento real […]. Las aspiraciones y tendencias generales de la clase obrera *emanan* de las condiciones reales en las que ella se encuentra situada» (nosotros subrayamos). Estamos lejos, aquí, de una *esencia* cualquiera; Marx se mueve estrictamente en el terreno materialista de las *condiciones reales* de la situación de clase.

Para Rubel, el «hecho decisivo» es que Marx se adhiere a la causa del proletariado *antes* de justificar «científicamente» dicha adhesión; de allí que el rol fundamental sea el de los obreros: «Cualquiera que sea el rol de los primeros, no debe parecerse en nada a la de una vanguardia dirigente, decidiendo la acción de los segundos o dictándoles su conducta».[66] El papel de los intelectuales sería el de aportar al movimiento «elementos de cultura», pero no «una teoría o una filosofía hecha, una doctrina esotérica

[65] Ver M. Rubel, *op. cit.*, p. 38.
[66] *Ibid.*, p. 223.

de la marcha y de los fines de la historia», tal sería para este autor «el pensamiento profundo de Marx».[67]

Lo que está aquí en cuestión es la posibilidad de que exista una Teoría que rinda cuenta de *lo real*. El idealismo presupone un centro, sea este cual sea, dador de *sentido* (de dirección, de organización, de perspectivas) o —para emplear un lenguaje similar al que usa Marx en su crítica a Bruno Bauer— de forma a lo informe, de espíritu a la brutedad de la materia; presupone, a la vez, un todo homogéneo y lineal (incluso la más elaborada complejidad de lo ideal es complejidad en un espacio homogéneo). Ahora bien, si el materialismo pretendiera a su vez convertirse en *logos* omnicomprensivo, no podría dejar de ser sino el reverso del idealismo: también él discurso lineal y homogéneo, también él discurso del sometimiento a la idea-material. El discurso revolucionario no puede devenir *logos* (Teoría, Idea) sin negarse, pues se trata eminentemente de un discurso sin centro, sin trascendencia, discurso de la discontinuidad y de la heterogeneidad que le impiden, desde su fundamento, constituirse en Saber o Ciencia.

Desde este punto de vista, es imposible que exista en el marxismo un espacio donde pueda constituirse *la* Teoría; de allí la puntualidad de dicho discurso, su determinación, su *diferencia*. Una Teoría del partido sería, no podría dejar de serlo, una Idea del partido, pero ¿cómo podría constituirse sino mediante la asunción del elemento utópico del idealismo? ¿Con qué fundamento se le impondría a la complejidad y discontinuidad de lo social, a lo fundamentalmente no-europeo, el esquema de una situación siempre determinada pero hipostasiada en Teoría? Creemos que nada estuvo más lejos de las intenciones de Marx que esta construcción abstracta.

No se trata, por otra parte, y como equivocadamente pretende Balibar, de dos discursos entrecruzados: el discurso de lo fáctico y el de lo teórico, pues para Marx no existía ni un discurso fáctico ni un discurso teórico general, sino que lo teórico es teóri-

[67] *Ibid.*, p. 297.

co de un facto preciso, circunscripto, y lo fáctico implica la necesidad de lo teórico, de su teórico, para devenir político. En lo que tiene razón este autor es cuando dice que para Marx «la política no es ni educación ni propaganda ("no nos presentamos al mundo como doctrinarios con un principio nuevo: ¡he aquí la verdad, de rodillas ante ella!") sino lucha material […]. La constitución de la conciencia de clase no es una operación intelectual: es ante todo un proceso *práctico*, es la suma, la integración progresiva de todas las prácticas de unificación y de organización de los trabajadores en el curso de sus luchas contra la explotación».[68] Lo que falla en Balibar, a nuestro juicio, es que sigue manteniendo vigente la idea de Partido (partido-único, partido-vanguardia, partido-ciencia) y trata de encontrar en Marx su fundamento. Pero si la clase es una multiplicidad de sectores, de grupos, si en realidad se trata de una estratigrafía de clases, cambiante de nación en nación, de continente en continente, con tradiciones culturales y de luchas distintas, etcétera: ¿cómo pensar entonces en *una teoría del partido*? Marx y Engels piensan la realidad, y la realidad era el cartismo, el blanquismo, la socialdemocracia; ellos tratan, es cierto, de encontrar puntos de unión, lugares donde se entrecruzan organizaciones e intereses de clase distintos, pero sin aspirar a la constitución de *un* partido. ¿El partido revolucionario puede fundarse en la inducción, en el salto de lo particular a lo universal-ideal? Hacerlo sería idealismo, pero la consecuencia de su imposibilidad plantea con fuerza la necesidad de profundizar en esta línea el problema de la constitución de lo político-revolucionario.

[68] E. Balibar, «Marx, Engels y el partido revolucionario», en *Cuadernos Políticos*, Nº 18, Era, México D. F., 1978, pp. 35-46.

11

Leonardo Paggi[69] ha tratado de reconstruir eruditamente la constelación político-cultural que sirvió de escenario al Bernstein-Debatte, en el cual se inscribe el problema planteado por Lenin en el *¿Qué hacer?* Paggi recuerda cómo Parvus, «un kautskyano de estrecha observancia» consideraba dicho libro como «un modo perfectamente bersteiniano de considerar la cosa». Vale decir, que este problema de la relación entre teoría o ciencia y clase obrera fue (tanto en su vertiente rusa como propiamente europea) un problema anterior y posterior al *¿Qué hacer?*, un verdadero debate histórico en el que la obra de Lenin desempeñó, y desempeña hasta nuestros días, un papel decisivo a causa de circunstancias precisas que le quitaron el carácter circunstancial que el propio Lenin le quiso atribuir y la universalizó. Esta circunstancia precisa fue la Revolución de Octubre de 1917. Parecía como si la misma no solo viniera a corroborar las tesis del *¿Qué hacer?*, sino también la existencia de un partido estructurado sobre la base de dicho libro.

En los orígenes del debate debemos mencionar la posición de Lassalle, quien ya en 1863, en su libro *La ciencia y los obreros*, sostenía que «la grandeza de nuestro tiempo» consiste en llevar «la ciencia al pueblo», que en medio de la decadencia de la vida europea solo dos cosas permanecieron grandes, «la ciencia y el pueblo», y que «la unión entre ambas puede fecundar de nueva vida el seno de la vida europea». Para concluir declarando que dedicará toda su vida a la alianza de estos dos polos opuestos, a la «alianza de la ciencia y de los obreros». En esta misma línea, otro antecedente de Lenin fue Bernstein, teniendo en cuenta que los planteamientos «revisionistas» de este no fueron un producto caprichoso de su subjetividad, sino el resultado de la detenida elaboración de una realidad en vías de transformarse profundamente; o, dicho de otra manera, Bernstein respondía a un conjunto de problemas concretos planteados por la realidad social

[69] *Op. cit.*

europea. Uno de estos problemas fue el del derrumbe del sistema capitalista (el de la llamada teoría catastrofista). Según Kautsky, «si la crítica de Bernstein a la teoría catastrofista es fundada, las proposiciones fundamentales de nuestro partido son un gran error».[70] *En este sentido* Bernstein tenía razón: la teoría catastrofista estaba siendo invalidada (al menos en ese momento histórico) por la transformación del sistema capitalista, el cual, lejos de hundirse, emprendía una nueva etapa de su desarrollo, hecho que posteriormente iba a acarrear consecuencias imprevisibles para el movimiento revolucionario. Pero si esto era así, entonces entraba en cuestionamiento uno de los pilares de la socialdemocracia alemana, el que, como señala Paggi, estaba formado por «un bloque indisoluble de teoría y política, en el interior del cual ambos términos perdían sus respectivos campos de autonomía».[71] No fue casual por consiguiente que Bernstein tratara de realizar una «sistemática separación entre la ciencia pura del socialismo marxista y su parte aplicada». Según el pensamiento de Bernstein la doctrina había quedado atrás de la realidad social y del propio movimiento partidario, de allí la necesidad de «revisar» el marxismo de acuerdo a los nuevos datos de la realidad, no sólo de Alemania sino de Inglaterra, etcétera. En última instancia lo que se discutía era la *inevitabilidad* o no del «derrumbe». Como señala Paggi, para Bernstein se trataba de profundizar «la elaboración política del partido, del desarrollo de una ciencia política que supiera valorar, fuera de las esquematizaciones ideológicas preconstituidas, el surgimiento de novedades siempre mayores en el ámbito del concreto histórico». Bernstein afirmaba que «el nexo causal entre el desarrollo técnico y económico y el desarrollo de las otras instituciones sociales se hace siempre más mediato», y esto entrañaba la necesidad de una calificación cada vez mayor del partido. En esta perspectiva se abría para Bernstein, una vez constituido el partido en partido de la clase obrera, la necesidad de las alianzas y de los compromisos. Estos

[70] *Ibid.*, p. 27.
[71] *Ibid.*

son los elementos esenciales que entrarán en juego en su polémica de 1899 con Kautsky.

Bernstein, sobre la base de problemas reales, establecería en profundidad la distinción entre la teoría y el movimiento, entre «el momento realista y el momento ideológico del socialismo» (y en esta perspectiva es lógica su «vuelta a Kant», y es lógico su planteo del espacio ético-político como distinto al espacio científico).[72] Como señala bien Paggi, aquí Bernstein trataba por primera vez «el problema de los intelectuales como portadores del conocimiento "desde el exterior"», y luego de una adecuada cita de Bernstein, agrega: «Se encuentra aquí la primera indicación del papel de los intelectuales en el movimiento obrero en cuanto portadores de la teoría, la que llega, a través de Kautsky, hasta Lenin».[73] Para responder a la ofensiva bernsteiniana, Kautsky publicó en 1902 *La revolución social* (texto que Lenin consideraba, al escribir sobre el Estado, un punto de referencia fundamental). En el fondo, intentaba apuntalar la teoría catastrófica del hundimiento del sistema; trataba, como señala Paggi, de resolver la temática ético-política de Bernstein «transformándola en un elemento de soporte de una visión renovada de la teoría de la catástrofe». Se produce en Kautsky una profunda transformación que lo acerca a los planteamientos de Bernstein, aunque desde una perspectiva radicalmente distinta. En *Die Neue Zeit* (1901) afirmará que la ciencia es un privilegio de las clases poseedoras y que son los elementos provenientes de la burguesía los que han elaborado la teoría del proletariado; tesis que luego expresará en los términos que Lenin hará suyos en el *¿Qué hacer?*

A partir de este momento la polémica Bernstein-Kautsky se traslada al tema del *partido*. Bernstein elabora un conjunto de tesis tendientes a demostrar que «el partido, según su naturaleza y según su concepto, es algo que va más allá de la clase, […] toda la vida de los partidos modernos es un continuo proceso de influencias recíprocas entre partidos y clases, un proceso en

[72] *Ibid.*, p. 49.
[73] *Ibid.*, pp. 49-50.

el cual los partidos son el elemento activo» (frases estas que no pueden dejar de recordar las ya célebres de Lenin sobre la función del partido revolucionario). Esta distinción se articulaba en Bernstein a su idea (hegeliana) del ámbito de lo «general», de la especificidad política que realiza la recomposición de la multiplicidad de intereses parciales. Paggi encuentra aquí la diferencia de la concepción de Lenin y de Kautsky; para Lenin (y aunque Paggi no lo dice se deriva del texto, en la línea de Bernstein): «La afirmación kautskyana acerca de la necesidad de traer la teoría desde el exterior deviene individuación del modo en que la vocación universal de la clase obrera, su especificidad política, puede encontrar su mecanismo de traducción práctica».[74]

Nos damos cuenta, por otra parte, de la complejidad del problema que se plantea cuando se quiere analizar el marxismo ruso, es decir, el marxismo aplicado a una formación social extraña a la que constituyó el objeto de análisis de Marx en *El capital* y sus relaciones con la Segunda Internacional. No es casual, por esta diferencia, que en el centro de la polémica de los marxistas rusos, y particularmente en la elaboración de Lenin, se encuentra el II tomo de *El capital*, el que para los marxistas occidentales casi había pasado desapercibido, pues seguían obsesionados por el problema del paso del capitalismo al socialismo, por el problema del hundimiento del sistema, etcétera. El concepto clave sobre el que trabaja Lenin es el de formación económico-social. Dice Lenin: «En primer lugar, esta teoría ha elaborado el concepto de formación económico-social. Tomando como punto de partida la forma en que se obtienen los medios de vida —hecho básico para toda colectividad humana—, vincula a ella las relaciones entre los hombres creadas bajo la influencia de esas formas de obtener medios de vida, y en el sistema de esas relaciones ("relaciones de producción" según la terminología de Marx) ve la base de la sociedad, base que se reviste de formas político-jurídicas y de determinadas corrientes del pensamiento

[74] *Ibid.*, p. 74.

social»;[75] y agrega una observación que es la que da pie a su interpretación: «Cada sistema de relaciones de producción es, según la teoría de Marx, un organismo social particular, con sus propias leyes de aparición, de funcionamiento y de paso a una forma superior, de conversión en otro organismo social». A partir de aquí, Lenin deriva la polémica hacia una crítica a los «subjetivistas», pero, a mi juicio, y esto no lo señala Paggi, el problema deriva hacia otro aspecto de la polémica.

Según Paggi, quien, por otra parte, deja trunca la cita, «la característica esencial del concepto de formación económico-social consiste en plantear los fenómenos relativos a la *producción* material como medio de la relación entre los hombres», sentando así una superación de la determinación esquemática entre estructura y superestructura que era la base teórica de la discusión revisionista, a condición de entender «producción» como condensación real de distribución y consumo (en este sentido Lenin coincidiría con la *Introducción* de 1857 de Marx, publicada en 1902). Pero nuestra cuestión es la siguiente: ¿por qué convertir a la formación económico-social rusa, «ese organismo social particular, con sus propias leyes de aparición, etcétera» en una formación *capitalista*? ¿No había dicho precisamente Marx que su obra se refería a Europa occidental únicamente y que no podía convertírsela en una filosofía de la historia, en una explicación suprahistórica?

Mientras que gran parte de la socialdemocracia, fundándose en el capítulo sobre la acumulación originaria, partía del necesario derrumbe del sistema, Lenin afirmaba que «nada hay más insensato que deducir de las contradicciones del capitalismo su imposibilidad». Lenin se colocaría así —según Paggi— fuera del eje sobre el cual se articuló el «Bernstein-Debatte». En tanto la frase de Marx sobre la ineluctable caída del sistema capitalista en razón de las fuerzas negativas que él mismo genera, constituyó la base de la teoría del derrumbe, para Lenin el socialis-

[75] V. I. Lenin, *El contenido económico del populismo*, Siglo XXI, Madrid, 1974, pp. 142 y ss.

mo científico no enuncia ninguna perspectiva sobre el porvenir, sino que se limita «a un análisis del régimen burgués moderno, a estudiar las tendencias de desarrollo de la organización social capitalista, y nada más».[76] Lenin señala que mientras «el objetivista habla de la necesidad de un proceso histórico dado», el materialista marxista «hace constar con precisión que existe la formación social-económica dada y las relaciones antagónicas engendradas por ella».[77] Sin embargo, no estamos totalmente de acuerdo con la interpretación de Paggi.

Para este autor lo esencial es «la irrupción de la variedad del concreto histórico» ya que «el banco de prueba de la cientificidad del marxismo consiste en su capacidad para fundar "el estudio particularizado y minucioso de la historia y de la realidad"».[78] Frente a los «subjetivistas», esta afirmación sobre la preeminencia de lo real es válida, pero la preeminencia de lo real va más allá, más allá incluso del modelo de funcionamiento de la sociedad capitalista analizada en *El capital*. La cita de Marx que según Paggi constituye «la idea central de todos los estudios de Lenin sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia» habla de la «tendencia» del capitalismo a convertir todo tipo de producción en producción de mercancías, pero esta *tendencia* hace que el capitalismo se enfrente a formas no-capitalistas que deben ser analizadas porque determinarán un tipo propio de capitalismo, y es esta especificidad, esta particularidad, la que debe ser central en el análisis y no la generalidad que, en este caso, podría ser el capitalismo clásico. Hay aquí una interpretación de dos problemáticas que Paggi no tiene en cuenta.

Por otra parte, se produce, consecuentemente, un deslizamiento hacia la concepción del marxismo como modelo omnicomprensivo (a lo cual, como vimos, se oponía Marx) como método que podría funcionar al margen de su propio objeto. Pero esta

[76] G. Marramao, «Teoría del derrumbe y capitalismo organizado en las discusiones del "extremismo histórico"», en Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 78, p. 10.

[77] V. I. Lenin, *op. cit*., p. 132.

[78] L. Paggi, *op. cit.*, p. 86.

cuestión también implica a Lenin: no se trata de «explicarle» al obrero su condición, la estructura económica y política del sistema, etcétera; nunca este tipo de explicación ha convertido en revolucionarios a los obreros, del mismo modo como la «demostración» de la existencia de Dios no ha convertido a nadie en creyente. Se trata de un tipo de «explicación» inmanente a la práctica, una explicación que no puede ser sino la conciencia de la propia práctica, pero la práctica siempre es determinada, pertenece a una clase social y a una sociedad concreta, y el papel del materialismo marxista como *canon* de interpretación es fundamental para esta crítica a la que se llama «toma de conciencia», para esta develación de lo real que es la crítica; *canon* que, en última instancia, facilita la exposición del objeto y no es un *a priori*, un conocimiento al margen y previo al objeto que se conoce y donde este objeto debe subsumirse para justificar dicho *a priori* como un conocimiento.

Lenin dice que la ideología revolucionaria no puede ser «elaborada por la misma masa obrera en el curso mismo de su movimiento». Tratemos de ir al fondo del problema. Primero: existe una teoría crítica del modo de producción capitalista (*El capital*), a la que podemos caracterizar como teoría-proletaria, por cuanto es el proletariado quien crea la *realidad* que luego deviene teoría, y crea la *posibilidad* de abstracción que posibilita la construcción abstracta de la teoría; existe también un individuo que sobre esta base, y poniéndose en el punto histórico revolucionario del proletariado, analiza críticamente la realidad capitalista y la expone en una obra llamada *El capital*. Es evidente que no se trata, posteriormente, de volver a escribir *El capital* en todos los países capitalistas y que, en este sentido, *El capital* se puede estudiar, se puede aprender, pero sin confundir las cosas: no son los intelectuales burgueses como tales los que construyen la teoría socialista, sino que es la clase obrera la que a través de sus intelectuales «orgánicos» (burgueses y no burgueses) elabora la teoría en el *lugar* preciso donde puede elaborarla.

Segundo: posteriormente se difunde esta teoría. Vale decir que sería ingenuo pensar que en Rusia, por ejemplo, hacía falta

escribir de nuevo *El capital*. Sin embargo, esta utilización, que debió encuadrarse con precisión dentro de un marco social distinto al analizado por Marx (al no hacerlo se llegó a falsear la interpretación, como el hecho ya mencionado de querer demostrar la posibilidad de desarrollo del capital en Rusia recurriendo a los modelos *abstractos* de reproducción del II tomo), no es un argumento en favor de la «exterioridad» de la teoría en relación a la clase. Ni en la Inglaterra de Marx, ni en la Rusia de Lenin, la teoría es aportada desde fuera al proletariado, aun cuando este último pensara, siguiendo a la socialdemocracia alemana, que en ambos casos eso era lo que ocurría.

Tercero: es erróneo afirmar, como lo ha hecho Lenin, que la elaboración de un programa comunista *precede* al nacimiento del movimiento obrero (debe tenerse en cuenta que incluso los enunciados *utópicos* reconocen una tendencia fundada en lo real, en los oprimidos, sean o no proletarios en el sentido de la industria capitalista), y esto no solo por el apotegma marxista de que sin movimiento revolucionario no puede haber teoría revolucionaria, sino porque históricamente fue así: los teóricos del socialismo, en este caso Marx y Engels, se transforman en teóricos del proletariado mediante un proceso doloroso de subsunción conceptual, tanto formal como material. Por otra parte, los revolucionarios no tienen como función «enseñar» *El capital*, sino analizar situaciones concretas, ayudar a que la experiencia de las masas devenga un cuerpo conceptual asimilable y que facilite la superación de la propia actividad elevándola a niveles de mayor comprensión, niveles que la vuelvan generalizable dentro de límites precisos de validez, y en este sentido concreto tampoco la teoría adviene desde afuera de la clase, sino que la tarea de los teóricos de la clase consiste en exponer el movimiento real. Teniendo claro que al hablar de «teóricos de la clase» o de «intelectuales orgánicos» se hace una metáfora, pues en realidad es la clase la que piensa, no porque constituya un cuerpo mítico o un sujeto-ideal, sino porque su realidad deviene expresión, pensamiento, y para eso no existe otra manera de hacerlo sino a través de intelectuales, de escritores y de pensadores, de teóricos

concretos, sean o no obreros. Lo importante es marcar *dónde* se constituye el pensamiento y no a través de quiénes se expresa. El hecho de que los ideales socialistas se expresen a través de intelectuales no quiere decir que esos ideales hayan surgido de la cabeza de dichos intelectuales; los mismos son la transposición, la traducción, de una realidad proletaria realmente existente.

Si, tal como afirma Paggi, «el pilar sobre el que se apoya toda la argumentación de Lenin descansa esencialmente en la interpretación de la *conciencia* de clase como *conocimiento* de la totalidad económico-social»,[79] y que, en esa medida, el *conocimiento* es *de hecho* propiedad de intelectuales de extracción burguesa, entonces el problema más que resuelto es *suprimido*: primero, porque se excluye toda posibilidad de «conciencia» al determinarla por un grado de abstracción tan elevado que se vuelve inaccesible, dadas las condiciones materiales de vida, para la clase como tal; segundo, porque de lo que se trata es de determinar el papel del intelectual como órgano de la clase revolucionaria, al margen de su extracción de clase, que en ese contexto resulta irrelevante. A partir de lo cual vuelve a plantearse en su plenitud el problema de la relación entre conciencia y clase en el pensamiento de Lenin. Como bien afirma el malogrado Hans Jürgen Krahl, si se liga la «conciencia de clase» al conocimiento de la *totalidad*, se priva de conciencia a la clase, a los proletarios concretos, y se traslada al Comité Central; de allí que, para Lenin, «la justa conciencia de clase preexiste en la figura del justo partido del proletariado, dada *a priori*, es decir, en el partido de tipo leninista, que se sustrae trascendentalmente a todas las determinaciones históricas de su forma».[80] Para concluir, sostiene: «Si los dos momentos que forman la conciencia de clase, el teórico y el empírico, se escinden, la conciencia de la totalidad pierde la determinación de la participación proletaria, y la conciencia del consumo el momento determinante de la productividad es-

[79] *Ibid.*, p. 98.
[80] *Ibid.*, p. 367.

pontánea y emancipadora».[81] Lo cual no impide que este autor justifique a Lenin porque en Rusia no se habría producido la subsunción real y, en consecuencia, en la producción misma no aparecería el *carácter social* de la producción.

Luciano Gruppi, por su parte, sostiene que el *¿Qué hacer?* es un «momento altísimo de su pensamiento» y que es incorrecto «hacer el balance de lo que "está vivo y está muerto" en Lenin». Según Gruppi, esta operación «siempre es una operación cultural falsa, [pues] a Lenin solo se lo puede entender si se considera todo el conjunto de su concepción y de su acción vinculándola estrechamente a la situación histórica […]. Nuestra concepción no puede ser el resultado de un diletantesco *bricolage* para el cual se eligen estos trozos del pensamiento de Marx y no otros, estos trozos de Lenin y no otros». Lo extraño es que, por lo general, quienes así argumentan realizan precisamente aquello por lo que critican a los otros: recortan a Lenin *para su lado*. Se trata, a mi juicio, de una represión: la práctica de la revolución por un lado, la teoría por el otro; se reprime la carnalidad, la sucia materialidad de la acción, y se cierra el problema en la pureza del círculo teórico. Lo que realmente sorprende es cuando esos «trozos» comienzan a unirse, por supuesto que en un «bricolage», y muestran el esquema real del proceso dibujado contra el escenario informe de la «totalidad», pues lo distinto del *bricolage* son las «obras completas», la imposible «historia total», es decir, un empirismo exacerbado y opresor. Lo que hace Gruppi es recortar, unir y *armar* un Lenin que luego exhibe *como el verdadero* Lenin, pero si otro hace la misma operación de recortar y armar *otro* Lenin, lo descalifica llamándolo diletantismo. La misma operación es llamada una vez ciencia y otra *bricolage*, según sea la perspectiva apologética o crítica desde la cual se estudie a Lenin.[82]

También Vacca *defiende* a Lenin aduciendo que no es posible tratarlo «como un perro muerto»: «¿Qué sentido tiene cargar

[81] *Ibid.*, p. 270.
[82] L. Gruppi, «Lenin, il leninismo e il Pci», en *Critica marxista*, 1978, Nº 5.

sobre Lenin la experiencia del "socialismo real"?».[83] Solo una forma de pensamiento «tosca», «pueril», «que interprete los procesos históricos como "aplicación" de un determinado modo de pensar político y se remita a este buscando en la historia las "comprobaciones" o las "rudas contestaciones", puede plantearse el problema de Lenin en estos términos». Pareciera que estamos en pleno mundo prerreflexivo, sometidos al férreo mecanismo tautológico de la empiria. Lenin solo puede ser analizado en situación, pero dentro de la *situación* no estarían las ideas leninistas. Se deja así de lado el hecho de que lo ideal, lejos de ser «abstracto», es concreción, condensación de fuerzas sociales, y que, a su vez, se materializa, se vuelve real. Seguir considerando lo ideal como «ideal» puro, es decir, como algo extraño a la relación de fuerzas sociales, como algo que no es forma-social, es el error que posibilita explicar a Lenin disolviéndolo en la pura empiria y convirtiendo a la teoría en una suerte de comodín apto para todos los usos.

12

Otro autor que de una manera fuertemente teórica trata de rescatar el pensamiento de Lenin respecto a la *teoría*, es De Giovanni.[84] La operación es efectuada en tres tiempos:

1) El pensamiento de Lenin es clausurado en el espacio teórico, es decir, no se lo confronta con la *realidad* que es el partido bolchevique, ni con la realidad que es el partido bolchevique convertido en «dictadura del proletariado», ni con la realidad que es Lenin convertido en máximo dirigente de la revolución. Todo sucede como si la teoría de Lenin pudiera ser analizada al margen

[83] Ver G. Vacca, «Lenin y Occidente», Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 85.

[84] B. De Giovanni, «Lenin, Gramsci y la base teórica del pluralismo», en *Dialéctica*, 1979, Nº 7. Debemos reconocer que en este trabajo hay una crítica en filigrana a la teoría *reductiva* de Lenin; por otra parte, pienso que la distinción gramsciana entre *oriente* y *occidente*, lejos de ser topológica, implica una crítica fuerte («esópica» si se quiere) a la Tercera Internacional.

de la práctica que esa teoría orientó y produjo. Todo transcurre así *en* el orden teórico, y la justeza o no de la teoría leninista se demostrará solo teóricamente, como si no tuviera nada que ver con la realidad, aunque esa realidad sea la Revolución Rusa.

2) Delimitado así el campo en controversia como campo puramente teórico, De Giovanni retoma la propia justificación dada por Lenin para explicar su posición teoricista: se trata de reivindicar la teoría frente a quienes la desdeñan, los vapuleados economistas. Ante el reduccionismo de estos últimos, que según Lenin reducían la práctica proletaria al ámbito de la acción puramente económica abandonando la política a los intelectuales, «el problema de Lenin es cómo reconquistar la autonomía y la primacía de la política». En última instancia, el problema consistía en liberar la práctica proletaria de la sola lucha por mejorar sus condiciones de trabajo y de vida, elevándola a un nivel más general y profundo: la lucha política. Lenin, enfrentando un enemigo concreto, lucha por la especificidad y la prioridad de lo político, y en este sentido no hace sino responder «al carácter del tipo de Estado que tiene delante». Es el «adversario», es decir, el estado zarista, quien *concentra* la política, pero no se trataría, observa De Giovanni, de una artimaña del zar, sino que es la sociedad capitalista la que escinde la práctica política de las otras prácticas sociales cerrándola en su inmanencia. En realidad —dice— «la compenetración entre política y economía debe ser gobernada por una separación cada vez más rigurosa entre estos dos terrenos específicos de organización y de dominio». Se señala una realidad (la compenetración entre política y economía) y una apariencia (la separación), y se afirma, como algo positivo, que Lenin habría respondido a la apariencia. A la superespecialización de lo político, Lenin habría respondido marcando la necesidad de una organización que respondiera a esta especialización con una especialización idéntica.

Para De Giovanni, esta realidad de lo político autonomizado por la burguesía, que concentra en un centro único «el ejercicio de la acción política», obliga al movimiento obrero a dar una «respuesta política […] capaz de moverse a la altura del nivel

más elevado de la praxis del antagonista y de su organización de dominio». En otros términos, a la concentración de lo político-burgués corresponde una concentración de lo político-proletario. Esta es la raíz de toda la lucha contra el economicismo y «el sentido moderno del *¿Qué hacer?*». Y aquí se encuentra también «el significado de la conciencia que proviene del exterior», ya que la *política*, como orden propio, no nace en la «esfera de la relación directa obreros-patrones, sino en el exterior, en una dimensión que se coloca a la altura de ese único centro donde se unifica el poder del Estado capitalista».

Aquí todo está dando vueltas. Por empezar, no se trata únicamente de la relación obreros-patrones, sino de la clase obrera como todo social. Cuando Kautsky y Lenin afirman que la conciencia (la teoría) viene desde fuera de la clase, se refieren a la clase como tal. La conciencia o teoría viene desde fuera *porque es elaborada por intelectuales burgueses al margen de la clase*; y cuando se habla de la clase no se está hablando solo de la relación obreros-patrones, sino de la clase en toda su complejidad, de la clase en la fábrica y en el mundo, etcétera.

El mimetismo entre la organización capitalista, la organización del Estado y la política capitalista, y la respuesta dada por Lenin, no deja de ser sorprendente. Según como plantea De Giovanni este problema, pareciera que Lenin es llevado al espacio marcado por la burguesía, ya que esta (y aquí se plantearía una tendencia histórica que la burguesía ya no abandonará en adelante), a medida que más se entrelaza lo político con lo económico más trata de reducir la política a lo puramente político. La consecuencia de este reduccionismo «político» será el partido bolchevique en 1917: un partido pequeño, hiperpolitizado, numéricamente insignificante, vinculado «políticamente» con pequeños núcleos de la clase obrera, desvinculado social y políticamente del campesinado y, en general, del conjunto de la sociedad. Es la estructura del partido la que lo lleva a «tomar el poder» y a convertirse, de inmediato, en Estado. La consecuencia de su falta de hegemonía es el despotismo. El partido, más que ser el anti-Estado de la clase obrera, como afirma De Giovanni, es una

forma especular del Estado, lo niega y lo reproduce. Y esto se verá claramente después de 1917.

3) El tercer tiempo de la tarea de salvataje consiste en una confusión: De Giovanni cita la página del *¿Qué hacer?* donde Lenin, criticando a Mártov (por su «error fundamental» de creer «que se puede desarrollar la conciencia política de clase de los obreros *desde dentro*» de su lucha económica), afirma que «la *conciencia política* de clase no se le puede aportar al obrero *más que desde el exterior*, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patrones. La única esfera en que se pueden encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de *todas* las clases y capas con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí» (nosotros subrayamos).

Pero aquí se mezclan dos problemas y se encubre uno de ellos. En el texto citado, Lenin habla de la «conciencia política», pero más adelante habla de la «conciencia socialdemócrata»[85] (es decir, la conciencia comunista) y de la «doctrina del socialismo» opuesta a la «conciencia tradeunionista»,[86] para acabar citando *in extenso* a Kautsky, quien, con el beneplácito de Lenin, afirma que «el portador de la *ciencia* no es el proletariado, sino la *intelectualidad* burguesa»[87] (nosotros subrayamos).

De Giovanni hace pasar un problema por otro: el problema de la *teoría* o de la *ciencia* es suplantado por el de la *conciencia política*; y de esta manera la clara posición «teoricista» de Lenin se convierte en una posición confusa cuyo objetivo sería el de rescatar a Lenin de dicha posición teoricista. Una cosa es hablar de la «conciencia política», la cual, evidentemente, no puede surgir de *una* clase (entre otras cosas porque *una* clase no existe), sino de la relación de esa clase con el conjunto de la sociedad; y otra cosa es sostener que la «ciencia» o la «teoría» del socialismo es producto de los intelectuales burgueses y, por lo tanto, exterior

[85] V. I. Lenin, *¿Qué hacer?*, Era, México D. F., 1977.
[86] *Ibid.*, p. 138.
[87] *Ibid.*, p. 144.

a la clase (¡como si fuera posible que los intelectuales burgueses, como tales, elaboraran la teoría proletaria!). Es evidente que se mezclan los planos en un esfuerzo por presentar un Lenin no enfrentado a la concepción marxista.

¿Se trata de salvar una tradición?, o, por el contrario, ¿es esa tradición la que pesa en gran parte del movimiento revolucionario impidiéndole liberarse teórica y prácticamente de ideas y formas organizativas y políticas que han caducado históricamente? El pasado, por trágico que sea, siempre representa un anclaje en el flujo social, pero cuando ese pasado se convierte en una traba para el movimiento revolucionario, nada ni nadie puede impedir que este, despojándose de sus muertos, siga buscando los caminos de su realización.

13

Hemos llegado a un punto de torsión de la problemática, al paso de lo teórico a la acción revolucionaria, al punto en que Lenin interrumpe su manuscrito sobre el Estado diciendo que es mejor hacer la revolución que hablar de la revolución, al momento en que Lenin deja de ser exiliado para ser dirigente de la primera revolución socialista mundial. Al *momento de la verdad* de la teoría: las ideas, que eran expresión de fuerzas sociales, ahora se encarnan en los hombres; los actos que se realicen, así como las propuestas que se hagan, no serán gratuitos ni arbitrarios, sino expresión del mundo de ideas que a través del tiempo han constituido lo que se llama la «teoría revolucionaria». La discusión acerca de la justeza o no de la teoría de Lenin deja de ser una discusión escolástica y puede y debe ser confrontada con los hechos. Las ideas, para bien o para mal, determinan acciones que llevan al triunfo o al fracaso; siempre detrás de cada acción existen ideas. Por eso, ahora es necesario confrontar la teoría con los hechos que suscita. Lenin piensa y actúa, y es el acto el que nos permite salvar la fisura que fundaba lo teórico como el espacio de la verdad.

La práctica

1

A partir de la liberación de los siervos se produjo, como señala Carr, «el comienzo de la industrialización»;[88] y agrega que su rápido desarrollo, a partir de 1890, «gracias al impulso del capital extranjero», puso las bases sobre las que se constituyó el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, mientras que «las huelgas de 1896 constituyeron el verdadero punto de partida del movimiento proletario». Este proceso, a su vez, estaba fundamentalmente impulsado, en lo que se refiere a la «industria moderna», por la «finanza occidental», por el Estado zarista y por el capital financiero (los datos que brinda Carr sobre el papel de las grandes empresas, comparándolas con Alemania, deben ser relativizados mediante datos sobre el conjunto de la estructura económica rusa). Respecto al tipo de obrero que atendía esta industria afirma que, a diferencia de los europeos occidentales, «era un campesino que había venido del pueblo y que podía volver a él». Esto explica que se hable del capitalismo «injertado»: injertado en el gran mundo de relaciones precapitalistas que constituían el mundo del campesinado ruso. Lenin tiene conciencia del desarrollo de este capitalismo, pero lo que no comprende, precisamente, es la importancia decisiva del campesinado como elemento autónomo para el proceso revolucionario. Lenin, por una parte, sostiene la necesidad de una organización centralizada tanto del proletariado como del campesinado ruso, pero, por otra, confía

[88] E. H. Carr, *op. cit., vol. 2*, p. 24.

en una «lenta y atormentada evolución burguesa según el modelo prusiano», lo cual, en los hechos, lo llevará a «predicar de forma abstracta sobre la revolución de los campesinos, sin pasar a la organización concreta de los mismos».[89] Se explica así la poca o nula importancia que se le concede a la organización campesina y la fijación en el modelo europeo: las consecuencias concretas de esta racionalización occidental (camino prusiano, revolución democrático-burguesa) fue la constitución de un partido socialdemócrata aislado de las grandes masas campesinas.

La revolución de 1905 fue una enseñanza fundamental en varios sentidos, tanto en relación con la idea de partido y con la idea de los soviets, como con el problema campesino. «El resultado de los sucesos de 1905 —dice Carr— fue conceder al campesinado una importancia nueva y total y un lugar prominente en los cálculos bolcheviques». Sin embargo, esta aseveración entusiasta de Carr *debe ser confrontada con los hechos*: en abril de 1905, en el tercer congreso del Partido Socialdemócrata, celebrado en Londres, se declaró importante el movimiento campesino que se estaba desarrollando en Rusia, pero fue calificado de «espontáneo y políticamente inconsciente». Además, se llamó a que los campesinos no pagaran los impuestos y a que no obedecieran al reclutamiento militar. Pero cabe preguntarse: ¿qué posibilidad de realización tenía semejante «llamamiento» dada la carencia casi total de fuerzas en el campo? Por su parte, Lenin, en sus *Dos tácticas*,[90] había condicionado el apoyo del partido al campesinado exigiendo que este fuera «revolucionario-democrático», y añadía que luego del éxito de la revolución campesina y democrática se abría «el camino para una lucha decidida y verdadera por el socialismo», en la cual, los campesinos, «como clase poseedora de tierras, desempeñarán en esta lucha el mismo papel de traición, de inconsecuencia, que ahora desempeña la burguesía en la lucha por la democracia». Esto dicho en su libro plebeyo, donde con

[89] R. Dutschke, *op. cit*., p. 117.

[90] V. I. Lenin, *Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en *Obras, vol. III*, Progreso, Moscú, 1973, pp. 6-58.

gran fuerza sostiene la necesidad de la alianza obrero-campesina y retoma el postulado marxista de la autoliberación de la clase.[91]

[91] *Ibid.*, pp. 489 y 581. Para una relación puntual de esta problemática remitimos al citado libro de H. G. Lehmann y a los trabajos de Ettore Cinnella: «Il programma agrario della socialdemocrazia russa alla vigilia della rivoluzione del 1905» y «La socialdemocrazia e il movimento contadino nella rivoluzione russa del 1905», aparecidos en *Studi Storici*, Nº 4 de 1973 y Nº 3 de 1974, respectivamente. Sostiene Cinnella que «hasta 1905, es decir, hasta el fin de la primera revolución rusa, en ningún país el movimiento socialista llegó a elaborar una estrategia revolucionaria fundada sobre la unión entre proletariado y campesinado» [Nº 4, p. 738]. Lenin —dice— tendía a «sobrevalorar los elementos capitalistas presentes en la agricultura rusa», de allí que el programa de la socialdemocracia «lanzara consignas inadecuadas, que difícilmente habrían podido estimular o dirigir las luchas de las masas campesinas en el futuro inmediato» [p. 786]. «Sobrevalorando el nivel de desarrollo capitalista en el sector agrícola los marxistas rusos no intuían la verdadera naturaleza de las relaciones de clase en el campo». En estas condiciones, quien se puso a la cabeza del movimiento campesino fue el Partido Socialista Revolucionario fundado en 1901 sobre la base de grupos y organizaciones populistas: «A la vigilia de 1905 el Partido Socialista Revolucionario expresaba, más que cualquier otra fuerza política, los intereses de las grandes masas campesinas, poniéndose así al frente de la revolución agraria campesina». En el Congreso de 1905 (realizado en Londres), y a pesar de ciertas modificaciones en la apreciación general del problema, se definía al movimiento campesino como «espontáneo y privado de conciencia política» [Nº 3, p. 520]. A pesar del avance teórico realizado por Lenin en 1905, y su articulación del problema agrario dentro de su concepción global de «revolución burguesa», fueron los socialistas revolucionarios (populistas) quienes constituyeron las organizaciones campesinas y dirigieron ideológicamente a las grandes masas del campo [*ibid.*, pp. 533 y ss.]. En el Congreso de Moscú de la «Unión campesina» participó un bolchevique llamado Sestakov, quien afirmó que «sin los obreros de las fábricas los campesinos no obtendrán nada»: después de esta afirmación desgraciada —afirma Cinnella— «se levantó en la sala un coro de vivas protestas y muchos gritaron que al contrario "sin campesinos los obreros no obtendrán nada"». En este discurso del delegado socialdemócrata «era evidente la incapacidad de adherir a la mentalidad y al lenguaje de los delegados provenientes del campo». Lo que podemos señalar, como resumen, es que a pesar de la «preocupación» profunda de Lenin por el problema agrario, el partido bolchevique no logró estructurar un programa ni realizar una práctica política ajustada a las necesidades del campesinado ruso, y debe reconocerse, a pesar de la «conspiración de silencio» que existe al respecto, que fueron los populistas social-revolucionarios quienes realizaron ambas cosas.

Según Carr, el famoso decreto Stolipin del 9 de noviembre de 1906, con el cual se tendía «a romper el viejo sistema colectivo de la posesión campesina y a sustituirlo por la posesión individual como base de la economía rural rusa»,[92] fue sumamente importante en este proceso (sin embargo no concordamos con su apreciación respecto a la debilidad de la comuna rural: nos parece que la cifra de familias que la abandonaron demuestra, en última instancia, no tanto su debilidad como su fortaleza). Carr interpreta que, así como la liberación de los siervos fue hecha para brindar mano de obra a la incipiente industrialización, el decreto Stolipin tendía a abrir el camino a «la agricultura competitiva y eficaz del capitalismo» (de allí que Lenin, como recuerda el mismo autor, y teniendo en cuenta que «el capitalismo es un avance sobre el feudalismo», la haya considerado «progresista en el sentido económico-científico»). No obstante, Lenin denunció el intento de romper la comuna como un intento tendiente a que los kulaks se apoderaran de las tierras comunales. Lenin creyó que se trataba de abrir el camino prusiano para el desarrollo del campo, pero Carr lo refuta al considerar que en Rusia era imposible «la introducción de maquinaria y técnicas modernas», sin las cuales el capitalismo agrario no podía prosperar, ya que chocaba contra la pequeña propiedad. Carr señala bien el problema,[93] pero a mi juicio no logra entenderlo debido a que comparte el punto de vista marxista-occidental: antes de introducir la maquinaria se debía liquidar a la pequeña propiedad. Para Lenin, la solución consistía en «la destrucción de la propiedad privada, *tanto* de los terratenientes *como* de la tierra de asignación». Como recuerda Panaccione, Lenin «reconocerá y retomará» las «aportaciones» de Kautsky,[94] para quien la socialdemocracia «no puede ver en los campesinos que se opongan a este progreso un aliado a conquistar, sino un enemigo a neutralizar, una masa,

[92] E. H. Carr, *op. cit.*, pp. 32-33.

[93] *Ibid.*, p. 35.

[94] Ver A. Panaccione *et al.*, *Storia del marxismo contemporaneo*, Feltrinelli, Milán, 1977-1981, p. 37.

en el mejor de los casos, pasiva, que un día, aunque le pese y sin que haya hecho nada por merecerlo, será liberada por el proletariado».[95]

2

En 1917 estalló la revolución y se planteó con toda su fuerza «el problema maldito». Como señala Moshe Lewin: «La revolución estalló en un país atrasado, esencialmente campesino, donde el campesino era sinónimo de miseria e ignorancia».[96] Debe tenerse en cuenta, como señala este autor siguiendo a Bujarin, que, en realidad, la Revolución de Octubre de 1917 fue la confluencia de «una revolución proletaria y de una revolución agraria de campesinos», y que el «bloque» donde confluyeron ambas corrientes, «la alianza del proletariado y del campesinado», se mantuvo mientras subsistió la amenaza del enemigo común, el zar y sus aliados, pero una vez que los campesinos lograron la tierra lograron, al mismo tiempo, su objetivo, por lo que para subsistir el bloque revolucionario hubiera necesitado una visión distinta del problema campesino. El punto de partida, afirma Lewin, era el hecho de que «los pobres de las poblaciones no se apoderaban de la tierra de los kulaks para ponerlas en común y crear explotaciones de tipo socialista, sino para realizar su sueño: volverse campesinos como los otros. Su revolución no era socialista, sino pequeño-burguesa». Como sostiene Lewin en otro trabajo: «Los bolcheviques eran por excelencia un partido urbano, ignorantes de la realidad rural, y demostraban poca paciencia hacia esta masa tan atrasada y conservadora: si hubiesen comprendido mejor a los campesinos hubieran descubierto (como otros movimientos revolucionarios fundados sobre los campesi-

[95] *Ibid.*, p. 39.

[96] M. Lewin, *La paysannerie et le pouvoir soviétique: 1928-1930*, Mouton, La Haya, 1966. Para un punto de vista diferente, ver el libro ya citado de R. Linhart.

nos demostraron de inmediato) que, a pesar de la ignorancia y el conservadurismo, los campesinos no son necesariamente sostenedores del capitalismo y pueden participar con interés en importantes experimentos de cooperación y transformación social».[97] Lenin, por su parte, interpretaba la acción de los «pobres» sin tierras como si fuera un ataque «proletario» contra los capitalistas del campo: *maldito* problema ese que iba a confundir el sueño milenario de los campesinos por poseer la tierra, con el sueño socialista del proletariado. Así, Lenin, deberá rearticular su política agraria ante la evidencia del equívoco.

En abril de 1917 Lenin propuso una serie de tesis respecto al campesinado, pero advirtió a sus partidarios que «el partido proletario no puede permitirse ahora poner sus esperanzas en una comunidad de intereses con los campesinos». Esta desconfianza constituía una parte fuerte del pensamiento leninista, para quien «el campesinado secreta el capitalismo cada hora, cada día», siendo, además, una clase condenada a muerte por la historia. Es claro que esta concepción estaba mediada por la capacidad política de Lenin, quien constantemente planteaba el problema de la alianza obrero-campesina en el marco de la revolución democrático-burguesa, es decir, en el espacio de la *actualidad*. El problema surgirá cuando la revolución socialista cierre el paso a la revolución democrática y burguesa, porque será allí, en esa encrucijada, donde el problema del campo adquirirá su carácter dramático. En este sentido no deja de ser extraño que un estudioso como Carr sostenga que «fue el resultado de la dirección acertada de los bolcheviques» la que arrancó a los campesinos de su «sumisión» a los social-revolucionarios, cuando la historia de ese período muestra, por una parte, la serie constante de desaciertos cometidos por la dirección bolchevique y, por otra, la implantación mucho más profunda de los social-revolucionarios en las masas campesinas.

En ese momento, como Carr sostendrá de manera contradictoria en otra parte de su obra, «el campesinado se aferraba a los eseristas como a sus campeones tradicionales». Vale decir

[97] M. Lewin, «Le basi sociali dello stalinismo», *op. cit.*, p. 48.

que resurgía, ¡y con qué fuerza decisiva!, el problema de los narodniki, el que aparentemente había sido resuelto teóricamente a favor de los socialdemócratas a fines del siglo; resurgía de la guerra y del hambre de Rusia: por un lado, allí estaba la enorme masa de cien millones de campesinos, por otro, el partido que se aprestaba a tomar las riendas del proceso revolucionario y que debía reconocer que esas masas le eran ajenas. Esa fue una parte de la tragedia. Pero el hecho de que precisamente los populistas y no los bolcheviques dirigieran al campesinado no es un dato aleatorio, sino que fue producto de una larga historia de luchas sociales y teóricas. El movimiento populista, al que tanta atención le había prestado el viejo Marx, estaba allí, encarnado en la fuerza del campo ruso, en camino de realizar *su* revolución.

Al calor del desenvolvimiento del proceso revolucionario, los campesinos crearon los comités agrarios que, escalonándose, culminaban en un «comité agrario superior» dirigido por los populistas-eseristas. Lenin exigía, por una parte, la transferencia de toda la tierra «a manos del campesinado organizado en organismos de autogobierno, elegidos plena y realmente en forma democrática» y la nacionalización de toda la tierra como propiedad estatal; y, por otra, sostenía que no podía ocultarse que «el cultivo a pequeña escala *no es capaz* de librar al género humano de la pobreza de la masa y que es necesario *pensar* en un cultivo de transición a gran escala por cuenta social». Aquí está marcada nítidamente la fisura abierta en la realidad e incomprendida en la conciencia teórica. Estas ideas son una especie de obsesión leninista: en la conferencia de abril insistirá en la formación, por parte de los proletarios y semiproletarios del campo, de granjas modelo «administradas por cuenta social por los soviets de diputados de los trabajadores agrícolas bajo la *dirección de expertos* en agricultura» (nosotros subrayamos). Posteriormente, sostendrá en *Pravda* lo que llama la doctrina «socialista», según la cual «sin el trabajo común de la tierra por parte de los obreros agrícolas, y empleando las mejores máquinas bajo la *dirección de expertos agrícolas y científicamente preparados*, no existe manera de escapar al yugo del capitalismo» (nosotros subrayamos).

Es suficiente, en este trabajo, puntuar los acontecimientos para advertir la magnitud de un problema no resuelto cuyas consecuencias culminarían en los años treinta. Lo que debe entenderse, a mi juicio, es que las medidas tomadas por Stalin fueron una consecuencia de la complicada red de posiciones teóricas y de medidas prácticas que atraviesan la historia del bolchevismo en relación con el problema campesino.

Mientras se trataba de discusiones en los papeles, las consecuencias eran expulsiones o escisiones, pero a partir del momento en que el pequeño partido bolchevique tomó el poder político se encontró frente a la trágica alternativa de tener que dirigir sin fuerzas un país esencialmente campesino,[98] sin fuerzas quiere decir sin organización, sin dirección y sin programa agrario, y más aún, con una concepción errónea del problema. Esto nos explica el zigzagueo constante, no solo de las medidas administrativas, sino de la acción, de las medidas prácticas que irían a culminar en los distintos momentos de la «colectivización» compulsiva cuyas consecuencias todavía hoy debe pagar la Unión Soviética.

3

a) En agosto de 1917 los populistas (eseristas) propusieron un «decreto modelo» con doscientas cuarenta y dos demandas campesinas. Como dice Carr, Lenin hizo suyo *in toto* este modelo, afirmando que era «la expresión de la voluntad incondicional de la vasta mayoría de los campesinos conscientes de toda Rusia». Este hecho puede interpretarse como una ocasional correlación

[98] Sewgún Carr: «Lenin demostró, en numerosos discursos, ser perfectamente consciente del aislamiento de los bolcheviques en el país que habían conquistado. La clase obrera había casi desaparecido; los funcionarios exzaristas que llegaban a la administración eran hostiles; los campesinos totalmente insatisfechos no querían ni oír hablar de los *kommunija*; el partido tenía necesidad de ser depurado; los dirigentes más conocidos y toda la Vieja Guardia estaban exhaustos y agotados» [*op. cit.*, p. 36]. «Siempre habían sabido que algún día podrían conquistar el poder, pero no habían previsto que eso sucedería en un estado de aislamiento social» [*op. cit.*, p. 37].

de fuerzas desfavorable o como un hecho que cuestionaba tanto la línea política como la teoría. En general fue interpretado erróneamente en el primer sentido.

b) Tres semanas después, Lenin se negó a que los bolcheviques votaran los puntos sobre «la distribución de la tierra entre pequeños propietarios» (para Lenin, los pequeños propietarios eran burgueses y la posición socialista consistía en sostener la creación de «grandes granjas colectivas»). Una vez lograda la expropiación de la tierra, en la que coincidían bolcheviques y eseristas, se produjo la escisión, ya que estos últimos se alinearon junto a los campesinos «que cultivaban individualmente o en comunas su propia tierra»,[99] mientras que los bolcheviques se alinearon junto a los campesinos sin tierra o con tierra insuficiente para poder vivir (lo que Lenin, como después veremos, no comprendió, es que los campesinos sin tierra querían ser campesinos *con tierra* y no trabajadores de grandes granjas colectivas donde no serían dueños de la tierra).

c) Sin embargo, el 19 de febrero de 1918, después de aprobarse la ley sobre la «socialización de la tierra», Lenin la criticó duramente afirmando que la distribución por igual de la tierra tenía «un significado progresivo y revolucionario dentro de la revolución democrático-burguesa», pero no dentro de la revolución socialista; justificó el apoyo a tal medida por parte de los bolcheviques como algo que en su momento fue necesario, comprometiéndose, además, a «ayudar» al campesinado a librarse de las «consignas pequeño-burguesas» y pasar al socialismo.

d) Carr dice: «El problema crucial de una revolución proletaria en una economía predominantemente campesina estaba ya levantando la cabeza». La escasez de alimentos del año 1918 iba a producir el encuentro con la dura realidad.

e) Lenin llegó a la conclusión de que ya había terminado una etapa de la revolución en el campo y de que en adelante había que apoyarse en los pobres contra los kulaks: había que organizar a los pobres, es decir, a la mayoría de la población, «*en torno*

[99] E. H. Carr, *op. cit.*, p. 50.

a la vanguardia proletaria consciente» (nosotros subrayamos). Carr comenta: «El fracaso de los bolcheviques fue síntoma de su debilidad en las áreas rurales».

f) En mayo de 1918 comenzó la guerra contra los kulaks que ocultaban las reservas de grano y especulaban con las mismas; se trataba de una «guerra sin cuartel» entre los proletarios «y campesinos sin tierra», por una parte, y los kulaks por la otra. Lenin les dirigió una carta a los obreros de San Petersburgo en la cual los llamaba a formar «los destacamentos de hierro del proletariado consciente» para realizar «una cruzada» en su calidad de «*mentores*» y «*jefes*» del campesinado pobre (subrayamos, pues las palabras muestran con precisión el espíritu con que Lenin investía al «proletariado consciente»).

g) Los eseristas acusaban a los bolcheviques de impulsar una guerra abierta de la ciudad contra el campo, de querer arrebatarles la dirección recurriendo a los campesinos menos conscientes políticamente (aquí el argumento de la «conciencia» se vuelve contra los bolcheviques) y de que se dejaban sin dividir fincas en lugares donde los campesinos tenían hambre de tierra, contratándose obreros para cultivarlas y «desafiando así los auténticos principios socialistas». Poco después los populistas-eseristas fueron declarados fuera de la ley a causa del asesinato de Mirbach.

h) El decreto del 1 de febrero de 1919 estableció: «La transición desde las formas individuales de utilización de la tierra a las colectivas». Pero esta política, como lo demuestra Carr con cifras, fracasó. El impulso hacia la colectivización a gran escala «venía exclusivamente de las ciudades y de las esferas oficiales», mientras que para el campesino «volver a trabajar en una finca grande era volver a ser jornalero» (no se trataba solo, ni principalmente, de un problema político, o económico, sino de un problema *cultural*).[100]

[100] El Estado «tendía a imponer un nuevo sistema de vida y de producción, y el inmenso mar de los campesinos trataba de defender su sistema familiar; lo que se produjo fue casi un enfrentamiento entre dos naciones o dos civilizaciones, profundamente diversas en los métodos de producción y de organización, en su *Weltanschauungen* y en su religión» [*ibid.*, p. 48].

i) La dura realidad: el campesinado pobre, base de maniobras de los bolcheviques contra los kulaks y los populistas, no era tan numeroso como suponían, y sus Comités empezaron a ser absorbidos por los soviets locales, de manera tal que desde diciembre de 1918 los soviets pasaron a ser «los únicos organismos de poder» y los comités debieron ser disueltos.

j) Esto produjo un cambio de política caracterizado por el viraje hacia los campesinos medios (Carr proporciona los siguientes datos del campesinado: 10% kulak, 40% pobre y 50% medio): se trataba de la búsqueda de aliados entre quienes hasta entonces habían sido denominados pequeño-burgueses.

k) *El descubrimiento de Lenin*: los campesinos pobres, al recibir sus parcelas, se convierten en campesinos medios. Según Carr: «Había fallado el intento de implantar el socialismo por una táctica de choque a través de comités de campesinos pobres y el compromiso estaba a la orden del día».

l) Lenin descubrió que el campesino era un nuevo Jano de dos caras: una la del campesino «en tanto que trabajador», de hombre «que ha padecido la opresión del capitalismo», esta es la cara progresista que lo lleva a ponerse al lado del proletariado; la otra cara es la del campesino en su «calidad de propietario», el cual razona así: «Yo produzco, el grano es obra de mis manos, luego tengo derecho a negociar con él». Lenin concluía afirmando que este razonamiento campesino «es un crimen de estado».

m) Para Lenin, ahora, el problema fundamental consistirá en ganar al campesino medio, y el instrumento para lograrlo lo visualizará en la *técnica*, en los 100.000 tractores que debían ofrecerse a los campesinos para ganarlos; pero para lograr esto, según el mismo Lenin, «era necesario primero vencer a la burguesía internacional» (por eso comenta Carr, señalando el callejón sin salida de la situación, «edificar el socialismo en Rusia era imposible sin la agricultura socializada, y socializar la agricultura era imposible sin tractores, y obtener tractores era imposible sin una revolución proletaria internacional»).

n) Debe tenerse en cuenta, como señala Massimo Cacciari, que en el umbral de la NEP «el partido no disponía todavía de

un programa articulado y medido sobre "el problema del paso del capitalismo al socialismo en un país campesino como Rusia"». En 1923, «la producción pequeño-burguesa superaba cinco veces a la estatal». «En 1925, la nueva elección del soviet dio, en numerosos distritos, dramáticos resultados: "el campesino medio se declaró de parte del kulak y contra el campesino pobre"».[101]

ñ) Lenin admitió que los campesinos se oponían con «saña» a las granjas colectivas, en particular, cuando estas empleaban a los «antiguos explotadores» como administradores y técnicos.[102]

4

En el Congreso de los Soviets de 1919 se puso al desnudo las «grandes granjas colectivas»: los sovjoses; se las acusó de «mantenerse apartadas de los soviets locales, de traer especialistas ofreciéndoles salarios muy altos y de interferir en la distribución de la tierra»;[103] se señaló, además, que los famosos «técnicos» y administradores «vivían lujosamente en las antiguas casas de los terratenientes» y que «en algunos casos los propietarios expulsados se habían vuelto a instalar en ellas, en realidad, a guisa de directores de los sovjoses».[104]

Una vez terminada la guerra civil y contra las intervenciones extranjeras, a mediados de 1920, la continuación del procedimiento de requisas «provocó un serio descontento en gran parte del campesinado y una grave tensión entre él y el partido bolchevique». En junio de 1920 Lenin hizo un llamamiento «al sector

[101] M. Cacciari y P. Perulli, *Piano economico e composizione di classe: il dibattito sull"industrializzazione e lo scontro politico durante la NEP*, Feltrinelli, Milán, 1975, pp. 69-90.

[102] «La resistencia pasiva de los campesinos (la «extraordinaria capacidad de inercia de las masas rurales», dice Marc Bloch en otro contexto) exacerbó la relación con el grupo dirigente, el cual respondió con mayores controles, represión y terror» [M. Lewin, *op. cit*., p. 49].

[103] E. H. Carr, *op. cit.*, p. 178.

[104] *Ibid.*

más avanzado, más consciente, de los obreros urbanos e industriales, para que *eduque*, *enseñe* y *discipline* al resto del proletariado, a menudo no consciente, y a toda la masa trabajadora y al campesinado».[105] Llamó también a que se impusiera «sin sentimentalismo» la disciplina al campesinado, pues «el capitalismo nos ha dejado en herencia a un trabajador reducido a un estado de completo embotamiento y oscurantismo, que no comprende que se puede trabajar no solo bajo el garrote del capital».[106] Las requisas dejaron de ser medidas temporales y se transformaron en inherentes a la dictadura del proletariado; el campesinado debía aprender a trabajar bajo la férrea dictadura del proletariado y este, a su vez, debía aplicarla sin «sentimentalismo».

Este es el prisma, real y concreto, a través del cual se puede y se debe leer la teoría leninista prerrevolucionaria sobre el campesinado. Es aquí donde nuestro análisis, que pudo parecer hipercrítico, encuentra su correlato, porque este «sin sentimentalismo» no es una frase en un texto más o menos teórico, sino una orden que se descargará sobre los campesinos implacablemente.

Lo extraordinario es ver cómo se equivocaba Lenin al apreciar la situación:[107] en noviembre de 1920 afirmaba: «Los campesinos nos miran con simpatía»; pero acota Bettelheim: «En realidad,

[105] C. Bettelheim, *op. cit*., p. 323.

[106] Respecto al «oscurantismo» y al «embotamiento», a la falta de «civilización», creemos que expresa la ignorancia y la desconfianza de la «vanguardia» frente al mundo campesino, frente a «esa cultura ampliamente difundida, pero por lo general no escrita, y a una religión popular como fundamental común denominador espiritual» [M. Lewin, *op. cit*., p. 46]. Como señala Pierre Pascal: «Es necesario no olvidar que la revolución de 1917 fue para los soldados y los campesinos que la hicieron un movimiento de cristiana indignación contra el Estado» [*La religion du peuple russe*, L'Âge d'Homme, Lausana, 1973]. Según Lewin: «El mundo moral de los campesinos, como se expresaba en su religión, era influenciado por la vida en común, que producía valores sociales que exaltaban la piedad y la humildad, rechazaban los dogmas impuestos, en particular, tendían a rechazar cualquier jerarquía clerical o secular y, en consecuencia, toda burocracia». Lo que caracteriza el *logocentrismo* es el rechazo de todo lo distinto a la racionalidad capitalista y, en este sentido, en Lenin actuaban constricciones que le impedían comprender en su esencia la *cultura* campesina.

[107] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 324.

en ese momento el descontento ha comenzado a manifestarse abiertamente desde hace dos meses». Simultáneamente, el Comisariado del Pueblo para el Abastecimiento debió suspender las requisas debido a los «desórdenes», que fueron en aumento hasta que en 1921 obligaron a suspender las requisas. Sin embargo, Lenin (por ejemplo en el VIII Congreso de los Soviets) seguía insistiendo en la necesidad de la «coerción del Estado» sobre los campesinos (que los «miran con simpatía») y en la necesidad de que el aparato coercitivo se renueve y se refuerce.

Por su parte, Robert Linhart señala la necesidad de distinguir dos momentos fundamentales: en el primero, antes de la revolución y principalmente del «hambre», Lenin y los bolcheviques son los únicos en ponerse «de parte de los campesinos», pues los social-revolucionarios sostenían que todo debía hacerse legalmente, que era necesario esperar la asamblea constituyente, etcétera; en el segundo momento, cuando los campesinos retienen el grano, Lenin recurre a la coerción, pero siempre ilusionado con el apoyo que le brindarían a los «destacamentos» obreros los campesinos pobres, sin comprender en realidad el papel de estos últimos. En este segundo momento se produce una inversión: «El poder obrero actúa como una fuerza de justicia, pero venida desde el *exterior* a brindarles una salida a los campesinos pobres»;[108] y agrega: «Se está lejos de la situación del otoño de 1917, cuando los bolcheviques se alegraban de ver a los campesinos arreglar ellos mismos la cuestión de la tierra y los impulsaban a seguir este camino». El error estaba en la apreciación del papel de los llamados campesinos «pobres», pues no eran estos «*la fuerza productiva principal* en el campo», y este fue «el problema central».[109] Si bien los «pobres» fueron útiles para decomisar el grano almacenado, se convirtieron en un elemento negativo cuando se pasó a la producción, cuando los campesinos se negaron a sembrar. ¿Por qué no pensar, entonces, que cuando Lenin llamaba y apoyaba, en contra de las medidas más matiza-

[108] R. Linhart, *Lénine, les paysans, Taylor*, *op. cit.*, p. 43.
[109] *Ibid.*, p. 46.

das de los social-revolucionarios, la toma de tierras, en realidad ignoraba precisamente «el problema central» que luego lo llevaría a la NEP? ¿No actúa aquí lo que Linhart llama la ignorancia de las profundidades revolucionarias del campesinado ruso, y el «odio» de la intelectualidad —ejemplificado en Gorki— hacia la «incultura» campesina, hacia el sucio *mujik* que cagaba en las porcelanas y los pisos de mármol de los palacios?

La insuficiencia teórica de la tesis de Linhart surge cuando se compara la posición de Lenin antes de la toma del poder y cuando se debe enfrentar a la realidad desde el poder. La contradicción entre ambas posiciones no debe verse, según nuestro punto de vista, como la existencia de una teoría correcta que debió ser abandonada a causa de las circunstancias extremadamente adversas que planteó en concreto el proceso revolucionario; debe verse, más bien, como un desconocimiento de la realidad, como el peso de una larga tradición *cultural* que les impedía comprender en toda su complejidad el problema campesino. Por el contrario, Lenin confía en solucionar el problema con el desarrollo de las fuerzas productivas, quedando así, en relación a este problema, «marcado por la ortodoxia de la socialdemocracia de la época».[110] En el mismo sentido, que es casi paradigmático, se expresa Pierre Vilar cuando al comentar el decreto sobre la tierra elaborado por Lenin dice «que ligaba decisivamente la suerte del campesino pobre a la de la revolución», sin comprender el papel real del campesino pobre, comprensión que posteriormente llevará a Lenin a dar un giro completo en su política agraria. Justamente, Linhart afirma:

> «El problema se centra principalmente en el campesino medio, pequeño cultivador que emplea a veces uno o dos asalariados, la mayoría de las veces no emplea ninguno, se le llama en otros países un campesino pobre. En Rusia, donde se lo debe distinguir de los sin-tierra y de los miserables de los pueblos, se los llama "medios". Y muy pronto se convierten en el interlocutor principal. Si se une

[110] *Ibid.*, p. 68.

> con los "ricos" —los kulaks—, es todo el campesino el que se levanta como un muro frente al poder soviético. Los "pobres" de quienes se espera todo al principio, en la práctica se los trata como a una especie de "lumpencampesinado": los kulaks los corrompen por migajas con un poco de vodka».[111]

Vilar ignora el problema «central», pero, no obstante, se permite despreciar a quienes estudian el pensamiento de Chayánov, por cuanto, según él, no responde a una falencia teórica, sino a una actitud «ideológica», «instintiva», «existencial», «clasista», sin comprender que fue precisamente Chayánov y su grupo quienes más buscaron «racionalmente» una solución al problema. No es casual que Vilar acepte como un dogma que «al intensificarse el proceso de desarrollo capitalista la *economía campesina* muere irremediablemente», lo cual no quiere decir nada (pues efectivamente si se impone el capitalismo es sobre la base de destruir la economía campesina) o da por hecho algo que aún está en discusión histórica; de allí a reivindicar a Stalin hay un solo paso. «Por eso mismo es que se entiende perfectamente que Stalin, sólidamente apoyado en los textos de Lenin, haya podido asimilar la escuela de Chayánov al *desviacionismo de derecha*. Es evidente que se aplican a ella las frases que dirigió en 1929 contra Bujarin», precisamente, contra quien, entre los bolcheviques, mejor comprendió el problema campesino.[112]

Con la NEP, la política campesina de los bolcheviques dio un giro de ciento ochenta grados. Durante tres años se había tratado de suprimir al kulak y ahora resultaba que el «objetivo de la NEP era rehabilitar y alentar al kulak a expensas de los campesinos más pobres».[113] El mismo Lenin tuvo que reconocerlo: «La

[111] P. Vilar, «La economía campesina», en *Historia y Sociedad*, México, Nº 15, pp. 45-46.

[112] P. Vilar, «La economía campesina», en *Historia y Sociedad*, México, Nº 15. Sobre Bujarin y el problema agrario, ver M. Lewin, *Economia e politica nella società sovietica: il dibattito economico nell"URSS da Bucharin alle riforme delgi anni sessanta*, Editori Riuniti, Roma, 1977.

[113] E. H. Carr, *op. cit.*, p. 304.

sustitución de la requisa por el impuesto significa que el elemento kulak se desarrollará»; a esto Lenin lo llamará «agricultura burguesa de emergencia». Como señala Bettelheim, Lenin reconoció, en el X Congreso del Partido (8-15 de marzo de 1921), los errores cometidos y su causa: «el anterior desconocimiento del estado de espíritu de las masas campesinas», Bettelheim considera que este viraje brusco de Lenin es fruto de un «estilo de dirección» revolucionario-proletario y no del tremendo error de concepción que guía a los bolcheviques en el problema campesino. Es como si alguien saludara el espíritu de un médico que frente a la extinción del paciente reconoce que su tratamiento estaba equivocado, en lugar de criticar la ignorancia del médico.

La frase con la cual Bettelheim resume el problema es digna de recordarse; para él Lenin trata la situación «*como un experimento científico*, como un *proceso objetivo del que procede hacer balance*». Así de simple: los bolcheviques desconocían «el estado de espíritu de las masas campesinas» y se dedicaran a hacer «experimentos». Todo esto fue demasiado trágico como para aceptar la tesis de que se habría tratado de un *experimento* donde se ponía en juego nada más y nada menos que la vida de millones de seres humanos.

Lo que nos llama la atención es que «esta débil implantación del partido bolchevique en el campo, —herencia de su pasado—, [que no le permite] captar de la noche a la mañana las aspiraciones profundas de las masas campesinas», sea interpretada tan superficialmente y no se trate de explicar a partir de la estructura del partido, de su composición de clase y de la polémica con los populistas a fines del siglo XIX. Es evidente que el partido bolchevique no estaba preparado para dirigir una revolución campesina y que en el maremágnum de la revolución y de la guerra, acuciados por los problemas económicos, sociales y políticos de todo tipo, debieron recurrir, como única salida, a medidas administrativas, que los aislaban cada vez más tanto de sus potenciales aliados políticos como de las grandes masas campesinas. Los «mentores», la vanguardia «consciente», los «jefes» y los «educadores», no pudieron realizar «su cruzada», pues, en el

fondo, se trataba de *otra cosa*: de ser auténticos dirigentes campesinos y no «dirigentes» que *desde fuera*, desde la conciencia y la teoría, trataban de dominar al campesinado chocando siempre contra la dura roca de la propiedad de la tierra. Esta roca es una roca *cultural*: la lucha por la tierra de los campesinos medios y pobres era un acto de sentido común, era una resistencia a la pérdida de la individualidad en la gran maquinaria burocrática del colectivismo impuesto desde arriba, «a la prusiana»; pero los bolcheviques creían en este «a la prusiana», en esta idea de que la «verdad» es la colectivización porque está dicha en los libros y de los libros ha pasado a la cabeza iluminada de los dirigentes revolucionarios, burgueses o pequeño-burgueses, formados en el exilio, ajenos a la vida *real*, a las luchas *reales* del campesinado, interpretándolos a partir de los textos de economía y no en la historia, no como a inmensas fuerzas sociales que en el transcurso de miles de años han llegado a tener concepciones, creencias e ideales propios a los que no han de abandonar de un día para el otro. Aquí la llamada «ciencia» tuvo su prueba de fuego y, según mi juicio, quienes tenían razón, en el fondo, eran los campesinos. Es una ilusión intelectual pensar que con medidas administrativas, mediante «experimentos», con papeles, se pueden cambiar las mentalidades de los pueblos, sus hábitos, sus esperanzas y sus ideales históricos. Se les dio la tierra para que *entraran* en el proceso revolucionario como carne de cañón, luego se les arrebataron esas mismas tierras para «colectivizarlas» y en las tierras así colectivizadas se puso a los antiguos opresores como «técnicos» y «administradores». Finalmente, la acción se desplazó desde los pobres hacia los campesinos medios y, como última parte del drama, se lanzó el Ejército Rojo contra los campesinos que se vieron enfrentados a la férrea alternativa de dejarse colectivizar o morir. Fue así como los campos de Rusia quedaron sembrados con millones de cadáveres de campesinos. Millones de hombres, mujeres, niños y ancianos que murieron de hambre o de frío en las *largas marchas punitivas* hacia Siberia.[114]

[114] El pretexto para la colectivización forzada fue la necesidad de aumentar la

¿Para qué? Como dice Pier Paolo Poggio:

> «La destrucción del sueño milenarista comunitario no produjo, sin embargo, una interiorización de los valores de base de la sociedad industrial, sino una lenta disgregación de las viejas relaciones y de las formas de vida tradicional; esto impuso la militarización de toda la vida de la sociedad. El resultado fue una esclavitud generalizada que se diferencia de la de los viejos despotismos orientales porque es inmediatamente funcional a la acumulación forzada del capital».[115]

5

Afirma Moshe Lewin que

> «[…] hacia 1928 el campesino formaba el 80% de la población soviética. Once o doce años después de la revolución, Rusia seguía siendo un país agrícola donde predominaban los campesinos, los mujiks […]. La deskulakización no fue algo propio de las masas. Las masas no fueron consultadas, ni en el momento de la decisión ni cuando se

producción, pero el fracaso respecto al fin buscado, a pesar del enorme costo social que requirió su realización, fue rotundo. Basándose en los trabajos de Moskov y de Barsov, así como en los de J. M. Cooper, R. W. Davies y S. G. Wheatcroft, Mark Harrison afirma que «en el período del primer plan quinquenal (1928-1929/1932) el plusproducto agrícola no fue superior al de 1928, y parece que no aumentó posteriormente. Hoy todos aceptan el hecho demostrado por Barsov de que la colectivización no produjo la extracción de un mayor excedente de la agricultura y que la agricultura no financió el aumento de la acumulación industrial en el curso de los años treinta»; su conclusión: los costos del desarrollo industrial fueron pagados por la clase obrera. Ver Mark Harrison, «L'economia sovietica negli anni '20 e '30», en *Studi Storici*, 1977, Nº 3. Ver Fabio Bettanin, *La collettivizzazione delle campagne nell"URSS: Stalin e la rivoluzione dall"alto (1929-1933)*, Editori Riuniti, Roma, 1978. Lo que el grupo dirigente no comprendió es que «era imposible dirigir la colectivización con los mismos métodos con los que se dirigía la industria»; es esta «incomprensión», y no la referencia «a una pura y simple voluntad represiva» la que explica el fracaso de la línea general de la «revolución desde arriba» [p. 260]. Respecto a la «legalidad revolucionaria», la cual trataba de volver «legal» las relaciones «ilegales» entre poder soviético y koljoses, ver pp. 204 y ss.

[115] P. P. Poggio, *op. cit.*, pp. 114-115.

> tomaron las medidas prácticas para ejecutarlas ni en el transcurso de la ejecución […]. La deskulakización —término que significaba tanto la expropiación como, más tarde o más temprano, la deportación— fue un enorme drama colectivo, constituido por hechos cada uno más trágico que los otros».[116] «Durante el período de la liquidación final de los kulaks "en tanto que clase" el *campesinado íntegro* se sentía atacado y recibía efectivamente los golpes del movimiento antikulaks» (nosotros subrayamos). «Debieron morir alrededor de 10.000.000 de personas».

No podemos entrar aquí en la descripción de los métodos de la deskulakización ni en los horrores del genocidio. Lo que no sabían los «mentores», los «teóricos» y los «jefes» del proletariado, es que estas grandes catástrofes colectivas sobreviven de manera implacable tanto en la conciencia como en la inconsciencia de los pueblos, como verdaderos mitos fúnebres y que, a la larga, se toman venganza sobre los vivos.

Deutscher: «25.000.000 de pequeñas propiedades agrícolas serían eliminadas por la fuerza»[117] y los campesinos obligados a entrar en los koljoses. «El koljós, una forma considerada más alta de producción y de organización social, aportó al campesino

[116] *Ibid.* «Finalmente la distinción de clase se confundió de manera inextricable. Algunos estudiosos han llegado a la conclusión de que la estrategia agrícola bolchevique era errada en cuanto se fundaba en un análisis incorrecto de la estructura de clase de la campaña. Los bolcheviques no tuvieron éxito en aislar al kulak, se dice, en cuanto los kulaks no poseían el carácter objetivo de una clase social, [de allí que] la campaña para liquidar al kulak como clase se transformó en una campaña de liquidación física, y la colectivización se transformó en un proceso arbitrario y terrorista impuesto a la clase campesina en su totalidad» [*ibid*., p. 29]. Según Pierre Broué: «Al menos diez millones de personas son así apartadas de sus lugares en calidad de "kulaks" y enviadas a Siberia, donde habrán de constituir los primeros destacamentos de trabajos forzados […]. Los informes de la GPU de Smolensk citan una serie de casos precisos en que los kulaks, los campesinos medios considerados como kulaks e incluso los campesinos pobres y los miembros de sus familias, han sido despojados de sus zapatos, de sus prendas de vestir e incluso de su ropa interior; la "deskulakización" se materializa en expropiaciones y rapiñas en gran escala» [*op. cit*., p. 419].

[117] I. Deutscher, *op. cit.*, p. 95.

ante todo lo que más temía: una total burocratización o, más exactamente, una estatalización sentida dolorosamente por los campesinos como un paso atrás».[118]

Pero las consecuencias no se dejaron esperar y se produjo lo que Deutscher llama «orgía de despilfarro»:

> «Durante los primeros meses de colectivización sacrificaron más de 15.000.000 de vacas y bueyes, alrededor de 40.000.000 de cabras y ovejas, 7.000.000 de puercos y 4.000.000 de caballos. La riqueza ganadera de la nación se redujo a menos de la mitad de lo que había sido. Este gran derroche de carne fue el plato principal de la fiesta con la que el pequeño terrateniente celebró su propio funeral […]; los colectivizadores en un principio se sintieron desconcertados frente a esta forma de la "guerra de clases" y contemplaron con asombro impotente cómo los campesinos medianos y aun los pobres participaban en la matanza, hasta dejar a toda la Rusia rural convertida en un matadero».[119]

> «Lo que rompió finalmente la resistencia campesina, poniendo así fin a la guerra desigual, fue la hambruna de 1932-1933, deliberadamente creada por el Estado y una de los peores en la historia rusa. Tras recoger la débil cosecha de 1932, el Estado retuvo el grano del campo. Informes de primera mano hablan de aldeas abandonadas, casas quemadas, carros transportando deportados hacia el norte, hordas errantes de campesinos mendicantes, hambrientos, incidentes de canibalismo y cuerpos abandonados de hombres, mujeres y niños».[120]

No se trata del desarrollo de una Idea, es cierto, que comenzando en la discusión entre los socialdemócratas y los populistas, y por su propio desarrollo lógico, vendría a culminar en la colectivización de los años treinta, pero tampoco se trata de algo azaroso. Lo que culmina en la terrible masacre de los campesinos es una historia donde la relevancia de las ideas como expre-

[118] M. Lewin, *op. cit*., p. 48.
[119] I. Deutscher, *op. cit.*, pp. 118-119.
[120] S. F. Cohen, *op. cit*., p. 488.

sión de fuerzas sociales es innegable.[121] Y tal vez la consecuencia última de este desvarío fue su inoperancia.[122]

Para completar el cuadro recurramos a Filipp Mironov, «una figura legendaria de la guerra civil en el sur de Rusia», un cosaco pobre que por su inteligencia y valor fue promovido a comandante del cuerpo de ejército del Don. En 1919 le dirigió a Lenin una larga carta, de la cual extraeremos algunas partes. En 1920 se le hizo una acusación falsa y mientras esperaba que lo juzgasen fue asesinado por sus guardiacárceles en la prisión Baturka de Moscú. En 1960 fue rehabilitado por la Corte Suprema de la URSS.

> «Ciudadano Vladímir Ilich, en el Nº 158 del *Pravda* del 20 de julio se anuncia un debate abierto a los obreros y campesinos, invitados a expresar su punto de vista respecto a diez temas. Dos de estos temas me parecen entre los más importantes:
> 1) ¿Por qué algunos campesinos están en contra del poder soviético y cuál es la raíz de su error?
> 2) ¿Quiénes son los contrarrevolucionarios?
> El 25 de julio, durante una elección, alguien me hizo llegar una nota que decía: "¿Qué es la revolución y cómo deben vivir los hombres?".
> El 24 de junio, desde la estación de Anna, le envié un telegrama cifrado donde entre otras cosas decía: "He deseado y deseo que una nueva vida social sea edificada, no por un comité restringido, según un programa estrechamente partidario, sino franca y públicamente, con la participación activa del pueblo", y no me refería, por cierto, a la burguesía y a los kulaks.
> Y más adelante dije: "En el país del Don el comportamiento de ciertos comités regionales del partido, de ciertas secciones especiales, de ciertos tribunales y comisarios, han provocado rebeliones masivas, y estas rebeliones amenazan con crear un maremoto en todas las repúblicas de los soviets".
> He girado al Consejo militar revolucionario del frente meridional algunas informaciones que me fueron devueltas. Entre otras las siguientes: "Campesino del sector 34, distrito Lenin. Familia de 21

[121] Tal vez el «plan vasto, de largo alcance» de Bujarin, fuese la única alternativa a este proceso, pero fue ahogado por el estalinismo.

[122] M. Harrison, *op. cit*., pp. 26 y ss.

personas vivían en una comuna. Cuatro yuntas de bueyes. Habiéndose negado a entrar en la comuna agrícola local, el comisariado les ha confiscado los bueyes. El campesino protestó y fue muerto por el comisario".

Lo repito, el pueblo está dispuesto a volver bajo el yugo de los grandes propietarios antes que seguir sufriendo tantos y tan crueles padecimientos.

Dígame, Vladímir Ilich, ¿cómo pueden creer en el comunismo la mujer, los hijos, los vecinos de un campesino asesinado? ¿Cómo creerá, quien ha probado en la propia piel la tiranía de los comunistas, en las palabras del presidente del Comité ejecutivo central panruso del soviet, compañero Kalinin, cuando dice que: "El régimen socialista no solo no tocará la hacienda agrícola individual. ¡Nadie puede tocar una propiedad campesina!".

¡Ay! compañero Kalinin, no solo la propiedad campesina es "tocada", sino que se mata a quien se opone.

Según mi parecer, la edificación del régimen comunista presupone un proceso largo y paciente, es cuestión de dedicación y no de constricción.

1) El comisario Gorochov ha requisado a un cosaco un *pud* de avena y de cebada, y cuando fue a hacerse pagar lo mató, "por el bien de la revolución social".

2) A un cosaco pobre se le requisó el caballo; el caballo pateaba a causa de una hinchazón en las patas. El cosaco es fusilado, naturalmente en nombre del socialismo.

[...]

6) El comité revolucionario de Morozovskaja ha asesinado a setenta y siete personas de una manera tan bárbara y cruel...

7) Al paso del VIII ejército, los tribunales han hecho fusilar más de ocho mil personas "por el bien de la revolución social".

En cuanto a la manteca, la uva y a otros alimentos, prefiero no hablar: la población debe cederlos sin discutir, pensando en una muerte segura en caso de resistencia.

Es imposible, me falta tiempo y carta, Vladímir Ilich, para hablarle de los horrores de la "construcción del comunismo" en la región del Don. Y la situación no es mejor en otras provincias rurales.

"La comuna es el infierno", es lo que se piensa por donde pasan los comunistas. Por esto existen tantas bandas, tantos desertores. ¿Pero son de veras desertores? Los ciudadanos juzgan el poder de los so-

> viets por los hombres que lo ejercen. ¿Cómo sorprenderse si están en contra de este poder? ¿Cómo sorprenderse por la revuelta del Don? Más bien hay que sorprenderse de la paciencia del pueblo ruso.
> Me preguntará con qué derecho me permito escribirle estas cosas, Vladímir Ilich. El hecho es que no puedo admitir, no puedo aceptar que usted considere a la ligera todos estos horrores y que se produzcan con su beneplácito. No me puedo callar. No tengo fuerzas como para soportar el sufrimiento del pueblo en nombre de no sé qué entidad abstracta y lejana».
> «No pertenezco a ningún partido […]. En nombre de la revolución y de los infelices cosacos exijo que se ponga fin para siempre a esta política de exterminio; […] esta política que condena a muerte a la totalidad de una categoría de personas, a millones de cosacos. […] ¿Los hombres de hoy no son también un fin? ¿No quieren también vivir? […]. Ha llegado el momento de poner término a este experimento».[123]

Entre esta carta desesperada de un revolucionario de 1919 y la matanza fruto de la «colectivización» hay una férrea y compleja unión; hay discusiones y rupturas, marchas y contramarchas, pero el resultado final constituye uno de los mayores dramas de la historia contemporánea.

6

Para Lenin, solo «mediante la educación del partido obrero consigue el marxismo formar la vanguardia del proletariado que sea capaz de hacerse con el poder y de *conducir a todo el pueblo* hacia el socialismo, de dirigirlo al nuevo orden de cosas, de organizarlo, de ser maestros, directores, conductores de todos los trabajadores y explotados». Sin embargo, como señala Dutschke, «la tragedia de los bolcheviques fue que el educador no quería comprender que también él tenía que ser educado, y esto, por cierto, por obra de aquellos mismos "incivilizados". Solamente

[123] En Roy Medvedev, *op. cit.*, pp. 103 y ss.

así hubieran podido ser determinadas, de una forma concreta, una igualdad, una productividad y una "cultura" históricamente adecuadas, para no precipitarse, a través de modelos occidentales, al fracaso de la revolución».[124] Fue así como estos «maestros» y «educadores» pronto habrían de caer, aun en vida de Lenin, y según sus propias palabras, en el fango. Cuando en diciembre de 1922 Lenin se enteró de la coerción física ejercida por Ordzhonikidze contra otros miembros del partido «para modificar sus opiniones», afirmó que el partido era presa de una grave «degeneración» y de que había caído en un «fangal».[125] ¿Qué había pasado en el interregno? ¿A qué se debe esta «degeneración»? No se trataba, como creyó Lenin, ni de un «estilo de dirección», ni de puras arbitrariedades de Stalin, Dzerzhinski y Ordzhonikidze, sino de un profundo mar de fondo subyacente en las declaraciones democráticas y revolucionarias.

Se trataba de la articulación de varios discursos. El discurso teórico no es paralelo al discurso de los hechos, sino que ambos se entrelazan y se soportan, y por sobre ellos se extiende el discurso justificatorio, el gran manto de palabras que tejen la malla ideológica de la explicación *a posteriori*, ya sea recurriendo a las «condiciones objetivas» o a la necesidad temporaria. Todo esto podría esquematizarse mediante un razonamiento silogístico en cuya base se encontraría el lado tecnocrático o científico del pensamiento de Lenin y en cuyo término estaría el espanto frente a la criatura engendrada por la realidad.

Podemos tomar como ejemplo la hipertrofia de la Cheka: comenzó siendo un «comité extraordinario», pero ya en el otoño de 1918 una resolución oficial la autorizó «a practicar detenciones y *ejecuciones* sin pasar por los tribunales revolucionarios».[126] Posteriormente, uno de sus dirigentes afirmó que «la Cheka es completamente independiente en su actividad, llevando a cabo registros, detenciones y ejecuciones, no dando cuenta más que *a*

[124] R. Dutschke, *op. cit.*, p. 217.
[125] V. I. Lenin, *Obras, vol. XXXVI*, p. 611.
[126] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 258.

posteriori». Bettelheim agrega que desde 1919 reprimía «no solo actos contrarrevolucionarios, sino manifestaciones de simple descontento» (esto particularmente contra los campesinos medios «que protestan contra las requisas excesivas»). En 1919 fue dotada «de sus propias fuerzas armadas» y se crearon «campos de trabajo correctivo» y «campos especiales» para «los niños y los menores». La Cheka no solo cumplía funciones de mantenimiento del orden y de represión a los contrarrevolucionarios, sino que también ejercía funciones represivas contra los partidos de oposición y luego, como consecuencia de la implacable lógica de los hechos, contra la propia organización bolchevique. Cuando la Cheka es reemplazada por la GPU, esta adquiere poderes superiores a su antecesora: «Cada vez más, una de las actividades de la GPU consistirá en intervenir dentro del partido bolchevique para buscar y perseguir a los "miembros disidentes" del partido».[127] Es cierto que Lenin denunció esta situación en 1922, pero su denuncia solo fue un eco formal frente a un aparato cada vez más articulado con poderosos órganos del estado, como eran la Comisión de control y la Inspección obrera y campesina.

La NKVD llevará a la perfección este sistema represivo «asolando la sociedad soviética». Los datos, a partir de 1936, son los siguientes: «Fueron detenidas al menos 7.000.000-8.000.000 de personas, de las que unas 3.000.000 murieron fusiladas o a causa de los malos tratos. La población de las prisiones y de los campos de concentración en lugares remotos aumentó a 9.000.000 de detenidos. Fueron diezmadas todas las elites políticas, económicas, militares, intelectuales y culturales. Y el que más sufrió fue el partido»,[128] pero sobre esto volveremos más adelante; baste señalar aquí que se trata de la hipertrofia de un cuerpo existente, de un cuerpo autónomo y poderoso, de un cuerpo estatal. Un dirigente de la Cheka, Latzis, afirmó que la Cheka «no juzga, sino que golpea. Ya no luchamos contra unos cuantos enemigos aislados, exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis

[127] *Ibid*., p. 262.
[128] S. F. Cohen, *op. cit*., p. 490.

en el expediente de los acusados pruebas de si se oponen o no al gobierno soviético con palabras o con actos. Lo que nos interesa es saber a qué clase social pertenecen, su extracción, su instrucción y su profesión. Estos son los datos que deciden su suerte».[129]

7

El mencionado acto agresivo de Ordzhonikidze enfureció a Lenin, quien pidió para este un «castigo ejemplar», concluyendo que «Stalin y Dzerzhinski deben ser hechos políticamente responsables de esta campaña nacionalista de auténtica característica gran rusa». Pero a pesar del enojo leninista debemos preguntarnos si esa soberbia y esa agresividad, si esa «grosería» de los dirigentes bolcheviques, ¿no tendrían nada que ver con el partido «educador», dueño de la verdad teórica, forjado por Lenin?

Lo que aquí está en juego es «el derecho plebeyo de controlar».[130] Para Lenin, «el proletariado necesita el poder estatal, una organización centralizada del poder, una organización de sus facultades coercitivas, tanto para reprimir los intentos de resistencia de los explotadores como también para *conducir* a la inmensa masa de la población, el campesinado, la pequeña burguesía y los proletarios manuales, con el fin de poner en "marcha" la economía socialista». El partido, como señalamos, tiene funciones esencialmente pedagógicas de maestro, director, conductor, organizador, dirigente, etcétera, todas estas son palabras que aparecen constantemente en los escritos de Lenin, que marcan el despliegue de su discurso político y muestran con claridad cómo el discurso autoritario sostiene el discurso de la liberación.

Y no se trata solamente del partido, sino también del Estado. Lenin, después de escribir *El Estado y la revolución*, obra donde tal vez avanza más hacia una concepción político-plebeya, tiende en los hechos a establecer una simbiosis entre el partido y el

[129] P. Broué, *op. cit.*, p. 167.
[130] R. Dutschke, *op. cit*., p. 204.

Estado, en la cual, al menos teóricamente, la hegemonía sigue perteneciendo al partido. Sin embargo, *ese Estado zarista embadurnado de bolchevismo*, la cada vez más grande burocracia estatal, esa especie de pantano donde florecerán todas las lacras de la vieja sociedad, pero aumentadas por el oportunismo y el espíritu gran ruso ya señalado, será quien a la larga vaciará al partido, no solo de espíritu revolucionario, sino de revolucionarios. Pero la responsabilidad que tuvo Lenin en este proceso nos parece incuestionable. Un lugar de privilegio para comprobar la torsión que se produce en su planteamiento «plebeyo» lo constituye la controversia que mantiene con la oposición obrera, la «lucha ideológica más significativa» como dice Bettelheim.[131] En esta discusión, la oposición obrera haría suyos los postulados revolucionarios de masas enunciados anteriormente por el propio Lenin, y en esto «expresaba las aspiraciones de una parte de la clase obrera soviética y algunas de las exigencias de la progresión de la revolución por vía socialista», como sostiene, sin profundizar en el tema, Bettelheim. Según este autor, la mayoría del comité central, proleninista y contrario a la oposición obrera, estimó que «el partido no puede asumir realmente su papel dirigente más que si un número considerable de responsables, incluidos los sindicales, es *nombrado* por el partido», en tanto que la oposición luchaba porque los responsables fueran *electos*, como único medio para estar de acuerdo con los principios socialistas y para ganarse la confianza de las masas. La tremenda paradoja es que la oposición le arrostró a Lenin sus propios textos, entre otros este: «La Completa elegibilidad y movilidad en cualquier momento de todos los funcionarios, la reducción de su sueldo hasta los límites del "salario corriente de un obrero"».

¿Cuál fue la respuesta que dio Lenin? En el IX Congreso del partido rechazó sus anteriores declaraciones porque las consideraba «inconciliables con las enseñanzas de dos años de poder».[132] A partir de este punto de rechazo de su propia concepción de

[131] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 368.
[132] *Ibid.*

masas, realizado teniendo en cuenta la experiencia de dos años de gobierno, Lenin lanza su ataque «contra los que hacen proposiciones en favor de la dirección colectiva y de la elección de los cuadros responsables», declarando en pleno congreso, y sus palabras tienen el tono de una condena: «Todos esos gritos sobre los nombramientos, y todo ese *anticuado y nocivo fárrago*, debe ser barrido» (nosotros subrayamos). Hay que tener en cuenta que el ahora llamado «anticuado y nocivo fárrago» eran las propias tesis de Lenin, que no podían dejar de molestarlo, pues todo marchaba en otro sentido y el eco de sus palabras plebeyas era más o menos como mentar la cuerda en la casa del ahorcado. Su furia y sus amenazas son el síntoma de una imposibilidad: los hechos le hacían necesario ajustar la conducta a la teoría, sacrificando a una o a otra, ya fuera que la violencia del acto trascendiera la teoría o que esta marcara en el acto y contra el acto su propio sentido. Le fue imposible armonizar la contrariedad del discurso teórico y del discurso real.

Lo que aquí nos debemos preguntar es si realmente fueron las circunstancias, el empirismo descarnado y absolutizado de las circunstancias, las únicas responsables de la posición de Lenin o si esta posición no se articulaba más bien con lo que llamamos la idea esencial de la política leninista. De ser esto así, entonces *El Estado y la revolución* exigiría una relectura a partir precisamente del conjunto de coordenadas posteriores que estamos señalando; y esta relectura serviría para descubrir puntos clave de su pensamiento no acorde con el plebeyismo global del texto, como lo son sus referencias a la estructura económica capitalista lista para ser usada por la revolución, sin tener en cuenta lo que implica esta estructura. *El Estado y la revolución*, despojado de su retórica movimentista, la que fue rápidamente considerada un «fárrago», se ubicaría dentro de un pensamiento no unívoco, pero donde lo dominante es la concepción pedagógica, autoritaria, que venimos señalando. No es casual que en este mismo período Lenin remate su postura atacando a los mencheviques

y social-revolucionarios, acusándolos de «disfrazarse» de gente «sin partido».[133]

Lenin parece *ver* mejor, calibrar mejor el peso real de las tremendas circunstancias que vive la revolución. Sin embargo, aquí también es posible preguntarse si no era la oposición quien en realidad *veía* mejor. ¿Qué significan o cómo pueden interpretarse las palabras que Lenin pronunció en 1922 respecto a la relación entre el partido y el Estado soviético? El Estado —dice— no marcha hacia donde queremos dirigirlo, «sino hacia donde lo guía otra persona misteriosa». Luego se pregunta si es el partido el que dirige al Estado o a la inversa, y se contesta de la siguiente manera: «A decir verdad, no son ellos [los comunistas] los que conducen, sino los conducidos», y no vacila en lanzar esta premonitoria advertencia: «Uno de los peligros que corre el poder soviético es el de encaminarse "hacia el poder burgués ordinario"».[134] Bettelheim recuerda, en este contexto, un hecho que indudablemente habría de tener consecuencias, pero que al margen de las mismas es significativo por sí mismo: Ustryalov, un antiguo dirigente kadete y por ese entonces en el exilio, emite directivas a sus partidarios recomendándoles entrar en los aparatos estatales del poder soviético, por cuanto con la NEP —sostenía— la evolución hacia el capitalismo sería inevitable: «Los bolcheviques llegarán a un estado burgués ordinario y nosotros debemos sostenerlos». El olfato de los viejos contrarrevolucionarios no los engañaba cuando dirigían su propaganda a impulsar la entrada masiva de la *intelligentsia* burguesa en los órganos del poder soviético.

---

[133] C. Bettelheim, *op. cit*., p. 373.

[134] *Ibid.*, p. 268. Como señala Rudolf Bahro: «La lucha [de Lenin] contra el burocratismo y otros fenómenos similares y secundarios, culminó de hecho en el esfuerzo por dar vida a una institución que también formaba parte del Aparato: la Inspección obrera y campesina. Pero *no se puede*, en general, curar un aparato con otro aparato» [*op. cit*., pp. 120-121]. El papel que desempeñan los «especialistas» en este proceso es esencial, pues «la categoría de los especialistas tiende a supeditar así la función de dirección o, por lo menos, a ejercer sobre ella su propio control» [*ibid.,* p. 181].

Uno de los dirigentes comunistas que con más claridad comprendió lo decisivo de la situación planteada tanto por Lenin como por los dirigentes contrarrevolucionarios fue Bujarin. El texto donde advirtió sobre el peligro del vaciamiento de las instituciones revolucionarias fue clarividente: quedarían las formas —afirmó— y se habría transformado el contenido para corresponder «a los deseos, las esperanzas y los intereses de esta nueva capa burguesa en aumento constante y en constante fortalecimiento, y que por la vía de cambios lentos y orgánicos llegaría a transformar todos los rasgos del Estado soviético. La antigua burguesía podrida sería entonces reemplazada, gracias a la Revolución Rusa, por una nueva burguesía, que no retrocede ante nada y que se abre camino bajo el signo del nacionalismo, pero cubriéndose con la fraseología y las banderas del internacionalismo para avanzar hacia una Rusia capitalista y burguesa nueva, grande y poderosa». Y es como respuesta a la gravedad de esta situación, en la que Bujarin advierte la posibilidad de una reconversión del proceso revolucionario, que lanza la idea de la necesidad de una «revolución cultural».

¿Quiénes son los representantes —se pregunta— de esa burguesía que no retrocede y se disimula detrás de las banderas internacionales? Su respuesta, sin saberlo él mismo, señalaba el camino por donde ya transitaba la revolución: «La clase obrera puede someter mecánicamente a su adversario, pero al mismo tiempo puede ser absorbida por las fuerzas culturales adversas. Si esto sucediera, nos transformaríamos en una nueva clase constituida por la nueva *intelligentsia* técnica, por una parte de la nueva burguesía, porque nos separaríamos sin notarlo, pero completamente, de la base proletaria general y nos transformaríamos en una nueva formación social».

Texto notable donde Bujarin señala, además de la posibilidad concreta de una reconversión del proceso, la posibilidad de que la *intelligentsia* «técnica» se transforme en una nueva clase social y de que a partir de la revolución surja una nueva «formación social».

8

Esa «persona misteriosa» de la que hablaba Lenin era la «nueva clase social» que Bujarin *sentía* que se estaba formando en las entrañas de la revolución. Para defenderse de la «persona misteriosa», Lenin se abroquelaba en la «vieja guardia» formada por los dirigentes bolcheviques, pero, para marchar hacia la nueva «formación social», la «nueva clase» debía, y lo hizo a través de Stalin, desembarazarse de la «vieja guardia». Stalin le impuso su sello psicológico, su deformación sanguinaria, su permanente inestabilidad e inseguridad, por lo que dicha clase solo se consolidará legalmente luego de su muerte, pero, en realidad, quien actuaba detrás de Stalin era la «persona misteriosa» percibida por Lenin, y que con el tiempo dejó de ser misteriosa para aparecer de cuerpo entero en el escenario histórico.

Como dice Cohen:

> «El que más sufrió fue el partido. De sus 2.800.000 miembros en 1934, al menos 1.000.000, antiestalinistas y estalinistas, fueron arrestados y dos tercios de ellos fusilados. Se destruyó su vieja dirección de la cabeza a los pies: mil ciento ocho de los mil novecientos sesenta y seis delegados del XVII Congreso del Partido de 1934 fueron arrestados y la mayoría de ellos fusilados; ciento diez de los ciento treinta y nueve miembros numerarios y suplentes del Comité Central de 1934 fueron ejecutados o impulsados a suicidarse […]. Se destruyó el partido bolchevique y se creó otro partido nuevo con diferentes miembros y diferente ética. Tan solo el 3% de los delegados que asistieron al último congreso anterior a las purgas, celebrado en 1934, reaparecieron en el congreso siguiente de 1939. El 70% de los miembros del partido en 1939 había ingresado desde 1929, esto es, durante los años de Stalin […]. El poder del partido era inferior al de la policía».[135]

Moshe Lewin señala que, para comprender a Stalin, es necesario tener en cuenta

[135] S. F. Cohen, *op. cit*., p. 491.

> «[...] el cambio de la "sustancia social", es decir, la continua mutación en la composición social del partido [que pasa de 20.000 en marzo de 1917 a 1.000.000 en 1928; a raíz de lo cual] el grupo inicial de los fundadores fue inmerso en vastos estratos de recién llegados, reforzados a su vez por otros provenientes de la profundidad de la sociedad rusa. Los nuevos inscriptos entraron en un partido que ya no estaba empeñado, como estuvieron los fundadores, en combatir el zarismo. Frente al país y a los nuevos miembros del partido, esta Vieja Guardia, como grupo de dirigentes políticos, no pudo encontrar una unidad ni crear las condiciones para mantenerse establemente como *elite* de gobierno. El fracaso de los viejos bolcheviques en la constitución de tal *elite* u oligarquía fue el motivo de su fin. […] Stalin [producto y autor de este proceso] adoptó abiertamente el terror total y se identificó con el Estado de policía creado por él mismo. En resumen, fue el fundador y el ideólogo de un sistema y realizó la operación de adaptación de la precedente estructura ideológica a la realidad del nuevo sistema».[136]

Todos los historiadores, marxistas o no, que no ven o no quieren ver esta fisura sustancial, esta doble historia de la Unión Soviética, no pueden ni siquiera plantearse el problema que a nuestro juicio es el más importante: el nacimiento en el seno del proceso revolucionario de la nueva «formación social», como decía Bujarin: En otras palabras, no pueden comprender cómo lo que se llama proceso de transición al socialismo no fue sino un proceso de transición hacia una forma social despótica y burocrática, hacia una nueva sociedad de clases.

9

Lenin había enunciado en muchas oportunidades sus ideas sobre el futuro estado socialista, particularmente en *El Estado y la revolución*, escrito en los pródromos de la revolución e

[136] M. Lewin, *op. cit*., pp. 55 y ss. Giuliano Procacci ha estudiado de manera detenida las transformaciones del partido comunista, pero sin profundizar en el significado de las transformaciones cuantitativas del mismo. Ver *El partido en la URSS, 1917-1945*, Laia, Barcelona, 1977.

inacabado, por cuanto era mejor hacer la revolución que hablar de ella —como dijo—. Pero ahora debemos adentrarnos en el nuevo Lenin, el que es jefe supremo de la revolución y el que se enfrenta a la construcción del nuevo Estado Socialista. Digámoslo de entrada: nada tiene que ver un momento con el que le sigue, nada tiene que ver el lirismo democrático y plebeyo del libro, las tiradas en las que habla de que el pueblo gozará de la mayor libertad alcanzada en la historia de la humanidad, con las medidas que una tras otra irán conformando el nuevo Estado despótico. La vinculación —como dijimos— hay que buscarla en ciertos *nudos* del texto y no en su superficie.

Para Lenin, el objetivo prioritario consistía en crear las «condiciones productivas, económicas y sociales» que posibilitaran el socialismo y, en función de esto, planteará tajantemente el siguiente postulado:[137] es necesario «*aprender* de los alemanes el capitalismo de Estado sin escatimar *métodos dictatoriales* con el objeto de acelerar la implantación de las costumbres occidentales en la vieja Rusia bárbara».[138]

Que no se diga que se trata de una exageración. La interpretación del texto es clara: la Rusia *bárbara* (léase el campesinado ruso, el 90% de la población rusa) exige para funcionar el *knut* de la dictadura, ya sea zarista o bolchevique, pues en caso contrario no marcha. Detengámonos aquí.

El modelo de Estado que Lenin tenía *in mente* era el Estado alemán; de lo que se trataba era de aplicar la «racionalidad» del capitalismo alemán a la barbarie rusa. Dice: «¡Sí, aprended de los alemanes! La historia procede por zigzags y caminos retorcidos y ocurre que es ahora el alemán quien, paralelamente al bestial imperialismo, encarna los principios de *disciplina*, de *organización*, de sólido trabajo en común, sobre la base del mecanismo industrial más moderno y de la contabilidad y el control más

[137] El cual es esclarecedor de lo que pensaba antes de que fuera horrorizado, como le sucedió posteriormente, por la criatura engendrada; pero el caso, como decimos, es que uno no puede sostener semejantes ideas y después horrorizarse de sus consecuencias.

[138] V. I. Lenin, *Obras, vol. XXXII*.

estrictos. Y esto es precisamente lo que nos falta. Precisamente, lo que tenemos que aprender» (nosotros subrayamos). No deja de ser tragicómico que cuando los oficiales alemanes se enteraron de lo que trataban de hacer los comunistas en la economía dijeran que eso era precisamente lo que estaban realizando ellos con otro nombre.[139] Pero esto es lo que también dice Lenin cuando afirma que, si en lugar del junker burgués se pone al soviet en el capitalismo de Estado alemán, se alcanzará «la suma completa de condiciones que ofrece el socialismo». Para extraer, dentro del rigor lógico de Lenin, la siguiente terrible conclusión: «Estudiar el capitalismo de Estado de los alemanes, adoptarlo con *toda la energía posible*, no ahorrar métodos *dictatoriales* para acelerar su aceptación, no asustándose de las *armas bárbaras* para luchar contra la barbarie».[140] La consigna posterior de Stalin: «la ciencia decide todo», no será sino el eco de la posición de Lenin.[141]

Para la «oposición de izquierda» todo este problema de la industrialización sobre la base del *modelo* alemán constituía una traición. Así como en Brest-Litovsk se había entregado la revolución internacional, ahora, decían, «en lugar de avanzar de la nacionalización parcial a una socialización general de la industria a gran escala, los acuerdos con los "capitanes de la industria" [se refieren al grave intento de entregar parte de la industria metalúrgica a Meshcherski y Stajeev, dos de los más grandes capitalistas rusos] han de llevar a la formación de los grandes *trusts* dirigidos por ellos y que abarquen las industrias básicas que, desde fuera, han de tener la apariencia de empresas estatales». Lenin, que en sus *Tesis de abril*,[142] y en otras intervenciones, había luchado duramente contra quienes pretendían confinar la revolución dentro de los marcos burgueses, se vio ahora nueva-

[139] E. H. Carr, *op. cit., 2*, p. 104.

[140] La insistencia de la terminología leninista es sintomática: se trata siempre de la *razón* contra la materia, de la *ciencia* contra la barbarie y, como método, la aplicación de la violencia.

[141] G. Procacci, *op. cit*., p. 153.

[142] V. I. Lenin, *Las tareas del proletariado en la presente revolución*, en *Obras, vol. 31*, Progreso, Moscú, pp. 120-125.

mente en entredicho con sus propias posiciones anteriores; de allí a considerar el *Vesenjá* (Consejo Superior de Economía Nacional) como «el heredero y sucesor de los organismos del capital financiero»[143] había un solo paso.

Nos parece que Cacciari, al estudiar el capitalismo de estado en la NEP, comete el mismo error que antes señalamos en Paggi y De Giovanni: no partir de las *consecuencias* del proceso y, en segundo lugar, forzar el pensamiento de Lenin hasta ubicarlo en un grado de abstracción y generalidad de carácter justificatorio. El objetivo de Lenin no habría sido tanto el de excluir a la clase obrera del aparato global dirigente, sino darle las armas necesarias para intervenir en dicho aparato desde fuera: «Esta presión obrera es ejercida, como vimos, incluso en dirección a la hacienda socializada. Este enorme potencial de lucha y de movimiento es organizado profundamente, pues se quiere reforzar el poder soviético no solo contra la burguesía y el capital, sino contra su propia "degeneración burocrática" interna».[144] Sin embargo, esta acción sindical será eminentemente contradictoria, escindida entre la defensa de los obreros y la participación inevitable en el poder por la otra. Se trataría, para Lenin, de un período de lucha de clases «desesperada» donde, según Cacciari, el estado debe cumplir un papel *inédito*, es decir, un papel articulado esencialmente a la lucha de clases concreta o, en otras palabras, no general. Habría que ver si bajo la exposición extremadamente teórica no se esconde el empirismo, la conversión de una necesidad aceptada acríticamente en una teoría: «El Estado no es "neutral" por el hecho de que "intervenga" en esta o aquella situación, sino porque expresa la irreconciabilidad de los antagonismos de clase». El Estado no puede desaparecer porque es una *variable* de la lucha de clases. De allí la conclusión enunciada por Cacciari: «En el discurso leninista, toda relación es definida funcionalmente. La prioridad política está claramente individualizada y puede penetrar capilarmente en el tejido económico, desde la defini-

[143] Kristman, dirigente bolchevique del *Vesenjá*, citado en E. H. Carr, *op. cit.*
[144] M. Cacciari, *op. cit.*, pp. 26-27.

ción del plan hasta la organización del trabajo —tal prioridad expresa la tendencia objetiva del enfrentamiento de clase, no se mistifica de ninguna neutralidad y por lo tanto define, de hecho, en su interior, el papel, ya sea sindical o político, de las fuerzas sociales antagónicas—. El problema de la definición de los criterios de gestión científica del poder soviético, sobre la base del esquema teórico expresado en *El Estado y la revolución*, es una constante en Lenin. La excepcionalidad de la posición de Lenin está en considerar tal *ciencia* como posible, particularmente sobre la base del reconocimiento de lo irreconciliable del conflicto. En este punto, la reducción del problema a "teoría general", la deducción de los mecanismos de conciliación o, más allá, la fe ingenua en la identificación Estado-clase "después de la revolución": ya nada de esto es ciencia, sino *sinsentido*».[145] El discurso teórico trata de articular un referente leninista aceptable, pero su defecto es que transcurre al margen de lo real. En última instancia, mientras Lenin plantea «la gestión *científica* del poder soviético» a sus espaldas transcurren las depredaciones y los asesinatos denunciados en una mínima parte por Filipp Mironov. La dificultad de la explicación de Cacciari tiene como contrapartida esta preciosa definición de Bujarin: «La ley de bronce del Estado, de toda forma de estado sin excepción, es la violencia armada, el asesinato». Pero ¿quiénes son las víctimas de esa violencia? Es la realidad la que convierte los enunciados teóricos en cenizas, la que desmonta los textos «revolucionarios» para que se vean, como en un palimpsesto trágico, los millones de cadáveres que los sostienen. El célebre sentido de la realidad del discurso de Lenin, visto desde el otro lado, aparece como un delirio, lo cual, por supuesto, no quiere decir que carezca de lógica.

Una discusión que debe ser leída en el registro anterior es la que se entabla alrededor del papel que deben desempeñar los *técnicos* en la economía soviética. Oponiéndose al planteo de la oposición de izquierda, que sostenía la dirección colegiada y democrática, Lenin sostuvo el carácter despótico y dictatorial de

[145] *Ibid.*, p. 33.

los técnicos, y lo hizo con términos que no dejan lugar a dudas sobre sus ideas: «Sin la jefatura de especialistas en las diferentes ramas del conocimiento, la técnica y la experiencia, la transición al socialismo es imposible». Cuando la oposición lo acusó de impulsar la «restauración», por cuanto la dirección de las empresas les había sido ofrecida a los excapitalistas, Lenin les replicó que se les había ofrecido «no en tanto capitalistas, sino en tanto técnicos especialistas u organizadores». Pero esta discusión se produce *post factum*, paralela al proceso de burocratización de los órganos del poder soviético, y sus resultados hubieran sido, de un modo u otro, incapaces de detener el proceso real. Se trataba, por consiguiente, de ideología. En este sentido conviene recordar la afirmación de Mólotov, en 1918, quien al analizar la dirección de la industria en veinte de los centros más importantes de Rusia encontró que eran dirigidos por «fuerzas tales como representantes de los patrones, técnicos y especialistas». En el mismo Congreso, el delegado menchevique, Dalin, declaró: «No hay proletarios, no queda más que la dictadura, no del proletariado, sino de una gran máquina burocrática que mantiene en sus garras fábricas y talleres muertos. Estáis creando una burguesía que no conoce límites a la persecución y la explotación». El hecho que se señalaba era monumental, pero, no obstante, Lenin seguía firme en su concepción empirista, «economicista»: «¿por qué hemos de echarlos?» —se preguntaba refiriéndose a los burgueses que realizaban trabajos militares y económicos en los soviets—, y se respondía: «Sería como si nos degollásemos a nosotros mismos». En 1919 elogiaba a los especialistas burgueses que trabajan «mano a mano con la masa de obreros anónimos, bajo la dirección de comunistas *conscientes*».[146] Carr se refiere al informe de un profesor «blanco» que en 1919 pasó por la ciudad de Omsk quedando sorprendido de encontrar que «a la cabeza de

[146] Esta será la fuerza «misteriosa» de la que hablará más tarde, como ya recordamos, y que en realidad no era tan misteriosa, sino que era la propia burguesía desalojada del poder y el camino de recuperarlo metamorfoseado en técnicos y administradores investidos con los poderes del Estado por sobre los obreros «anónimos».

muchos de los centros y *glavki* había antiguos patrones, funcionarios de responsabilidad y directores de negocios», y agrega que el visitante no preparado quedaría sorprendido «al ver a los dueños anteriores de las grandes fábricas de cuero formando parte del Glavkoz, como grandes fabricantes en la organización central textil».[147] Por tanto, no es sorprendente que en 1919, Lenin, que conocía estos hechos, rinda «un hermoso tributo a los "especialistas burgueses"» —como dice Carr—, al afirmar que esa política del Ejército Rojo, de «utilizar a los especialistas burgueses», es la que les ha permitido obtener la victoria y, además, que la misma «ha de ser la política de nuestra reconstrucción interna».

Según Carr, este fue el «dilema fundamental» de la revolución. El burócrata soviético, por lo general, era «un antiguo miembro de la intelectualidad burguesa o de la clase de funcionarios». Fueron estos grupos, nos dice, los mismos a quienes la revolución había derrotado y despojado, los que «suministraron ese mínimo de conocimiento y de maestría técnica sin los cuales el régimen no hubiera podido sobrevivir». Pero todo esto se encadena: mientras los dirigentes kadetes desde el exterior daban órdenes a sus huestes para que entraran en el aparato de Estado soviético, este caía en las manos de los técnicos burgueses que aparecieron en última instancia como los salvadores de la revolución. Podemos preguntarnos ¿cuál fue el costo de esta transacción? Porque, si es verdad la caracterización que hizo Lenin de este período como de una feroz e implacable lucha de clases, se puede legítimamente pensar que los burgueses no iban a salvar gratuitamente la revolución, y tan no fue así que la «persona misteriosa», progresivamente, y marchando eso sí sobre montañas de cadáveres, se quedaría con todo. Fue, reconozcámoslo, una jugada maestra de la burguesía, la hiena disfrazándose de cordero, los *técnicos neutros* devorando la revolución bajo la consigna de la «eficiencia», la vieja clase metamorfoseada en nueva clase con la bandera roja en alto preparándose para competir en el mercado mundial con el capitalismo.

[147] E. H. Carr, *op. cit.*, p. 197.

10

Acosado por el desquicio de la economía, Lenin clamaba por una organización centralizada y por una dirección *personal* nombrada y dependiente de las instancias superiores del Estado. «Todo mecanismo industrial a gran escala —dice— exige una unidad incondicional y estricta de la voluntad que dirige el trabajo simultáneo de cientos y miles y decenas de miles de gentes. Es incondicionalmente necesaria, para el éxito del proceso del trabajo organizado según el patrón del mecanismo de la industria a gran escala, una *sumisión absoluta*».

Este problema será central en la discusión acerca de los sindicatos y del poder obrero, desatándose una dura lucha entre Lenin, partidario de la dirección unipersonal, y los partidarios de la dirección de masas.

El problema es complejo. En primer término, está la posición del partido *antes* de la revolución e incluso en sus primeros tiempos (cuyo último eco será el punto 5 del nuevo programa del partido en el VIII Congreso); después, están los vaivenes determinados por la marcha del proceso; por último, están los propios dirigentes bolcheviques, la oposición obrera y la oposición menchevique y social-revolucionaria. Todo esto conforma una red intrincada, pero en la cual, a nuestro juicio, se perfila una línea constante, que se profundiza cada vez más y cuyo máximo representante es Lenin.

En el primer congreso de los sindicatos, Tomski planteó con absoluta claridad el problema: ¿los sindicatos debían ligar su suerte al gobierno soviético o seguir siendo independientes?

Los mencheviques, que partían de la imposibilidad de realizar una revolución socialista en un país atrasado y semifeudal, exigían que los sindicatos cumplieran «sus tareas acostumbradas». El argumento principal de los mencheviques fue enunciado por Mártov, y era de peso: «En esta situación histórica, este gobierno no puede representar a la clase obrera solamente. No puede ser sino una administración *de facto* relacionada con una masa heterogénea de trabajadores, con elementos proletarios y

no proletarios por igual».[148] En consecuencia, sostenía que era necesario que los sindicatos mantuvieran su libertad frente al Estado. Tan de peso eran estos argumentos que, como señala Deutscher, el propio Lenin muy poco después los haría suyos, sin importarle que fueran «argumentos mencheviques».[149]

En la primera etapa de la revolución la ingerencia de los sindicatos en la vida del Estado fue de suma importancia y culminó en el punto 5, donde se afirmaba que los sindicatos debían «concentrar realmente en sus manos toda la administración de la economía nacional en su integridad»; pero ya este punto estaba demasiado condicionado y se presagiaba un inminente cambio de política.

El año 1920 será el año de un profundo giro en el orden sindical. La guerra civil finalizaba sin que los dirigentes bolcheviques, como dice Deutscher, «tomaran suficientemente en cuenta la fatiga de la clase obrera urbana y el descontento del campesinado», a consecuencia de lo cual «por inercia prolongaron el sistema de comunismo militar instaurado durante la guerra civil».

En dicho año se realizó el IX Congreso del partido y el III Congreso de los sindicatos. Dentro del grupo bolchevique, las posiciones extremas y opuestas fueron sostenidas por Trotski y por Tomski. Trotski se enfrentó a los mencheviques, quienes, según Deutscher, sostenían que «la militarización del trabajo reduciría en lugar de aumentar la productividad, pues una alta productividad solo podría lograrse con el trabajo libre». El discurso de Trotski constituye una apología de la coacción: «La militarización del trabajo es el método básico e indispensable para la organización de nuestras fuerzas laborales». Para Deutscher se trata de «la enunciación más franca de lo que podría calificarse condicio-

[148] Citado por I. Deutscher, *Los sindicatos soviéticos*, Era, México D. F., 1971, p. 39.

[149] En su trabajo Cacciari no toma en cuenta este cambio de posición de Lenin, ni su vinculación con la tesis de los mencheviques, lo cual es característico de la apologética leninista: analizar el discurso de Lenin al margen de la realidad. La fetichización de Lenin se realiza teniendo como base la ceguera respecto al flujo real de hombres implicados en la teoría, convertidos en formas teóricas, en cifras.

nalmente como una política laboral totalitaria». Según Trotski, a los obreros se los debía desplazar y dirigir «como si fueran soldados», y «los "desertores" del trabajo deberán ser incorporados a batallones disciplinarios enviados a campos de concentración».[150] A su vez, definió al sindicato como «la militarización de la clase obrera». Según Bettelheim, la posición de Lenin fue contraria a la de Trotski, sin embargo, esto debe analizarse teniendo en cuenta que en el fondo de toda esta discusión subyace la idea fundamental de Lenin respecto al papel del partido.[151]

Bettelheim considera que la idea central de Trotski y Bujarin era «la idea de un partido "siempre infalible" y, por tanto, *colocado al margen de la lucha de clases*, garante por su sola existencia de la perpetuación de la dictadura del proletariado». Pero no puede desconocerse que son precisamente estas tesis las que conforman el pensamiento político de Lenin. Sin embargo, Lenin profundiza el problema y va más allá de Trotski y Bujarin, incluso, más allá de su propia posición anterior, planteando el problema desde el punto de vista político de la dominación de clase y no simplemente de la producción. No obstante, y esta es nuestra opinión, la postura de Lenin es transaccional. Y es en

[150] C. Bettelheim, *op. cit*., p. 353. El terror estalinista, visto como acto social y no como anormalidad psicológica, ¿no se vincula a estas tesis trotskistas? ¿Los *campos de trabajo* no estaban implícitos en esta discusión? Swianiewicz interpreta la existencia de los «campos» en función de dos elementos centrales: «El primero fue la necesidad de transformar a los desocupados rurales en una fuerza activa, necesidad en parte satisfecha con la deportación de los kulaks al fin de los años treinta. El segundo, el hecho de que, en condiciones de aguda escasez de mano de obra industrial y del resurgimiento del mercado del trabajo, la NKVD era un reclutador privilegiado de mano de obra para los proyectos industriales y mineros, era el único dador de trabajo con el poder de realizar detenciones» [en M. Harrison, *op. cit*., p. 33]. Un problema estrechamente ligado al precedente, pero que no podemos tratar aquí, es el de la *eficacia* de los «campos».

[151] G. Procacci, *op. cit*.: Lenin aceptaba la definición de Trotski según la cual los sindicatos eran «escuela de comunismo», «agregando, sin embargo, que se trata de escuelas "elementales"» [p. 78]. En el IX Congreso, la resolución respecto a los sindicatos sostenía que «los sindicatos eran formalmente "órganos del partido", pero sustancialmente "comunistas" y, como tales, sujetos a la disciplina comunista que se cumplía a través de las fracciones» [p. 69].

este momento cuando Lenin retoma, sin decirlo, por supuesto, la citada tesis menchevique de Mártov respecto a que el Estado soviético no era un Estado obrero y, en consecuencia, los obreros debían conservar cierta independencia debido a la «necesidad» en que se pueden encontrar «de combatir las deformaciones burocráticas y la supervivencias del pasado capitalista». No obstante, sigue calificando de «democracia formal» la exigencia planteada por la oposición obrera. La tesis de Lenin sostenía que «ante todo debemos tratar de imponernos mediante la persuasión, y solo después de eso mediante la coerción». Como se ve, Lenin expresa gráfica y claramente su posición, y debemos *imaginar* en qué se convertían semejantes palabras cuando llegaban a los pueblos y campos de Rusia. También Lenin, como Trotski, afirmaba «el fuero revolucionario histórico del partido» como un absoluto situado por sobre los obreros y los campesinos, e incluso por sobre la propia base del partido.

Trotski, criticando a la oposición obrera, había sostenido que esta «coloca el derecho de los trabajadores a elegir a sus representantes por encima del partido, por decirlo así, como si el partido no tuviera el derecho a ejercer su dictadura aun cuando esa dictadura choque momentáneamente con los estados de ánimo pasajeros de la democracia obrera». Esta idea del partido y de *su fuero histórico*, del partido como organización absoluta (en lenguaje hegeliano diríamos como Idea Absoluta), de la dirección del partido como algo cerrado, de su lenguaje como un lenguaje críptico, es una de las causas de la posterior derrota del socialismo y nos explica ciertas conductas que de otra manera serían ininteligibles: cuando la lucha de fracciones llegó a su punto culminante en 1928-1929. Algo que caracterizó las discusiones fue que estas transcurrían *en el interior* del Comité Central, nunca se planteaban abiertamente en el seno de las masas obreras y campesinas; de allí el lenguaje «esópico» del que habla Cohen: «A lo largo de la enconada lucha, ambas fracciones negaron públicamente su existencia, y no fue sino hasta mediados de 1929, una vez establecido el resultado, cuando se identificaron oficialmente los antagonistas; […] la lucha más trascendental habida en el

partido desde 1917-1918 fue la menos pública y la más encubierta. Prácticamente se llevó a cabo de manera clandestina».[152] Más de diez años después de tomar el poder seguían funcionando como en la época de la más dura lucha contra el zarismo; por lo cual uno puede pensar que no era el régimen zarista el que determinó el tipo de partido comunista, sino que en este había una estructura interna propia y tan fuerte que pervive hasta la actualidad. Es innecesario decir que esta organización era la más adecuada para facilitar el triunfo de la dictadura estalinista: respetando el secreto religioso del partido las víctimas marchaban hacia el cadalso silenciosas, incluso pensando, a veces, que el verdugo tenía razón en ajusticiarlas.[153]

Pero cuando Lenin dice que debe preservarse la acción de los sindicatos frente al Estado, y que para eso es necesario que los sindicatos sigan siendo sindicatos, es decir, que no se mezclen en la política del Estado: ¿no está planteando en toda su fuerza, pero de una manera «nueva», lo sostenido en el *¿Qué hacer*? Cada cual debe realizar su *propio* trabajo (dentro de la división burguesa del trabajo): los sindicatos luchar por las reivindicaciones económicas (economicismo) y el partido-Estado hacerse cargo, en nombre del proletariado, de la dirección política del país. No hace falta complicar demasiado las cosas, a la manera de Cacciari, para entender cómo planteaba Lenin las leyes del juego.

Como dice Deutscher, la diferencia era más bien académica, pues, en realidad, «la dirección del partido en su conjunto estaba decidida a dominar los sindicatos». Por tanto, no es casual que de inmediato Tomski fuera destituido de su cargo en la dirección de los mismos.

---

[152] S. F. Cohen, *op. cit*., p. 518.

[153] Esto sucedió en Rusia y luego en todas partes. En China, las discusiones en la cúspide del partido fueron y son absolutamente secretas: hay *informes* y discusiones que son decisivas para la vida del país y que solo se hacen públicas mucho tiempo después o nunca.

11

Pero el problema de los sindicatos estaba a su vez íntimamente ligado al problema de los *consejos* de fábrica. La historia de estos consejos puede servirnos para profundizar en la concepción leninista.

Como se sabe, los consejos no fueron un invento de la Revolución de Octubre. Mucho antes, a partir precisamente de la revolución de 1905, esta forma de organización había adquirido una existencia más o menos constante. Con la revolución de febrero de 1917 lograron nuevas fuerzas y se plantearon nuevos objetivos, adquiriendo cada vez mayor importancia su ingerencia en el control de las fábricas. Desde San Petersburgo se extendieron hasta Moscú y demás zonas fabriles, aumentando su poder de decisión de una manera directamente proporcional al deterioro de la situación general del país, y llegando en muchos casos a hacerse cargo de la producción, del abastecimiento y de la regulación del trabajo.

El 22 de mayo de 1917 se publicó un reglamento provisional y, posteriormente, el Estatuto que regía su funcionamiento. Los bolcheviques, por su parte, impulsaron la formación de estas organizaciones desde el soviet de San Petersburgo y lograron tener mayoría en la conferencia del 30 de mayo. Lenin redactó un proyecto de resolución para dicha conferencia, proyecto que puede considerarse la primera declaración oficial bolchevique sobre el tema. En el mismo, Lenin planteaba que para salir de la catastrófica situación económica por la que se atravesaba había que asegurar el control obrero tanto sobre la producción como sobre la distribución de los productos.

Es interesante esta intervención de Lenin sobre los consejos, pues en ella puede verse de manera transparente el aspecto *administrativo* de su pensamiento. Según Carr: «Lenin pensaba en el control, a través de una contabilidad, sobre las decisiones financieras y comerciales, pero no en el control sobre los procesos técnicos de fabricación o de organización de las fábricas». En realidad, lo que Lenin pensaba es que las fábricas debían

pasar a manos del Estado bajo el *control de los obreros*. Pero el control no significa la posesión. En dicha conferencia fue el bolchevique Levin quien puso el dedo sobre la llaga al sostener que los obreros «no tienen los conocimientos técnicos y comerciales apropiados que les permitirían controlar realmente la empresa industrial». Se planteaba así con meridiana claridad la idea leninista: los obreros no están capacitados para dirigir la empresa. Lo que todavía no se planteaba es la consecuencia lógica que deriva de dicha idea: ¿quién debe dirigir la empresa? Si ya no son los capitalistas, y si no pueden ser los obreros, no quedará otro camino que entronizar en la dirección de las fábricas a los *técnicos* (que no pueden ser los obreros y que, en consecuencia, serán los capitalistas). Por consiguiente, no se trataba del poder obrero en la fábrica, en la empresa, como matriz de un poder que hegemonizara a la sociedad y tendiera a destruir el poder del Estado, sino de un Estado obrero que funcionaba por arriba, fundado en el partido que se basaba en la «ciencia» y que delegaba ciertas formas de control administrativo en las fábricas. Así se planteaba el problema.

En *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?*,[154] Lenin sostuvo que solo sobre la base de la dictadura del proletariado puede hablarse de un efectivo control obrero, pero no quedaba claro quién debía ejercer el control, si los obreros concretos de tal o cual empresa o el Estado obrero. Visto desde una perspectiva histórica, esta ambigüedad de Lenin se inclinará decididamente por la segunda alternativa, como veremos. Brinton y Dewar señalan con justeza que Lenin nunca identificó control obrero con decisión global sobre la empresa. No es casual que el partido adoptara la consigna del control obrero cuando los obreros ya lo habían puesto en funcionamiento a través de sus comités de fábrica. En realidad, desde el inicio los bolcheviques habían sido consecuentes en su desconfianza y enemistad hacia los movimientos espontáneos, hacia los movimientos en que la clase ejercía de manera independiente su soberanía. Lo que no era

[154] V . I. Lenin, *Obras, vol. 7*, Progreso, Moscú, pp. 115-135.

controlado por el partido era por lo menos sospechoso (de espontaneísmo, de economicismo, etcétera), ya se tratara de los comités de fábrica, del control obrero o hasta de los mismos soviets.

Después de triunfar, había dicho Lenin, «el proletariado procederá del siguiente modo: encomendará a economistas, ingenieros, agrónomos, etcétera, *bajo el control* de las organizaciones obreras, que elaboren un "plan", que lo comprueben, que ideen métodos de centralización que permitan ahorrar trabajo, que ideen las medidas y los métodos de control más sencillos. Por ello pagaremos bien a los economistas, los estadísticos, los técnicos»; y agregaba que si no trabajaban «*en interés de los trabajadores*» no se les daría de comer. Estas ideas, en gran medida ingenuas en relación a la expectativa sobre el comportamiento de los técnicos y directores (a quienes, por una parte, se les daba el poder, por la otra, se les pedía subordinación al concepto de trabajadores en general), no serán fácilmente llevadas a la práctica, debido ante todo a la complejidad, difícil de reducir, de ese período histórico de la revolución.

Progresivamente, los consejos fueron entrando en conflicto con los sindicatos. A nuestro parecer detrás de ese enfrentamiento se ocultaba la concepción centralizadora del Estado. Carr señala que «la incorporación de los comités de fábrica al sistema sindical significó que el interés particular de pequeños grupos de trabajadores debió ceder ante el interés del proletariado como un todo», pero esta afirmación no es totalmente correcta, ya que, en realidad, no se trataba de la oposición entre el proletariado «como un todo» y el interés de «pequeños grupos de trabajadores», sino de una fuerte tendencia histórica del movimiento obrero, por una parte, hacia la autogestión, la autoliberación (que necesariamente debía surgir de la fábrica), por otra, de las necesidades del Estado, que aparecía *representando* a «toda» la clase. Y sabemos bien que la idea de *representación* es la clave de toda articulación ideal, pues bajo el manto ideológico de una falsa legitimación se oculta el poder despótico sobre los representados.

No fue fruto de la casualidad que el *Vesenjá* se sobrepusiera al Consejo Nacional del Consejo Obrero. En noviembre de 1918,

en el VI Congreso de los Soviets, luego de destacar la importancia que tuvieron los consejos, Lenin afirmó que «el control obrero, que tenía que ser caótico, fragmentario y *primitivo*, ha dado paso a la administración de la industria por los trabajadores a escala nacional» (nosotros subrayamos); lo cual, en buen romance, quería decir que la *teoría*, lo general, garantizaba que los órganos superiores en manos del partido —el cual, por definición teórica, es la vanguardia, la conciencia y la ciencia del proletariado— actuaran como representantes de la clase obrera sin necesidad de los obreros concretos. El razonamiento se articulaba de la siguiente manera: si el Estado era ocupado por el partido que, a su vez, era el verdadero representante de la clase, ¿por qué los obreros concretos de esta o aquella fábrica, esos obreros *primitivos*, sin ciencia y sin técnica, iban a tener que hacerse cargo de las mismas? Más bien debían poner en práctica (obligatoria) su fidelidad a ese partido que era el depositario del *saber*, dejando que gobernara en nombre de ellos. Lenin actuaba al todo o nada, sin buscar la dialéctica que a partir del poder *real* de los obreros y campesinos articulara el orden de lo general y de lo particular, única manera de escapar al dominio de lo general-abstracto sobre las criaturas indefensas que constituyen un pueblo.

La exégesis de Cacciari, que sigue el pensamiento de Lenin sin criticar la rígida compartimentación de su teoría política, reduce en abstracto, es decir, teóricamente, las posibilidades del movimiento conciliar, pues la política pertenece estatutariamente al Estado. No obstante, debemos remarcar una vez más que dicho estatuto es el estatuto burgués, y que si bien la política es una relación, no es menos cierto que el fundamento de su constitución a nivel proletario debe buscarse en la fábrica. La fábrica es la matriz de la política proletaria, por eso desgajar lo general (el Estado) de lo particular (la fábrica) implica despojar a la clase del poder revolucionario.

12

En junio de 1918 se había producido la nacionalización total de la industria. Antes, Lenin había sostenido la necesidad de pagarle más a los especialistas, pues era imposible prescindir «del asesoramiento, de las indicaciones de las personas instruidas, de los intelectuales, de los especialistas».[155] Pero lo cierto es que estas medidas «elitistas» encontraron una seria oposición en un grupo de bolcheviques que veían el peligro que las mismas implicaban para el proceso revolucionario. Frente a Lenin, y con clara conciencia de lo que se hallaba en juego, Osinski afirmó: «Nosotros partimos de la base en la confianza, en el instinto de clase, en la iniciativa de clase del proletariado. No puede ser de otra manera. *Si el proletariado mismo no sabe crear las condiciones necesarias para una organización socialista de la producción, nadie lo puede hacer en su lugar y nadie lo puede forzar a hacerlo*». Se repetía, en lo esencial, pero con palabras que sonaban distinto a causa de las galerías laberínticas de la historia, la discusión que en 1903 se desarrolló en torno al *¿Qué hacer?* Lo que decía Osinski eran las palabras más preciadas de la I Internacional: la clase se libera a sí misma o no se libera, porque nadie puede hacerlo en su nombre.

La situación era realmente caótica, nadie lo niega, y Lenin no vaciló en sacrificar los «viejos» principios revolucionarios colocando a los técnicos y los especialistas por sobre los sujetos revolucionarios. Se podría argumentar que Lenin no era consciente de que estaba hipotecando el futuro de la revolución. Sin embargo, debió saberlo, pues para eso era el máximo dirigente comunista. Si no lo supo fue a causa de su profunda revisión del marxismo, a causa de su concepción teoricista y cientificista del marxismo, y es esta concepción la que le sirvió de soporte para decidirse ante la disyuntiva.

[155] Uno podría preguntarse qué viento se había llevado las palabras aún frescas donde el propio Lenin afirmaba la necesidad revolucionaria de igualar las entradas de todos los trabajadores y gobernantes a partir del salario obrero.

Para Lenin, la dirección *centralizada* de la economía era algo obvio. Se necesitaba, afirmó, «la subordinación de la voluntad de miles de hombres a la de un solo hombre»; y expresado más rotundamente aún: lo que se necesitaba era «la dictadura de un solo hombre»; si bien es cierto que al final del párrafo que citamos agrega, como un colofón que la historia demostró, que deberán crearse «métodos de control desde abajo». En oposición a los anarquistas, y para justificarse, sostiene que «el Estado es coerción», pero no aclara quién, cómo y contra quién se ejerce dicha coerción, de tal manera que en la continuación del texto (¡y en la realidad!) los padecientes de esta estructura serán los propios obreros, dominados por un Estado y un partido que solo serán suyos en los discursos y en los libros de propaganda. Tiene razón Mónica Threlfall cuando afirma que Lenin fue uno de los primeros bolcheviques que se declaró partidario de la «gestión de un solo hombre», pero debió agregar que se trataba de un solo hombre ¡instruido! En abril de 1918 Lenin fue brutal en su planteo, brutal e imperioso: «Todavía no hemos asegurado la *subordinación incondicional*, durante el trabajo, a las decisiones personales de los dirigentes soviéticos, los dictadores elegidos o nombrados por las instituciones soviéticas, investidos con poderes dictatoriales».[156] Y es así que ante la denuncia de la revista *Kommunist*, de que los directores de las empresas eran los mismos capitalistas que habían sido expropiados, la respuesta de Lenin consistió en reconocer que no existía otra alternativa, ya que eran los capitalistas quienes tenían la experiencia necesaria como para dirigir las fábricas, mientras que «nosotros, el partido del proletariado, no tenemos otra manera de adquirir la capacidad de organizar la producción a gran escala excepto a través de los especialistas altamente calificados del capitalismo». Pero, si esto era cierto, la única salida posible a la situación, como bien diría Bujarin, iba a ser la entronización de una nueva clase social burocrática implantada sobre el proletariado, clase que

[156] V. I. Lenin, *Obras, vol. XXVIII*, p. 483. Ver, también, la segunda parte del libro de R. Linhart, *op. cit*., pp. 77 y ss.

efectivamente se desarrolló hasta encontrar su expresión político-ideológica en el estalinismo.

Realmente era absurdo concederle el poder efectivo en la administración a la vieja clase burguesa y creer que esta clase no actuaría políticamente para recomponer su antigua dominación. Lo que Lenin no conocía o no quería reconocer, era el poder de las estructuras sociales: si, por ejemplo, la fábrica sigue funcionando de la misma manera que antes, poco importa que en lugar del capitalista aparezca el «director», pues su función será la misma, aun cuando la apropiación de la plusvalía adquiere formas más o menos inéditas desde el punto de vista histórico. Lo que en ese momento se hallaba en juego era el problema del poder concreto, de la gestión y de la decisión, de la soberanía de la clase creando su hegemonía social sin someterse a quienes, actuando en su nombre, en realidad estaban produciendo la reconversión del proceso revolucionario.

Para todos (Trotski no solo compartía esta posición de Lenin, sino que incluso la exageraba en dirección al centralismo y la coerción), los especialistas en funciones directivas tenían que estar bajo control. Pero el problema es que lo central es la función directiva y el control, si se quiere, es lo secundario: la función directiva cubre el control, genera una burocracia que en lugar de controlar está sometida y le sirve de apoyo al verdadero poder ejecutivo. Pero, se dirá, ¿y la guerra civil, y el caos de la producción, y el derrumbe administrativo? Este es el problema. El camino elegido llevaba inexorablemente, y no por la voluntad de un único personaje, como a veces se quiere hacer creer, al fracaso de la revolución. Pero, entonces, se responderá, ¿cuál era la salida? No se trata de «salidas», más bien, habría que hablar de poder y, entonces, la respuesta es que todo el poder real y efectivo debió entregarse a las masas obreras y campesinas. A pesar del desastre, de la ignorancia y de la miseria, la única «salida» posible eran las masas. Para Marx, la revolución la hacían las masas o no la hacía nadie. Y los hechos han demostrado que es así. No había entonces otra salida. Si se hace la revolución y se deja que la fábrica, y el país en general, siga funcionando como

antes, sometida a los planes del Estado y dirigida por los viejos capitalistas, estas fábricas y estos capitalistas generarán con mano férrea una nueva sociedad de clases.

La guerra volvió aún más necesarios a los «especialistas» y el partido ordenó a sus militantes que lucharan por crear un ambiente de compañerismo «entre los trabajadores y los técnicos especialistas»; cosa que debió ser muy difícil, porque era difícil para quienes habían hecho la revolución aceptar a sus antiguos amos como «técnicos» que seguían mandando en las fábricas y cobrando salarios por sobre el de los simples obreros. En caso contrario: ¿cómo se explicaría dicha resolución? El hecho concreto es que hacia fines de 1918 los obreros ya no controlaban las empresas (solo tenían un tercio del poder, igual al de los técnicos, pero con el agravante de que ese tercio no se ejercía directamente, sino a través del sindicato). El control obrero desapareció absorbido por el sindicato, pero también la suerte de este último estaba sellada.

En 1919-1920 se produjo otra vuelta de tuerca. Lenin y Trotski se enfrentaron de nuevo con la «oposición obrera» del partido alrededor del problema sindical. Los representantes de estos últimos estaban contra la dirección de un «solo hombre». Lenin, primero en el VII Congreso de los Soviets, arguyó: «Necesitamos personas que hayan aprendido a administrar independientemente bajo cualquier circunstancia». En el III Congreso de Consejos de Economía Nacional, llegó a sostener que la gestión colegiada es algo «rudimentario» que tuvo sentido en una primera etapa, pero que debía ser suplantada por la «autoridad individual» para evitar un «tremendo despilfarro de fuerzas».

Como señala Mónica Threlfall, Lenin aún no había logrado imponer totalmente su concepción ni al partido ni a las distintas organizaciones del poder soviético. Recién en el IX Congreso del partido impondrá, apoyado por Trotski, su punto de vista. Como ya vimos, Lenin argumentó que no se trataba de «una cuestión de principios» (¡cómo se equivocaba!), y de esta manera descompuso el problema dentro del marco general de una cuestión pragmática. Trotski lo apoyó con argumentos casi idénticos a los de Lenin:

> «Las juntas directivas compuestas por los mejores representantes de la clase obrera, pero que no poseen conocimientos técnicos básicos, no pueden reemplazar a un solo técnico que ha pasado por una escuela especial y sabe desempeñar un trabajo particular especial».

Tomski, en representación de los sindicatos y como principal dirigente sindical bolchevique (cabe recordar que este viejo dirigente obrero se suicidó en 1936 para escapar a los procesos infamantes montados por Stalin), se opuso con firmeza:

> «El principio básico en la creación de órganos de regulación y administración industrial, el único capaz de garantizar la participación de las amplias masas trabajadoras partidarias a través de los sindicatos, es el principio existente de administración colegiada de la industria, empezando por la dirección del Consejo Superior de Economía y terminando con la administración de planta».

La oposición perdió y, desde esa fecha, como dice Carr, el partido bolchevique aceptó la dirección unipersonal de la empresa. Lo mismo dice Daniels:

> «Las discusiones industriales de 1920 escribieron el final del ideal anárquico del bolchevismo de 1917. De allí en adelante, en lo relativo a la Rusia soviética, la base económica de la sociedad hubo de organizarse sobre la línea de autoridad y rangos jerárquicos comunes tanto a los servicios militares como a las empresas corporativas de la sociedad "burguesa". Uno se pregunta: ¿qué es lo que la revolución cambió realmente desde el punto de vista del "obrero en su banco de trabajo"?».

Es cierto que no se trataba de una discusión entre intelectuales al margen de la realidad; es cierto, también, que se discutía en medio de una crisis cuyos datos son escalofriantes.[157] Todo

[157] Carr da los siguientes: el número de obreros pasó de 2.500.000 en 1918 a 1.200.000 en 1921-1922; San Petersburgo perdió el 57 % de su población en tres años, y Moscú el 44,5 %; la producción de petróleo de 1920 fue un 41 % más baja que la de 1913; la de textiles y carbón eran del 27 % más

esto, y mucho más, es cierto; y es cierto también que se trataba de encontrar un camino para salir de la crisis. Pero no es menos cierto que el camino que se encontró fue el de la restauración, y este camino, tomado al margen de los sacrificios personales, de la conciencia de sus efectos históricos, no fue algo transitorio como se pretendió con la NEP, sino que fue un camino sin retorno desde antes incluso de la NEP. Ya señalamos el enfrentamiento de Lenin con el grupo de bolcheviques de izquierda encabezados en ese entonces por Bujarin. Estos sostenían que se marchaba hacia la constitución de un capitalismo de Estado. Lenin, en cambio, acérrimo partidario del capitalismo de Estado, los acusó de «olvidar la realidad por detener la atención en cosas extraídas de un libro» y afirmó que el capitalismo de Estado sería para Rusia una «victoria», «un paso adelante», ya que el enemigo era «el pequeño propietario, el pequeño capital». Desde estas afirmaciones hasta el panegírico del capitalismo alemán había un corto paso que, como vimos, Lenin dio de inmediato: de lo que se trata, vino a decir, es del capitalismo de Estado alemán, pero *bolchevique*.

En el fondo, lo que nadie veía con claridad, por razones teóricas e ideológicas, es dónde, en qué lugar, se producía la reconversión del proceso revolucionario en restauración: las viejas clases no se recompusieron tal como eran antes de la revolución, sino que se recompusieron a través del Estado y del partido. Es aquí donde debe buscarse el nudo de la cuestión, no en las clases tal como se enfrentaban abiertamente en el escenario ruso. En este escenario, tanto los pequeño-burgueses, como los capitalistas y los kulaks iban a ser destrozados. Sin embargo, la reconstitución de las clases dominantes produjo lo mismo, pero se produjo en el interior de los diversos aparatos del partido y del Estado, de la administración y de la economía. Esta fue la gran astucia de una clase que se metamorfoseó para sobrevivir y que luego se alzó victoriosa con el poder.

---

baja; el total —en rublos— del valor de los productos elaborados en 1920 alcanzó el 13 % de los de 1913; al final de la guerra civil de los 70.000 kilómetros de vías férreas solo quedaban 15.000, y de las 60.000 locomotoras el 60 % estaban averiadas.

13

Hemos llegado a la institución de las instituciones, a lo que Gramsci llamaría el máximo descubrimiento de la Revolución Rusa: los *soviets*.

Como señala Rudi Dutschke, el éxito de los soviets es conocido a través de muchos libros, pero lo que casi no se conoce es la *derrota* de los soviets. Su triunfo consistió en ser el órgano fundamental de la revolución, un auténtico «descubrimiento obrero»; su derrota, en ser destruido por el proceso revolucionario.

Preguntémonos: ¿qué pensaban los bolcheviques en general, y Lenin en particular, y cómo actuaron unos y otros en relación a los *soviets*?

Ante todo hagamos un poco de historia[158] para tratar de entender el sentido de esta institución. Como se sabe, el primer soviet de diputados obreros se organizó en San Petersburgo durante la huelga general de toda Rusia, en octubre de 1905. Trotski señaló que el soviet había surgido como respuesta a una «exigencia objetiva». El 13 de octubre, en el mismo momento en que la huelga devino general, se realizó en el Instituto Tecnológico la primera asamblea de delegados de fábrica y de oficinas de la ciudad. Se trataba de un momento de excepcional importancia en la historia contemporánea de Rusia, y es muy difícil resumir el hilo de los acontecimientos, por lo tanto, aquí nos limitaremos a lo que interesa para nuestro trabajo, es decir, a considerar la actitud política de los bolcheviques frente al surgimiento y desarrollo masivo de los soviets, y a tratar de desentrañar las ideas que subyacen en su toma de posición.

La primera diferencia de Lenin con los mencheviques consistió en que Lenin juzgaba a los soviets como un órgano dependiente de la insurrección. Para Lenin, lo primero era la insurrección, lo segundo, un gobierno revolucionario fruto de la insurrección y, lo tercero, el «autogobierno revolucionario» instaurado por el

[158] A. Tovaglieri, *Lenin e i soviet nella rivoluzione russa del 1905*, Feltrinelli, Milán, 1975.

gobierno revolucionario. En octubre de 1917 Lenin aplicará este *esquema*: los bolcheviques deben dar el golpe revolucionario *antes* de que se reúna el soviet, para así poner a este frente al hecho consumado de la toma del poder. En otras palabras, para Lenin, «la organización del autogobierno revolucionario» no era el *prólogo*, sino el *epílogo* de la insurrección.

No es casual entonces que los bolcheviques, cuando los mencheviques se lanzaron en 1905 a luchar por la constitución de un soviet de diputados obreros en la perspectiva de «organizar un autogobierno revolucionario», adoptasen una posición contraria y propusieran boicotear la elección. Vale decir que el *esquema* leninista de 1917 será el mismo que aplicaron los bolcheviques en 1905; esto, no es casual, porque lo que subyace en ambas posiciones es la misma idea teórica de la relación entre partido y clase obrera, entre partido y movimiento. No obstante, las elecciones se realizaron y los bolcheviques, teniendo en cuenta el éxito de las mismas, debieron revisar su posición y entraron al soviet a partir del 14-15 de octubre, a condición de que el soviet «se limitase a ser un simple comité de huelga y se disolviese después de que finalizara la huelga general de la cual y para la cual había surgido».[159]

A la concepción menchevique del soviet, entendido como «órgano de la lucha general», como «órgano del autogobierno revolucionario», los bolcheviques les respondieron proponiendo reducir el soviet a un «comité de huelga». Y en los hechos, cuando terminó la huelga y el soviet siguió funcionando, los bolcheviques pasaron a la oposición, lo cual planteó una grave escisión entre los soviets y los bolcheviques, pues estos últimos denunciaron públicamente que su subsistencia implicaba «un grave peligro para el movimiento obrero» y, para eliminar este peligro, proponían «el reconocimiento por parte del soviet del programa y de la dirección del partido socialdemócrata» (bolchevique), vale decir su inmediato abandono del no-partidismo. Además, proponían «invitar al soviet a aceptar el programa del

[159] *Ibid.*, p. 107.

POSDR y, una vez obtenido esto, invitarlo a reconocer la función de *guía* del partido» (nosotros subrayamos), pues, en caso contrario, abandonarían el soviet.

En este sentido, es muy importante el artículo de un miembro del Comité central del partido, Radin, titulado «¿Soviet de diputados obreros o partido?», donde plantea que el soviet no puede ser «la dirección política de la clase» (en esto Radin no hace sino repetir con alguna variación la posición de Lenin). Otro artículo inmediatamente posterior, y también de un miembro de la dirección bolchevique, planteaba el mismo problema mostrando idéntica preocupación frente al hecho de que el soviet pudiera devenir órgano político: se debe combatir con *vigor* —decía— toda tentativa de transformar el soviet en un órgano político dirigente de la clase obrera. Para los bolcheviques, *solo el partido* podía dirigir a la clase y, consecuentemente, toda otra organización que pretendiera hacerlo debía ser combatida. Si, por otra parte, tenemos en cuenta la pequeñez numérica del partido bolchevique y su composición de clase, basado fundamentalmente en la pequeña-burguesía intelectual, debemos concluir en que la pretensión de dirección se fundamentaba en la teoría: el partido *debía* dirigir porque era el *propietario* de la *teoría* revolucionaria, porque era la conciencia en acto del proletariado.[160]

Lenin, por su parte, tomó ciertas distancias respecto a sus partidarios. Incluso antes de su retorno a Rusia ya consideraba a los soviets como un «embrión del gobierno revolucionario provisorio». En una larga carta a la revista *Novaya Zhizn* fundamentaba su posición, pero la revista se negó a publicarla. En la reunión del 8 de noviembre del Comité de San Petersburgo, Lenin criticó la pretensión bolchevique de que los soviets debían adoptar el programa del partido. Según Schwartz, Lenin renunció a la publicación de

[160] *Ibid.*, p. 98. En la primera mitad de 1905 el partido socialdemócrata tenía alrededor de mil obreros en San Petersburgo; los bolcheviques, en abril de 1905, tenían doscientos cincuenta obreros inscriptos; en Moscú el partido en su conjunto tenía alrededor de trescientos obreros inscriptos en 1904. En 1906, cuando el Congreso de Estocolmo, el partido tenía alrededor de treinta y cinco mil inscriptos (trece mil bolcheviques).

su carta (la que recién en 1940 se publicó) debido a que había dejado de considerar a los soviets como un «embrión del gobierno revolucionario» para considerarlos un órgano auxiliar del partido para la conquista de las grandes masas. Esta última tesis no es completamente aceptada por Tovaglieri en el libro ya citado. A nuestro parecer, la polémica debe ubicarse en el punto de vista más general de la discusión sobre el problema del no-partidismo y de la lucha de Lenin contra el mismo. Lenin explicaba mediante el carácter democrático-burgués de la revolución el surgimiento de la multitud de organizaciones que aparecían más o menos espontáneamente, pero a su vez criticaba la naturaleza burguesa del no-partidismo. Esto habría de llevarlo a un punto teórico de no retorno: los miembros del partido que participaban en los soviets estaban bajo el control de la dirección del partido.[161] Cuando en 1917 los bolcheviques tomen el poder este *principio* será fundamental, pues determinará el proceso de supeditación de los soviets obreros y campesinos a la dirección del partido comunista. En su resumen de marzo de 1906, Lenin reconoció la amplitud y la importancia del movimiento revolucionario, y habló de la «creación popular» de los órganos del «poder popular». En abril del mismo año defendió esta opinión contra el ataque de Plejánov.

La derrota de la revolución hizo que el problema de los soviets casi desapareciera de los textos escritos por Lenin. El partido prácticamente quedó reducido a «pequeños grupos ilegales dispersos» con muy escasa fuerza en la clase obrera. Las últimas observaciones de Lenin se caracterizan por un acentuado pesimismo, alzándose contra el «fetichismo» de los soviets y atribuyéndoles solo una función vinculada con la insurrección armada. Los llama «órganos de insurrección», pero no órganos dirigentes de la misma, sino que más bien serían lo que en la jerga política se llaman «correas de transmisión» (Lenin dice que son indispensables «para transmitir las consignas de la dirección del partido»). Finalmente, en sus tesis de 1915 afirmará que los soviets deben ser considerados como «órganos para la insurrección,

[161] *Ibid.*, p. 135.

como órganos del poder revolucionario» y en una carta a Shliápnikov afirma: «Si no es puesta en relación con la insurrección, la "fuerza" del soviet de diputados obreros es una "ilusión"». En marzo de 1917 reafirmará la misma idea sobre el carácter «órganos de la insurrección», de «órganos del poder revolucionario». Al menos en la teoría ya estaba *sellado* el destino de los soviets.

14

Pero estallan los grandes acontecimientos de la revolución de 1917, y es aquí donde la teoría, al enfrentarse con la realidad, demostrará su verdadero *sentido*.

Es cierto que Lenin, de acuerdo con sus propias palabras, no tenía una concepción «fetichista» de los soviets, sino, más bien, utilitaria. La célebre consigna de «todo el poder a los soviets» y, posteriormente, el retiro de esta consigna hasta que el partido tuviera mayoría en los mismos, demuestra que para Lenin los soviets debían cumplir un papel secundario en el proceso revolucionario. Tal es así que los bolcheviques adelantaron la toma del poder para colocar al Congreso de los Soviets ante un hecho consumado. En esto coincidían tanto Trotski como Stalin. El primero sostuvo que «hacía falta un partido que arrancase el poder a los contrarrevolucionarios y pudiera deciros: ¡he aquí el poder! Y, ahora, vosotros sois los que debéis haceros cargo de él». Stalin, por su parte, dijo que el Congreso «se limitó a recibir el poder». Este hecho marcará profundamente el proceso posterior, pues los soviets deberán pagar esta dádiva con su propia vida.

Para Lenin, los soviets eran fundamentales como órganos de la insurrección en el marco de la revolución democrático-burguesa, en la revolución de todo el pueblo ruso explotado, pero, como señala Bettelheim, en «el sistema de dictadura del proletariado no pueden ocupar el puesto dominante». Por consiguiente, se produjo una progresiva pérdida de poder por parte de los soviets en beneficio del partido y del Estado. Así, en 1919 Lenin comprueba que «los soviets, que son por su programa órganos de gobierno *a*

través de los trabajadores, actúan en realidad como órganos de gobierno *para los trabajadores*, a través de la capa avanzada del proletariado, pero no a través de las masas laboriosas».

El papel de las asambleas de los soviets se redujo cada vez más a «algo puramente formal». Tanto en los soviets centrales como en los soviets de distrito, de provincia, de ciudades y locales, el poder pasó de los congresos a los comités ejecutivos, y estos pasaron al partido y a la administración del Estado. Como señala Bettelheim: «Este proceso conduce a la hipertrofia de un aparato administrativo que se encuentra cada vez más en las manos de la antigua burguesía (en particular de los miembros del antiguo cuerpo de funcionarios) y tiende a cobrar cada vez más autonomía respecto al poder proletario». Los soviets, sometidos de manera casi absoluta al dominio de la burocracia estatal y del partido, dejaron de ser «un aparato de gobierno por las masas» y, como consecuencia natural, se produjo la «indiferencia de las masas» hacia un órgano de gobierno cada vez más formal. De esta forma, se realizó la «consunción» de los famosos órganos soviéticos, quedando solo la fachada encubridora del verdadero proceso: la formación de una prolífica capa burocrático-administrativa del Estado, la cual, a su vez, experimentó «un proceso de autonomización creciente, de separación creciente de las masas», que inexorablemente irá sobreponiéndose al partido.

Al estudiar este periodo impresiona la rapidez del vaciamiento de todas las instituciones populares y el proceso de concentración del poder. En el Congreso de 1919 se afirmaba: «El partido comunista se esfuerza especialmente en aplicar su programa y su total dirección a las organizaciones del estado contemporáneo que son los soviets […]. El partido comunista ruso tiene que ganar para sí mismo el dominio político íntegro en los soviets y el control práctico de toda su actuación» (nosotros subrayamos). Así, el partido comunista irá progresivamente controlando todos los aparatos. Trotski se preguntaba: ¿quién controla? ¿Controla «la clase obrera como masa caótica y sin forma»? No —dice—, no son las masas caóticas y amorfas, sino que es el Comité Central quien controla y decide. Por su parte, Zinóviev manifestó en

1923 que los presidentes de los soviets provinciales eran nombrados por el Comité Central, agregando que si esa costumbre se modificaba, «desde ese momento todo andaría patas arriba».[162] Frente a esta «marea de la intrusión del partido en las funciones del soviet», como la llama Carr, Lenin se expresó afirmativamente, convalidándola: «Como partido gobernante no podemos evitar el fusionar las "autoridades" del soviet con las del partido, pues están fundidas en nosotros y lo seguirán estando». En 1919 ya había lanzado su grito de guerra: «Sí, ¡la dictadura de un solo partido! La defenderemos y no nos apartaremos de ella».

Pero, además, debe tenerse en cuenta que el término «el partido» era un eufemismo, ya que las decisiones las tomaba el Comité Central;[163] pero, en realidad, también el Comité Central fue perdiendo poder de decisión. Osinski se quejó, en el congreso del partido de 1919, de que todo se concentraba en el Comité Central, y que «incluso el Comité Central, como órgano colegiado, no existía, hablando con propiedad». A partir del X Congreso se redujo considerablemente la función del Comité Central: «En adelante, en efecto, el Comité Central cesa prácticamente de ser el órgano supremo del partido entre los congresos. La periodicidad de sus reuniones se espacia y los poderes del Comité Central son delegados prácticamente al buró político, que a partir de 1921 tendrá siete miembros».[164] Debe tenerse en cuenta además que

[162] E. H. Carr, *op. cit*., p. 139. Stalin, en octubre de 1920, afirmó: «En realidad, a un país no lo dirigen los que eligen representantes para el parlamento en un régimen burgués, y congresistas de los soviets en un régimen soviético; de hecho, lo dirigen los que realmente son dueños de los aparatos ejecutivos del Estado y los que dirigen estos aparatos» [G. Procacci, *op. cit*., p. 98].

[163] G. Zinóviev: «Necesitamos un único Comité Central fuerte y poderoso que es jefe de todo. El Comité Central es lo que es porque es el mismo para los soviets, los sindicatos, las cooperativas, los comités ejecutivos provinciales y para toda la clase obrera. En esto consiste su papel de liderazgo y en ello se expresa la dictadura del proletariado. […] El comité central de nuestro partido constituye un grupo que embebe en sí mismo toda la autoridad del partido».

[164] I. Deutscher, *El profeta desarmado*, p. 80. Según Procacci: «El partido se configuraba cada vez más como una "jerarquía de secretarios" en cuyo vér-

el partido había pasado de 24.000 miembros en 1917 a 612.000 en 1920, 723.000 en 1921 y 860.000 en 1924.

El proceso de desproletarización (en 1919 solo el 15% de los miembros del partido trabajaban en las fábricas) y de burocratización del partido fue enorme, y de nada valían las advertencias de Lenin y de otros dirigentes. «El aflujo al partido de elementos pequeño-burgueses directamente hostiles a todo lo que es proletariado» —decía Lenin— es imparable. Los viejos militantes

---

tice estaba el poderosísimo secretario general» —está refiriéndose al año 1922—. Para Lenin, su llamado «último combate» no fue por democratizar, sino por agilizar y racionalizar, por actuar «según los principios de "organización científica del trabajo" y sobre la base de la experiencia y de la cultura occidentales» [*op. cit.*, p. 102]; por lo cual, este combate final de Lenin solo sirvió para afianzar una tendencia ya poderosa. No debe sorprender que en el otoño de 1923 se produzca una gran batalla contra la burocracia, cuya expresión fue la llamada «plataforma de los 46»; en esta se denunciaba la transformación del partido en un organismo burocrático «sujeto a la "dictadura de una fracción"», la cual ejercía sus poderes «sobre la gente tranquila que vegeta en la base»; se denunciaba también la fisura, en el interior del partido, «entre funcionarios profesionales nombrados desde arriba y la masa general». En 1925, la Comisión de control estalinista ya controlaba «todo el mecanismo de las nominaciones y de las transferencias en el partido y en el sistema soviético, y se abandonaba definitivamente el criterio de electividad» [*ibid.*, pp. 102 y ss.]. Moshe Lewin, en *Economia e politica nella società sovietica: il dibattito economico nell"URSS da Bucharin alle riforme delgi anni sessanta*, afirma: «Cristalizado en una estructura dictatorial altamente centralizada, el sistema actuaba a través de dos burocracias jerarquizadas que se unían en el vértice: la máquina estatal y la jerarquía del partido. El poder estaba concentrado en el vértice, y a los niveles burocráticos inferiores, así como a la base del partido, se les exigía obedecer y seguir con "entusiasmo" las órdenes detalladas que se prescribían desde lo alto. La nacionalización de la economía, que implicó una suerte de cancelación de los derechos de los productores directos en favor de la máquina estatal central, tuvo como contrapartida en el campo político el fenómeno de la "nacionalización" de la vida política, lo que privó a los ciudadanos de derechos políticos en beneficio del grupo dirigente central»; «Así, no solo la máquina del Estado, sino incluso el partido, y especialmente este, fue transformado en un aparato concebido esencialmente para controlar la sociedad y la administración. […] La relación entre el partido y la sociedad se caracterizó esencialmente como relación entre subordinados sujetos a control y organismos de control. Se impone la concepción del partido como guía. Un guía señala el camino y los otros lo siguen. Si esto no sucede se recurre a la fuerza» [*op. cit.*, pp. 236-237].

pasan a ser una proporción ínfima en el conjunto (en 1919 solo el 8% había participado antes de 1917), y esto, según Bettelheim, «facilita la aceptación del predominio de las nuevas relaciones, en particular la ausencia de control ejercido por la base».

Frente al crecimiento anómalo del Estado y del partido se produce un movimiento doble: por una parte el ataque sistemático y constante contra los nuevos miembros, por otra, el abroquelarse de la «vieja guardia», que se vuelve cada vez más cerrada y autosuficiente. Ambos hechos acarrean graves consecuencias. En relación al primer problema, Deutscher señala que «los oportunistas se volcaban en alud sobre el campo de los vencedores» y, como reacción, los «bolcheviques auténticos» comenzaron las «purgas» (Zinóviev reconocerá, en 1922, que dentro de la organización partidaria ya había dos o más partidos potenciales). La primera tuvo lugar en 1921 y su resultado fue la expulsión de 200.000 afiliados, pero, además, creó el terror dentro del partido, pues, en adelante, nadie se sintió seguro, cualquiera podía ser acusado de «inmadurez» o «atraso» político y ser expulsado. La purga, dice Deutscher, «está destinada a servir al partido como el más mortal de los instrumentos de autorrepresión». Junto al servilismo y al oportunismo fue el *miedo* el que convirtió al partido en un órgano acrítico, en una enorme masa que cada vez tenía menos voz y voto en las decisiones del poder: «La masa de miembros no había ejercido influencia alguna en la dirección de los asuntos del partido. La política bolchevique la determinaba un reducido sector del Partido que sustituía al todo».[165]

[165] I. Deutscher, *op. cit.*, p. 32. Respecto a las «purgas», Procacci afirma que en la «purga» de 1922 (ver XI Congreso) el 23,8% de los expulsados fueron empleados del Estado, el 20,8% obreros y el 44,8% campesinos; vale decir que después de la «purga», y teniendo en cuenta que la mayoría de los nuevos inscriptos eran empleados del Estado, el número de estos aumentó (en 1924, el 40% del partido estaba empleado en el aparato estatal; en Moscú el porcentaje era el doble: el 80% de los militantes eran empleados del Estado) [*ibid.*, pp. 94-95]. En 1934, en el nuevo estatuto del partido, las «purgas» son institucionalizadas: se establece que «con decisiones periódicas del Comité Central tengan lugar purgas para *limpiar* sistemáticamente el partido» (nosotros subrayamos) [*ibid.*, p. 180].

Frente a la invasión de nuevos miembros, la *elite* del partido cerró filas como manera de autodefensa. Lenin, en una carta de marzo de 1922 dirigida a Mólotov, definía la situación en los siguientes términos: «Si no queremos cerrar los ojos a la realidad, debemos admitir que actualmente el carácter proletario de la política del partido no lo determina la composición de clase de sus miembros, sino la enorme e indivisa autoridad del estrato muy poco numeroso de miembros que podría describirse como la vieja guardia del partido». Como señala Moshe Lewin,[166] el partido se escindía cada vez más de su base real y tanto la burocracia del partido como la del Estado fueron llenando ese *vacío* social y reemplazando a la clase como base política. «De esta manera el bolchevismo adquirió una base social que no quería y que no reconoció inmediatamente: la burocracia. […] Una vez más, según un modelo ya familiar en la historia rusa, una clase dirigente fue creada por el Estado, adiestrada, adoctrinada y pagada». La «vieja guardia» entró, inconsciente, en un callejón sin salida. En un círculo vicioso que se cerró de manera inexorable.

Desde las instrucciones dadas por Stalin a Schaumian en 1918, ordenándole que hiciera «unos cuantos escarmientos reduciendo a cenizas algunas aldeas»,[167] hasta el XII Congreso, en 1923, donde Kosior denunció la prepotencia del secretario general «apartando a los militantes que se atreven a hacer críticas»,[168] estamos frente a un proceso en progresivo desarrollo que, de manera muy abstracta, podría definirse como una estructura que con el paso del tiempo, cuando los máximos dirigentes bolcheviques marcharan destrozados hacia el patíbulo, se volvería absoluta.[169]

---

[166] M. Lewin, *op. cit.*, pp. 38 y ss.

[167] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 349.

[168] Bettelheim afirma que en los meses siguientes «se multiplican las detenciones de los que formulan críticas», y transcribe palabras nada menos que del fundador de la Cheka, quien señala que «la extinción de la vida interior del partido y de la sustitución de la elección por el nombramiento están llegando a convertirse en un peligro político», lo cual no le impide «acentuar la represión contra grupos de obreros de oposición».

[169] Para seguir el dramático itinerario de los dirigentes bolcheviques, ver Georges Haupt y Jean-Jacques Marie, *Los Bolcheviques*, Era, México D.

Los soviets fueron despojados del poder y se convirtieron en meros apéndices de la «administración»; el partido fue invadido por pequeño-burgueses y se entrelazó de tal manera con el aparato estatal que facilitó la inversión de poderes o, mejor dicho, la exigió y produjo como una necesidad: todo quedó sumergido en la inmensa capa burocrática. La revolución fue anegada, comida por dentro, por elementos burgueses y contrarrevolucionarios: el llamado de los dirigentes kadetes a que sus partidarios entraran en el aparato soviético había dado resultado. Rusia era de nuevo una inmensa pirámide en manos de una *elite* despótica que se apoyaba en el aparato del Estado, en el aparato del partido y en la *policía secreta.*[170]

Esta última, así como el «universo concentracionario», los campos de trabajo, etcétera, no constituyeron ni constituyen una excrecencia, sino un verdadero «modelo» de desarrollo. Fue todo el país, el inmenso país que hizo la revolución, el que funcionó como un campo de concentración bajo la falsa sonrisa bonachona y paternal de Stalin.

Pero la violencia que devoró a la «vieja guardia» bolchevique fue el correlato pervertido del Lenin que defendió la violencia omnímoda de la Cheka, del Lenin que pedía «fusilar sobre el terreno a uno de cada diez culpables de vagancia». El dominio del partido sobre las grandes masas obreras y campesinas, así como el dominio del partido por el Comité Central y de este por el politburó y del politburó por el secretario general, constituyó un proceso de centralización del poder que solo pudo realizarse acallando brutalmente la voz de las grandes masas trabajadoras, cercenando las libertades y todo atisbo de crítica, construyendo

F., 1969. No compartimos la opinión de Rudolf Bahro respecto a que Lenin tal vez hubiera podido mantener la «unidad» del grupo dirigente, pues no creemos en la «perspectiva humanista» del leninismo, de la cual habría sido despojado por Stalin [*op. cit.*, pp. 123-124]. En general, no compartimos la tesis de este autor respecto a Lenin, ni respecto al papel «educador» y no-coercitivo que habría tenido el partido leninista, pues, a nuestro juicio, uno y otro papel fueron formas distintas de una misma estructura política.

[170] M. Lewin, *op. cit.*, pp. 57 y ss.

un aparato burocrático servil y despolitizado, estableciendo prebendas y castigando todo disentimiento con la muerte. En gran medida, Stalin fue la culminación de una Idea: los técnicos, los científicos, los teóricos, los poseedores del saber al margen de las clases oprimidas, establecieron una férrea dictadura sobre esas mismas clases oprimidas e «incivilizadas» y, como símbolo, real, despótico, asesino, colocaron a Stalin, quien, en última instancia, fue una creación de la *nueva clase*.

Hablar en este contexto de las buenas intenciones de Lenin o de las circunstancias adversas en que se desarrolló la revolución, solo serviría para seguir ocultando la realidad. Los resultados implican causas, y abominar de los resultados sin indagar en las causas no es propio de una concepción crítica.

Conclusión

1

Ya dijimos que se trata de un análisis parcial de la obra y de la acción de Lenin, y que cualquiera podrá encontrar muchas afirmaciones opuestas a las que mencionamos en este trabajo. Nos ha interesado más esbozar lo que puede ser un movimiento dominante, abriéndose paso a través de los acontecimientos, que englobar todo el pensamiento de Lenin en un discurso puramente fenomenológico. Intentamos, en resumen, marcar una perspectiva de lectura que nos ayude a entender el presente. Y esto implica varias cosas.

En primer lugar, que en Lenin la *teoría* funda la práctica política, sustrae las luchas inmediatas de la clase sometiéndolas a un sentido trascendente, que existe fuera y por sobre la clase, y del cual es depositario el partido como organización política de la clase. Este sentido, a su vez, constituirá la base de un tipo de partido rigurosamente estructurado en un orden pedagógico, de guía y maestro, tal como fue expresado cientos de veces por la vieja y nueva ortodoxia.[171] Para Lenin, lo esencial es el partido,

[171] Para Procacci la «función pedagógica» del partido está vinculada al bajo nivel educativo de sus miembros: en 1922 solo el 6,8% tenía instrucción media o superior; el 75,1% una instrucción inferior; en 1927 el 8,7% tenía instrucción media o superior; se crearon escuelas de alfabetización política obligatoria: «De esta manera se fue aceptando gradualmente el *principio* de que la instrucción política no era un presupuesto para la adhesión al partido, sino una consecuencia de la misma, y que la formación del militante ocurría esencialmente por obra del partido» [*cit.*, pp. 137-138]. Como afirma Carr, se formó «una elite que instruía y dirigía, y una masa

formado por cuadros profesionales y cuya *estructura* está calcada de los aparatos represivos del sistema (ejército y policía); pero esta organización, a pesar de haberse abierto en los momentos decisivos de crecimiento de la lucha de masas, siempre conservó su verticalismo y su idea de ser depositaría de la *ciencia*. La circulación dentro del partido siempre fue unidireccional: desde arriba hacia abajo; y, de acuerdo a sus principios básicos, no podía ser de otra manera. El partido era expresión de una teoría y forma de un poder; sus modificaciones ocasionales nunca pusieron en cuestión este principio jerárquico. Una vez con el poder en sus manos el grupo dirigente del partido debía, necesariamente, arrasar con toda organización distinta a la suya y, simultáneamente, consustanciarse con el Estado. El poder tiende necesariamente a romper lo heterogéneo, en otras palabras, a devenir absoluto. Este proceso no estuvo determinado, como por lo general se pretende, por exclusivas circunstancias históricas, sino que fue el desenvolvimiento natural y lógico, abriéndose paso en la compleja malla de lo real, de la organización revolucionaria creada por Lenin, de una minoría que en circunstancias extremadamente adversas decidió asumir lo universal, la representación social absoluta.

Es cierto que Lenin no puede identificarse lisa y llanamente con el «leninismo», pero también es cierto que el llamado «leninismo» expresa una tendencia del pensamiento de Lenin. Vale decir que no es un puro invento de Stalin para justificar su política y sus crímenes. Es mucho más que eso. Y no es casual que el *¿Qué hacer?* se convirtiera en el texto básico «de organización» en el movimiento comunista mundial.

---

que era instruida y dirigida». El partido adquirió así su máxima función «pedagógica». Pero estos hechos tienen además otras consecuencias, pues las ideas que se inculcan en estas escuelas son la ideología estalinista, es decir, la reducción esquemática del pensamiento de Lenin y su adaptación a las necesidades de la nación gran-rusa, de las nuevas *elites* dirigentes, de la burocracia estatal, etcétera.

2

Hemos dicho que nuestro punto de partida para el análisis lo constituye el estalinismo entendido como *sistema* o, si se prefiere, lo que actualmente se denomina el *gulag*, no en cuanto sistema represivo, sino como sistema económico-social represivo. No nos interesa aquí entrar en la discusión acerca de si el gulag es o no consustancial al socialismo;[172] si fuera así, el pensamiento de Lenin solo habría sido un simple engranaje de un mecanismo despótico superior. Nuestro objetivo fue, si se quiere, más simple: rastrear de qué manera, a partir de una concepción respecto al papel de la teoría, Lenin tomó decisiones concretas en el proceso pre y posrevolucionario. Dijimos, también, que la concepción teórica de Lenin era expresión, a su vez, de una situación real, vale decir que entendemos la teoría leninista como expresión de *fuerzas sociales*.

No obstante, lo que suscitó este sondeo histórico-político fue la comprobación de que en las decisiones de Lenin existía una *constante* que se imponía en medio de situaciones que no eran unívocas, sino que dejaban espacio para la elección de distintas respuestas. Y en estas situaciones Lenin casi siempre se inclinaba hacia soluciones autoritarias. A partir de esta comprobación, la *teoría* se nos apareció como una «fuerza material» cuyo papel fue decisivo en la constitución de la política bolchevique.

[172] «La militarización de la sociedad encontró su realización completa en el Gulag, el cual no es de ninguna manera una aberración, sino que es parte integrante de la estructura. Como tal podrá cambiar de forma, pero no desaparecer, se hundirá verdaderamente, pero con todo el resto. La alta funcionalidad del Gulag, especialmente en los años de la construcción y consolidación del poder soviético, deriva del hecho de que es un instrumento decisivo para romper la resistencia a una economía planificada y orientada hacia la industria, por parte de las fuerzas de la tradición» [P. P. Poggio, *op. cit.*, p. XXXI]. La identificación entre socialismo y *gulag* es, desde nuestro punto de vista, insostenible, pues negamos la posibilidad misma de identificar a la URSS con el socialismo o con la transición del socialismo al comunismo; más aun, el *gulag* es, cualquiera que sea la forma que asuma, la negación en acto del socialismo.

Podemos intentar una especie de apotegma del leninismo: quien está en posesión de la *teoría* (la conciencia, la ciencia, el saber o la verdad) puede decidir; o, de otra manera, la teoría funda la decisión. Esta *inversión* del marxismo es la que estructura, primero, un partido que se autoproclama la vanguardia del proletariado en razón de ese conocimiento general, teórico, y, en segundo lugar, la que determina la conducta política del partido. De otra manera: ¿cómo explicarnos la supresión de toda la oposición, tanto fuera como dentro del partido? ¿Cómo explicarnos la supresión de los soviets como órganos del gobierno popular y la supeditación de los sindicatos al aparato de Estado? ¿Cómo explicarnos la violencia frente a los campesinos? La teoría, entendida como *verdad*, es igual a un muro que impide ver y oír, es esencialmente tautológica, convierte a sus portadores en máquinas despóticas que suprimen a los Otros y solo escuchan el eco de sus propias voces.

3

Foucault ha criticado la separación que se hace entre un socialismo «bueno» (el de Marx) y un socialismo «malo» (el soviético), es decir, el reconocimiento de que existiría un proyecto de socialismo *humano* y una «desviación» de ese socialismo, a la que podemos llamar «socialismo real» o inhumano, afirmando que esta división solo sirve para ocultar la realidad, para seguir haciendo oídos sordos a lo que habla (o grita) en el «socialismo real», en el único socialismo real: y lo que habla son los cuerpos sometidos y torturados en los campos de concentración o en los manicomios donde confinan a los «disidentes». Más aún, avanza la tesis de que el *gulag* es una pieza necesaria del mecanismo *socialista*. De esta manera, el problema adquiere una magnitud absolutamente mayor: el propio socialismo genera la represión; el propio socialismo lleva en sí, no como una desviación o una degeneración, sino positiva y plenamente, el *gulag*.

Foucault no demuestra esto, lo único que hace es señalar la realidad del *gulag*. Si tuviera razón, todo estudio histórico, toda búsqueda de las causas, sería una tarea ociosa y solo nos quedaría escuchar el aullido de esos cuerpos martirizados para tratar de encontrar el sentido, si existe, del sufrimiento individual en el interior de un sistema que alguna vez se propuso a la esperanza de los hombres como el «reino de la libertad».

Esta no es nuestra posición. No se trata de negar el *gulag*, ni su articulación con el sistema soviético que, hoy se sabe, no es un sistema socialista, sino un nuevo sistema de explotación. Tampoco se trata de no oír lo que se expresa en el martirio de los disidentes. Pensamos, contrariamente a Foucault, que no es posible suprimir el proyecto de liberación de las clases explotadas a partir del fracaso de las experiencias concretas, de los llamados «socialismos realizados». El marxismo, el socialismo, no depende ni de las cárceles rusas ni de las buenas o malas intenciones de los teóricos, quienes pueden seguir decretando su muerte desde sus gabinetes de estudio, sino que es una forma de ser de las clases oprimidas; las que no por casualidad han dejado millones de muertos en su larga y cruenta lucha por una sociedad sin explotados y sin explotadores. Sus fracasos van a cuenta de una historia milenaria; tal vez hasta hoy su mayor triunfo sea no cejar en la lucha, no dejarse abatir por el pesimismo de los «intelectuales» y seguir buscando de una y otra forma, tanto en la abstracción de conceptos que tienen la fuerza de sus propios cuerpos como en la lucha cotidiana dentro y fuera de las fábricas, un nuevo tipo de sociedad.

Si esto fuera así me parece que se justifica la indagación histórica, pero histórica en el sentido del hoy, de nuestra actualidad. Se justifica no rendirnos ante ninguna *esencia* y tratar de encontrar, en la aparente imposibilidad del socialismo, su posibilidad. Lo cual, repito, no quiere decir hacer oídos sordos al estertor que atraviesa el «socialismo real» como una maldición, pero tampoco hacer oídos sordos a la lucha de los oprimidos por salvar al mundo de la barbarie.

Marx es el *nombre* que llevan esas luchas, ese «destino», y es el nombre que la clase le ha puesto a su propio pensamiento. No se trata, por lo tanto, ni de una persona ni de un dogma. Las ideas son *formas* de la lucha entre las clases. Si se las saca de allí pueden devenir *fetiches* y ser el sustento de los intelectuales que viven de su exposición. En caso contrario, es prematuro decretarles, en pleno proceso, su decrepitud y su muerte. Marx planteó la verdadera encrucijada de nuestra época cuando decía «socialismo o barbarie». Los intelectuales pueden lamentarse creyendo que la barbarie ya ha triunfado, y efectivamente existen muchos signos de que la barbarie *puede* ser definitiva, pero las clases oprimidas, que convierten en teorías sus necesidades y esperanzas, no tienen otro horizonte que el de la lucha. Los intelectuales de hoy desaparecerán, pero los oprimidos seguirán elaborando teorías que les permitan orientarse en busca del triunfo.

Este acto paradojal es el que funda, contra toda evidencia, la búsqueda de las causas, no como consuelo de una conciencia angustiada (lo cual puede ser también legítimo), sino como una necesidad política que trasciende lo individual. En la crisis, en el aparente o real callejón sin salida donde se encuentran, las clases oprimidas siguen buscando la salida revolucionaria, aunque sea una salida utópica y contra toda *razón*. Y no se trata de un ideal, es lo que puede verse tanto en los países capitalistas como en los «socialistas». Pese a las derrotas, los oprimidos siguen luchando, tratando de escapar al mecanismo absoluto del capitalismo, volviéndolo relativo al hacerlo entrar en la historia.